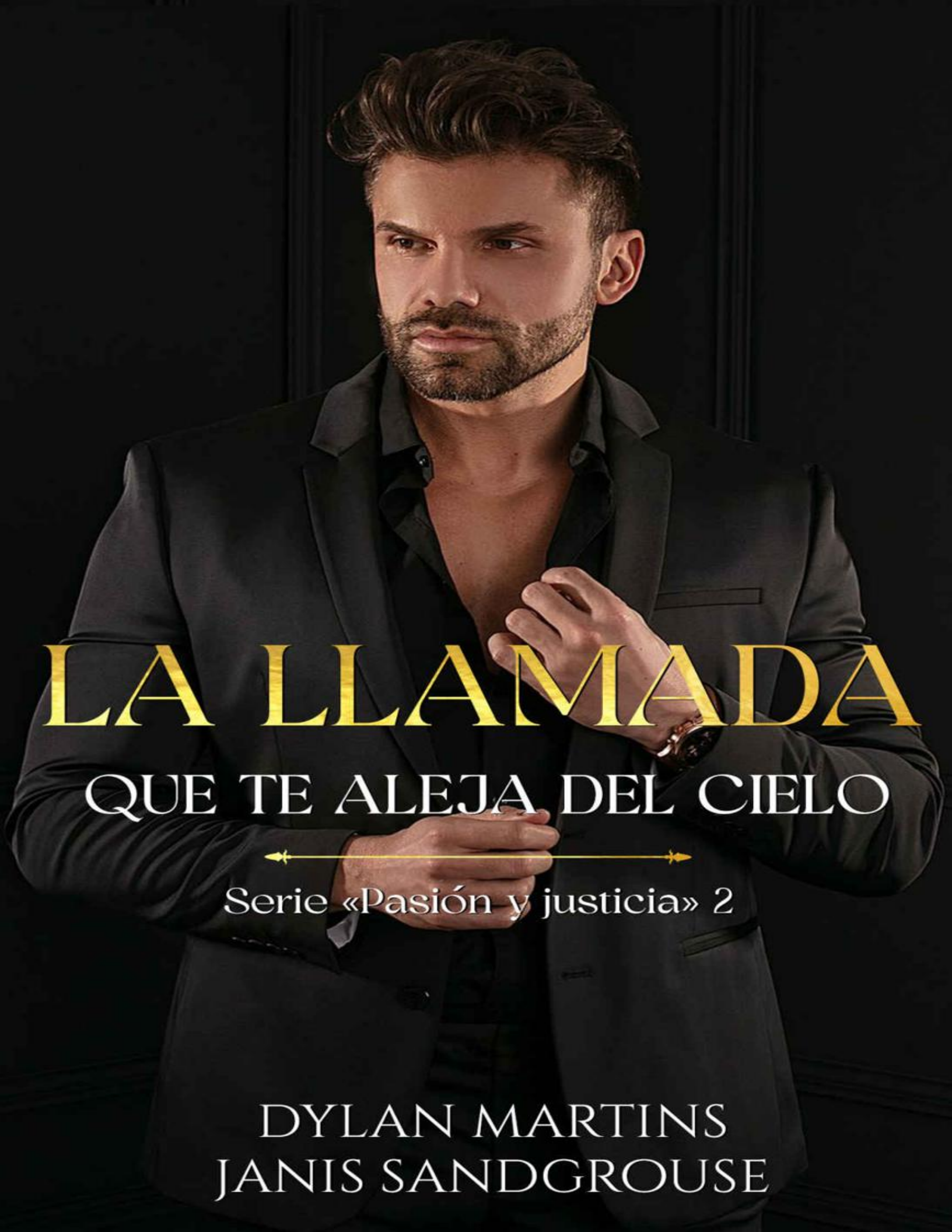


A man with dark, wavy hair and a beard, wearing a dark suit jacket over a dark shirt. He is looking off to the side with a serious expression. His hands are clasped in front of him. The background is dark and textured.

LA LLAMADA

QUE TE ALEJA DEL CIELO

— ◆ —
Serie «Pasión y justicia» 2

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

LA LLAMADA

QUE TE ALEJA DEL CIELO



Serie «Pasión y justicia» 2

Primera edición.

La llamada que te aleja del cielo. Serie «Pasión y justicia». Volumen nº2

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©Septiembre, 2022.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

Capítulo 1



Aquella mañana de lunes, estaba siendo un caos en la comisaría.

No pudimos mantener silencio más tiempo y el comisario jefe tuvo que avisar a los medios para dar una rueda de prensa sobre los últimos acontecimientos.

—Ya ha llegado la prensa, jefe —dijo Lucas, llamando así la atención de todos.

En ese momento me llegó un mensaje de Nadia, estaba con el resto de periodistas, pero envié a Ian a buscarla para que la escoltara a una zona más cercana de donde estaría el comisario.

—Vamos allá, chicos —el comisario respiró hondo y le seguimos a la sala de prensa que teníamos habilitada en la comisaría para casos tan mediáticos como este.

Darío, Lucas, Noel, Ian, Saúl, Celia y yo, como encargados de llevar la investigación, debíamos estar presentes, pero tan solo Darío, Noel y Saúl intervendrían en cuanto a contestar preguntas. El resto estaríamos en una sala contigua, observando, y podríamos comunicarnos con ellos por

nuestros auriculares si necesitaban algún dato que nosotros pudiéramos darles.

Los cuatro estábamos metidos de lleno en el caso, investigando como infiltrados en la mansión de Esmeralda, y no podíamos dejar que nadie nos viera en la prensa y se fuera todo a la mierda.

—Atenea —me giré al escuchar mi nombre, y vi a Adam en el pasillo.

No tardó en levantar la acreditación de periodista que llevaba colgada al cuello al mismo tiempo que arqueaba una ceja.

—Ahora voy, chicos —avisé a mis compañeros y me acerqué a la puerta—. ¿Qué haces aquí?

—Soy de la prensa, pero aquí Rambo no me deja entrar.

—Sigo órdenes del comisario, y hable de mi persona con respeto, que soy la autoridad —contestó Alex, uno de los novatos.

—Él es de confianza, Alex, como mi amiga Nadia. De hecho, es su jefe —le dije a mi compañero, sonriendo.

—No me la voy a jugar, Atenea.

—Alex, la víctima anterior del asesino de la cruz, era hermana de Adam García.

Aquello hizo que el joven muchacho me mirara sorprendido, miró después a Adam y, tras disculparse con él, lo dejó entrar.

—Gracias, te debo un café —le hice un guiño a Alex y me llevé a Adam por el pasillo.

—Esto de ser amigo de una poli tan eficiente como tú, tiene sus ventajas para entrar en los sitios —dijo en tono divertido.

—Adam, ni siquiera deberías estar aquí —le señalé, enfadada, cuando me giré—. La rueda de prensa es en la sala, donde va a hablar el comisario, donde está Darío como inspector al mando de la investigación, y donde están las otras decenas de periodistas acreditados. Allí deberías haber ido tú.

—Soy director de la revista, no periodista. No sirvo para fingir que tomo notas.

—Bueno, pues en esa sala, te vas a quedar calladito con nosotros. ¿Me oyes? —le exigí.

—Cariño, verte con esos vaqueros, los tacones, la placa, la pistola en la cadera y ese tono de dominante, me está excitando —susurró a mi espalda, y no me dio tiempo a protestar porque abrió la puerta de la sala y tuve que entrar delante de él—. Buenos días —saludó a los chicos.

—Señor García, ¿qué hace aquí? —preguntó Ian.

—Pase de prensa, ¿no lo ves, Ian? —contestó Lucas.

—Correcto —dijo Adam, con una leve sonrisa.

Volteé los ojos, cogí una botella de agua y me senté ante aquel espejo desde el que veríamos la rueda de prensa.

—Buenos días —el comisario saludó rompiendo así con el murmullo de voces que había en la sala—. Gracias por acudir a esta comisaría. Estoy al

tanto de que han escuchado rumores sobre una víctima encontrada en la madrugada de ayer domingo, y que se cree que pueda tratarse de un imitador del asesino de la cruz. Lamento decirles que no es así, no es ningún imitador.

—¿Por qué ha actuado ahora, señor comisario? —preguntó un hombre de los que había más al fondo.

—No lo sabemos, y siento tener que darle esta respuesta, pero es así. Este asesino actuaba exclusivamente cada dos años, habían sido mujeres jóvenes de familias modestas, pero en esta ocasión... —suspiró— Ambas víctimas son conocidas en la ciudad.

—¿Han reconocido a la mujer que encontraron ayer? —En esa ocasión fue una mujer quien preguntó.

—Sí, y dado que la familia ya ha sido informada, y han acudido a reconocer el cuerpo hace apenas unas horas, me han dado permiso para hacer al mundo conocedor de la triste noticia.

El comisario sacó el pequeño papel del bolsillo que yo le había dado con el nombre de la joven abogada, una mujer con una carrera brillante y un futuro de lo más prometedor. Trabajaba para el más prestigioso bufete de la ciudad, pero era conocido por todos que tenía varias ofertas de algunos buenos bufetes.

La respuesta que daba Noelia Sánchez, cuando le preguntaban si se planteaba cambiar de bufete, siempre era la misma. *“Garrido y Marín Abogados me dio la oportunidad que ningún otro quiso darme, y mi lealtad a ese bufete, es indiscutible”*.

Comenzaron las preguntas, centradas en lo habitual, si teníamos algún sospechoso, si había alguna pista, por pequeña que fuera, que nos diera indicios de saber si era alguien de su entorno.

No era un secreto para nadie que el asesino era escurridizo y no habíamos dado con él en esos diez años, pero aquel era su trabajo y debían preguntar para mantener informados a los ciudadanos.

—¿Creen que volverá a actuar? —preguntó una mujer.

—Ojalá no lo hiciera, pero lamentablemente, este tipo de personas no se sacian con una o dos víctimas, vuelven a actuar —contestó Darío, que se puso al cargo de las respuestas.

Me llegó un mensaje de Michael, estaba en una cafetería y acababa de ver a Darío en las noticias, no se creía que hubiera actuado tan pronto, y me preguntaba cómo estábamos nosotros.

Le dije que todo lo bien que se podría estar, y quedamos en vernos para comer un día de esa semana.

—Chicos, el sábado tenemos que ir a la mansión —les dije a mis compañeros.

—¿Seguimos investigando allí? No creo que nadie sepa nada —contestó Celia.

—La abogada era asidua, y es la segunda víctima conectada, directamente, con ese lugar —informé.

—No me jodas —exclamó Lucas, mirándome con los ojos abiertos.

—Ya quisieras, chaval —rio Celia.

—Chicos, hablo en serio. Voy a llamar a Esmeralda para ver si ella sabe con quién solía verse la víctima. Tenemos que estrechar el cerco lo más que

podamos, hablar con todos ellos y ver si discutió con alguien que pudiera hacerle eso.

—¿De verdad que no se trata de un imitador? —preguntó Celia, que era la más nueva en el equipo.

—Hay algo que no se ha dicho de las otras víctimas —contesté—. Solo lo saben las familias, y nosotros como policía al cargo del caso.

—¿El qué? —miré a Celia, pero no me dio tiempo a decir nada, ya que Adam, se me adelantó.

—Además de la cruz grabada a fuego en el hombro derecho, les deja otra más pequeña en el interior del muslo izquierdo.

Aquello fue clave para que tanto Darío, como yo, nos convenciéramos de que no se trataba de un imitador, si no del mismo loco hijo de puta que nos traía de cabeza con cada nueva víctima durante meses.

Era un dato que no se había dicho nunca y que nadie sabía, era algo que quisimos mantener en el más absoluto de los secretos, acordándose así con todas las familias, para no tener que enfrentarnos alguna vez a un imitador.

No sabíamos qué significaba la cruz en el hombro para él, o el hecho de que se quedara como trofeo la cadena con la cruz que llevaban al cuello todas las víctimas.

Pero, esa segunda cruz marcada a fuego, en una zona tan poco visible... ¿Por qué lo hacía?

Debía tener algún significado para él, uno enfermizo desde luego, porque esa pequeña marca, a diferencia de la que dejaba en el hombro, sí se las había hecho mientras aún estaban vivas.

Capítulo 2



Cuando acabó la rueda de prensa fuimos a reunirnos con el comisario en su despacho, Adam fue a esperarme en el mío, ya que quería estar conmigo cuando llamara a Esmeralda, y dado que él la conocía bien, no me pareció mal que nos ayudara en lo que pudiera.

Adam, conocía a todos y cada uno de los socios de la mansión, y me vendría bien que nos diera su punto de vista de cada uno, por si encontraba sospechoso a alguno de ellos.

—Ahora que la prensa está al tanto de todo, tenemos que involucrarnos aún más en este asunto —dijo el comisario cuando cerré la puerta—. Habría que tratar de averiguar por qué ha actuado ahora, con tan poca diferencia de tiempo. ¿Sabéis si estas dos últimas víctimas se conocían?

—No estamos seguros de ello, pero puede que se vieran en alguna ocasión. Ambas frecuentaban un mismo lugar —contesté.

—¿Qué lugar? —quiso saber.

—Una mansión donde mantenían relaciones sexuales con otras personas —Darío se me adelantó a darle una respuesta.

—¿Estáis investigando ese sitio?

—Sí, jefe. Atenea, Celia, Lucas e Ian, han estado yendo allí varios sábados desde que supimos que la víctima anterior, frecuentaba ese lugar.

—Darío, ¿por qué no se me informó de eso antes? —se quejó el comisario.

—Jefe, usted estaba metido de lleno en el caso del asesinato de la sobrina del diputado, y de esto podíamos encargarnos nosotros —respondió.

—¿Habéis encontrado algo allí?

—La víctima anterior se veía más frecuentemente con tres hombres, todos fueron investigados, están limpios —dije.

—Vale, esto se ha puesto feo. Cristina García, era apenas una cría, hermana de uno de los empresarios más importantes de la ciudad, y ahora la abogada —negó varias veces con la cabeza, al tiempo que suspiraba—. Chicos, tenemos que dar con ese hijo de puta antes de que nos deje otra víctima.

—Voy a pedirle a la dueña de la mansión el nombre de todos los clientes, ya no es suficiente con la lista que me facilitó de los hombres que podrían haber estado con Cristina García —le informé—. No sé si ambas mujeres estuvieron alguna vez con el mismo hombre, pero no podemos descartar nada.

—Supongo que a ese lugar irá gente importante, ¿me equivoco? —comentó, arqueando la ceja.

—Periodistas, empresarios, banqueros... —Ian se encogió de hombros.

—Bien —el comisario se pasó la mano por la frente, agobiado—. Me importa una mierda si en la lista que te de esa mujer, aparece el nombre de un funcionario, ministro, secretario de ministro, un sobrino de estos, pariente lejano o el mismísimo jefe del CNI. Quiero que investiguéis a todos, sin excepción, como si tenéis que averiguar la talla de calzoncillos que usan. Si ese hijo de puta es cliente de la mansión, hay que detenerlo cuanto antes.

—Sí, señor —contestamos todos al unísono y salimos de su despacho.

Darío me pidió que me hiciera con la lista de todos los clientes de Esmeralda cuanto antes, mientras Noel y Saúl, hablarían con las amigas de la víctima para ver cuáles fueron sus últimos movimientos.

Nadie había denunciado su desaparición, y es que, según lo que nos había contado la hermana mayor de Noelia, le dijo que se iba fuera de la ciudad unos días. Lo que teníamos que averiguar nosotros, era si realmente llegó a salir de Madrid, o nunca lo hizo.

Fui a mi despacho y cuando entré vi a Adam frente a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos, y al girarse, tras sonreír de aquel modo tan suyo, tan sexy, noté que me estremecía.

—¿Todo bien? —preguntó acercándose, y me besó tras rodearme por la cintura.

—Hay mucho trabajo que hacer —contesté y me senté en el sillón, mientras él, lo hacía frente a mí—. Voy a llamar a Esmeralda.

—Bien —asintió—. Pero antes de que lo hagas, necesito contarte algo.

—¿Qué pasa? —pregunté sin mirarlo, mientras buscaba el número de Esmeralda en la agenda de contactos de mi móvil.

—Atenea, me acosté un par de veces con Noelia —cuando escuché aquello, miré a Adam como si lo hiciera a cámara lenta.

¿Acababa de decir lo que creía que había dicho?

Si era así, tenía que echarlo de inmediato de mi despacho, automáticamente pasaba a ser uno de los principales sospechosos de ese caso.

—Perdona, creo que no te he oído bien. ¿Te has acostado con la víctima? —pregunté.

—Sí, hace meses, pero sí. Me acosté con ella unas... No sé, ¿tres veces?

—Sal de aquí ahora mismo —le ordené poniéndome en pie, señalando la puerta.

—Atenea...

—Vete, ¡joder! —grité, y fui hacia la puerta para abrirla.

—Escúchame, preciosa —me pidió, cogiéndome del codo.

—No voy a escuchar una mierda, Adam. Te vas ahora mismo de esta comisaría. ¿Por qué no lo dijiste ayer?

—¿Delante de tu hermano? Perdona que no lo hiciera, eso no me haría ganar puntos con mi posible futuro cuñado.

—¡Vete a la mierda! —grité aún más fuerte, y en ese momento se abrió la puerta.

—¿Se puede saber qué cojones pasa aquí? —preguntó Darío.

—Pasa, que Adam García, acaba de encabezar la lista de sospechosos en la muerte de Noelia Sánchez —contesté.

—No puedes estar hablando en serio, Atenea —dijo Adam—. No la maté. Joder, pasaste el fin de semana en mi casa.

—A ver —Darío cerró la puerta y me cogió del brazo para llevarme hasta el sillón, obligándome a sentarme—. ¿Conocías a la víctima? —le preguntó a Adam.

—De la mansión, sí. Hace meses estuve con ella. Antes de conocer a tu hermana.

—Vale, entonces habrá que interrogarle por eso, no por asesinato, Ati —Darío me miró, y traté de calmarme—. Eso sí, Adam, vamos a necesitar una lista de todas las mujeres con las que te relacionaste en algún momento en la mansión, para no llevarme más sorpresas.

—Esa lista debe ser más larga que La historia interminable —murmuré resoplando.

—No es tan larga, te lo aseguro —protestó Adam.

—Eso habrá que verlo —contesté.

—A ver, tengamos la fiesta en paz. Llama a Esmeralda, Ati, y pídele los nombres de todos sus clientes. Y tú, ven conmigo que vas a hablar con Lucas para darle nombres —le dijo a Adam.

—¿Por qué no me los puede dar a mí? —Fruncí el ceño.

—Porque no quiero que le saques los ojos, aunque se follara a todas esas mujeres antes de ser tu pareja — contestó Darío.

—No es mi pareja —me quejé.

—Claro, y yo soy tonto. Adam, vamos a mi despacho.

Adam me miró, sabía que quería decirme algo, pero no lo hizo, se limitó a marcharse con Darío y yo me quedé allí pensando.

Tenía razón, había estado el fin de semana conmigo, y si llevábamos meses viéndonos, no podía haber estado con ella. Esmeralda me dijo que no le había visto irse con ninguna mujer en la mansión mientras yo le evitaba.

Suspiré, marqué su número, y esperé a que lo cogiera.

—Hola, cariño —dijo en su tono amable y sonriente—. ¿Cómo estás? He visto las noticias.

—Estoy bien, gracias. Imagino que sabrás por qué te llamo.

—Sí, supongo que querrás una lista de nombres de todos aquellos que estuvieron con Noelia, ¿verdad?

—Sí, al menos en los últimos meses.

—No te preocupes, la tendrás mañana.

—Adam también se acostó con ella —no fue una pregunta, se lo confirmaba.

—Sí, pero de eso, hace mucho tiempo. ¿Quieres que lo incluya?

—No, ya están preguntándole por ello —contesté, masajeándome la frente.

—Bien. ¿Necesitas algo más? Sabes que en lo que pueda ayudar...

—Sé que lo que voy a pedirte es algo que rompe con tus reglas de confidencialidad, pero no tengo más remedio. Necesitamos una lista con todos los clientes y socios de la mansión.

—La tendrás en un par de días.

—Gracias.

—Atenea, si ese loco de la cruz es uno de mis socios, tengo que librarme de él cuanto antes. Te haré llegar los nombres de quienes estuvieron con Noelia esta misma tarde.

Nos despedimos y salí del despacho para ir al de Darío en busca de Adam, pero no estaba allí. Lucas se lo había llevado a la sala de interrogatorios.

—No vayas allí, Ati —me pidió Darío.

—No puedes prohibírmelo, jefe —contesté, cerré la puerta y me dirigí por el pasillo a la sala de interrogatorios.

Al verme allí, Lucas iba a pedirme que me marchara, pero Ian lo miró y negó con la cabeza.

Me quedé al margen, en segundo plano, escuchando cómo Adam García, les contaba la relación que había tenido con la víctima, hacía algo más de siete meses.

Capítulo 3



Tal como dijo Esmeralda, aquel mismo lunes por la tarde tenía una lista con los nombres de aquellos socios de la mansión que estuvieron con Noelia Sánchez en alguna ocasión.

No eran muchos, por suerte para nosotros, así que me reuní con los chicos y les pedí que interrogaran a todos el martes y miércoles, no me valían excusas de esos hombres diciendo que estaban ocupados y no podían, que les dijeran que la investigación no podía esperar y que, si se negaban a acudir, que les amenazaran con ir a sacarles de sus despachos esposados y detenidos si hiciera falta, ninguno de ellos querría un escándalo de esa magnitud como publicidad para sus millonarios negocios.

Era jueves, y tras hablar con todos, menos con tres de ellos porque no estaban en la ciudad, habíamos sacado dos cosas en claro.

Noelia Sánchez no tenía enemigos, era la mejor en su trabajo, y todos los hombres con los que se había acostado, aunque solo fuera una vez, la apreciaban.

Estaba revisando la lista de todos los socios de la mansión, agrupándolos en varias sublistas por sus profesiones, cuando llamaron a mi puerta.

—Ati —miré a Ian cuando me llamó—. Noel y Saúl, van a interrogar a Damián Herrero, ¿vienes?

—Sí, dame un segundo que acabo y voy.

—Te esperamos en la sala.

Damián Herrero, uno de los tres hombres con los que aún no habíamos podido hablar sobre Noelia.

Era empresario y cuando lo llamaron, su secretaria dijo que estaba en Londres por trabajo, pero les facilitó su número de teléfono personal y accedió a venir a comisaría.

Cerré el ordenador, guardé la lista en la carpeta del caso de Noelia, y fui hacia la sala contigua a la de los interrogatorios.

—Estamos todos —escuché que decía Ian cuando llegué, y poco después, Noel y Saúl, entraban en la sala.

—Señor Herrero, gracias por venir —dijo Saúl.

—La amenaza de traerme detenido surtió efecto, se lo aseguro —contestó él, arqueando la ceja—. ¿Por qué estoy aquí?

—Imagino que estará al tanto del fallecimiento de la señorita Noelia Sánchez.

—Sí, lo vi en la prensa. Una lástima.

—Tenemos constancia de que usted mantenía relaciones sexuales esporádicas con ella —dijo Noel.

—Eso debería ser confidencial, pero imagino que nos tendrán que investigar a todos los que la conocíamos.

—Imagina usted bien, señor Herrero —contestó Saúl.

—Conocí a Noelia hace un año, más o menos. El bufete en el que trabajaba es el que pago mensualmente para tener buenos abogados. Ella se encargó de uno de los casos en los que necesité de asistencia jurídica, ganamos, la invité a cenar, y llevábamos tanto tiempo pasándolo juntos que una cosa llevó a la otra, y nos acostamos.

—¿Eso fue en la mansión, o fuera de ella? —preguntó Noel, mientras tomaba notas.

—Aquella primera vez fue en mi casa. Le hablé de la mansión después de eso, era una chica abierta a nuevas experiencias por lo que me dijo, y la invité a ir allí una noche conmigo. Aceptó, y allí conoció a varios de los habituales. Solía ir los viernes o sábados por la noche, tomaba una copa, se iba a una de las habitaciones con alguno de los que más se relacionaba, y se marchaba a casa. Cuando estaba conmigo la llevaba yo, para mí no era solo sexo, la tenía como una buena amiga.

—¿La vio durante los últimos meses? —interrogó Saúl.

—No, en la mansión no. Nos veíamos fuera, quiero decir, solo profesionalmente. Ella seguía siendo la abogada encargada de mi empresa, era una de las mejores del bufete y no quería que el sexo fuera impedimento para que no llevara mis casos. Hace unos meses me dijo que estaba viéndose con alguien, algo que podría ir en serio.

—¿Una relación sentimental? —preguntó Saúl.

—Sí —sonrió—. Y me alegré por ella, la veía feliz, ilusionada. Dijo que era un hombre cariñoso y que iba a centrarse en esa relación, por lo que dejaría de ir a la mansión. Solo que hace un par de semanas volví a verla allí.

—¿Había roto con su novio?

—Estaba en ello —respondió mirando a Noel—. Dijo que había cambiado un poco y que se mostraba más... controlador. Le dijo que quería dejarle y creo que él, no se lo tomó demasiado bien.

—¿Conocía usted a ese hombre? —Saúl se apoyó en la pared, esperando una respuesta con los brazos cruzados.

—No, pero me habría encantado. Le dije que si quería hablaría con él, para que la dejara en paz, pero no me lo permitió, dijo que era asunto suyo y ella, lo resolvería. Noelia no se merecía lo que le había pasado. Si alguno de los hombres con los que se acostó en la mansión, es el responsable de esto, yo mismo lo mataré.

—Señor Herrero, vamos a evitar poner esto último en su declaración, no sea que alguno de esos hombres aparezca muerto, y usted pase a ser el principal sospechoso —comentó Saúl.

—Apreciaba a Noelia, la quería, era una buena amiga. Si hay algo más en lo que pueda ayudarles, estaré a su disposición.

—Hay un par de nombres más en la lista de los que frecuentaba en la mansión —dijo Saúl—. César Aguirre y Rodrigo Herranz.

—Cierto, si no recuerdo mal me habló de ellos poco después de volver a la mansión. Fueron de los primeros con quienes se relacionó allí, cuando la

llevé yo. No creo que tengan nada que ver con su muerte, yo se los presenté, y me consta que la apreciaban tanto como lo hacía yo.

—Bien, gracias por venir —dijo Noel, poniéndose en pie—. Si necesitamos algo más, le llamaremos.

Damián Herrero, salió de la sala de interrogatorios y Lucas, Ian y yo, fuimos a encontrarnos con Noel y Saúl.

—Ese tío dice la verdad —comenté—. Esperemos que los otros dos también lo hagan.

—¿Qué os han dicho las amigas? —preguntó Lucas.

—Lo mismo que él —respondió Saúl—. Les contó que salía con un hombre amable y cariñoso, pero no le conocían. Lo último que supieron era que quería dejarlo, pero, adivinad con quién se marchaba de viaje.

—Con el novio —contesté, y asintió.

—Si quería romper con él, ¿por qué se irían juntos de viaje? —dijo Lucas.

—Bueno, como mujer creo que él le ofreció un viaje para hacer las paces, y ella, si estaba enamorada, es posible que aceptara a ver si realmente cambiaba.

—Solo que en vez de comprobar que había cambiado, acabó asesinándola —contestó Noel.

—No sabemos si fue el novio —intervine—. Tal vez se fue de viaje con él, pero al volver tuvo la mala suerte de cruzarse con nuestro asesino, y ya.

—Volvemos al callejón sin salida, como siempre —se lamentó Ian.

—Hasta que demos con la jodida puerta que nos lleve a ese loco —dijo Lucas.

Ojalá sea cierto, ojalá demos pronto con ese psicópata que disfruta haciendo sufrir a esas pobres mujeres.

Capítulo 4



Viernes, y se acababa la semana, solo que seguíamos sin nada que nos llevara al novio del que nadie sabía quién era, o cómo se llamaba.

En todos los casos, salvo en el de Diana, existía ese hombre amable, tierno y cariñoso del que todas estaban enamoradas, pero que ninguna se lo había presentado a sus amigas. ¿Por qué?

Y lo que más me preguntaba desde que entré en el cuerpo de policía y Darío me metió en su equipo, era qué los llevaba a esos hombres a cambiar con sus parejas, y pasar de ser el novio perfecto, al controlador compulsivo que describían las amigas de las víctimas.

Estaba recogiendo mi mesa para marcharme a comer, cuando escuché la voz de Michael desde la puerta de mi despacho.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sonriéndole.

—Llévate a comer, que, si no vengo yo, tú no me llamas —contestó dándome un par de besos.

—Estoy metida de lleno con el caso, andamos todos de cabeza.

—Ya imagino. ¿Cómo es que ha actuado tan pronto? No hace más que unos meses desde la anterior víctima.

—No lo sabemos, algo ha debido ser el desencadenante que le lleve a actuar ahora. ¿El qué? Es lo que me tiene loca.

—Venga, vamos a comer y te despejas un poco. ¿Darío cómo lo lleva?

—Lo lleva, que no es poco.

Salimos de la comisaría y empezó a llover, se notaba que el verano había quedado atrás y el otoño se habría paso con fuerza.

Corrimos hasta su coche, que lo tenía aparcado más cerca que el mío, y fuimos a comer a una de las cafeterías que había por allí. Yo debía volver después a la comisaría.

Nos sentamos al fondo del salón, pedimos y en cuanto nos trajeron la botella de vino, me serví una copa que acabé de un trago.

—Eh, tranquila, que no eres una esponja —dijo Michael, sonriendo.

—Lo siento, tenía sed y esto está dulce y fresquito —me encogí de hombros.

—Ati, no te des a la bebida que me enfado.

—Tranquilo, no lo haré. Pero este caso me tiene...

—Lo sé —me cortó cogiéndome la mano por encima de la mesa y acariciándome la parte interna de la muñeca—. Diana estaría orgullosa de ti,

te estás dejando la piel para dar con su asesino.

—Es lo menos que puedo hacer, por ella, y por Darío. Tú no le viste aquellos años que viví en su casa. Y aún hoy día sé que sigue con insomnio.

—Conozco a Darío hace más de diez años, y me hago una idea. Pero dejemos de hablar de trabajo, al menos del tuyo. Tengo unos nuevos bonos de inversión en el banco.

—Y yo no tengo dinero para eso —reí—. Si algún día me toca una lotería, serás el primero en saberlo y meteré ahí todos mis millones.

—Si me hago con una cuenta millonaria de esas, me ascienden a director de zona, fijo —rio.

Cuando nos trajeron la comida olvidamos mi trabajo y el suyo, y hablamos sobre Patricia y el bebé. Aún no sabíamos si tendríamos una nueva sobrina o un sobrino, pero no nos cabía duda de que le íbamos a mimar y consentir tanto como a la princesa de la casa.

—Tengo que ir a Barcelona dentro de un par de fines de semana —dijo mientras nos tomábamos el café—. Ya sabes que la sede del banco está allí, vamos a hacer un curso y he pensado que igual te podría ir bien un cambio de aires.

—¿Me invitas a pasar un fin de semana en Barcelona?

—Ajá. A gastos pagados, un todo incluido en el hotel. Spa y masajes. ¿Qué me dices?

—Muy tentador. Pero supongo que tienes solo una habitación.

—Sí, pero tranquila, que yo dormiré en el sofá. La cama de matrimonio será toda para ti.

—Michael, mira que voy a empezar a pensar que quieres cortejarme, o llevarme a la cama —arqueé la ceja.

—¿Acostarme contigo? —preguntó con el ceño fruncido, y empezó a reír— Ya sabes que eso sería como hacerlo con una hermana. No me va el incesto.

—Lo pensaré, ya te diré algo.

Michael asintió, terminamos de comer y me llevó de nuevo a la comisaría.

Volví a centrarme en el caso, revisando las declaraciones de las amigas de la víctima. Entre ellas hubo algo que me llamó la atención, pero no pude contrastar esa información dado que Lucas me avisó que había llegado César Aguirre, el banquero con el que Noelia había tenido varios encuentros en la mansión.

Fuimos a la sala contigua a la de interrogatorios, y escuchamos su declaración sin perder detalle de nada en absoluto.

—Díganos, señor Aguirre: ¿qué relación tenía usted con Noelia Sánchez?
—preguntó Saúl.

—Eso ya lo saben ustedes, si no, no me habrían hecho venir bajo amenaza de sacarme del banco detenido.

—Sí, pero tenemos que escuchárselo decir a usted. Está siendo interrogado, como el resto, por su estrecha relación con la última víctima del asesinato de la cruz.

—Nos acostábamos de vez en cuando, no con asiduidad. Teníamos una relación de sexo esporádica, cuando nos veíamos en la mansión, nada más.

—Bien. ¿Noelia Sánchez le habló alguna vez de una pareja? ¿Le comentó que se veía con alguien con quien tenía una relación sentimental?

—No me enteré de eso hasta que volví a verla una noche en la mansión, hace unas semanas. Estuvo mucho tiempo sin ir y cuando la vi de nuevo, le pregunté si estaba bien, me extrañó no haberla visto. Fue cuando me dijo que había estado saliendo con alguien, pero que ya casi había acabado la relación. Por lo visto el tipo pasó de ser el hombre diez, a un controlador celoso que no dejaba que saliera ni con sus amigas.

—Nos consta que la señorita Sánchez, sí salía con sus amigas —dijo Noel.

—Sí, porque Noelia era así, rebelde por naturaleza —sonrió—. Según me dijo, no iba a permitir que ningún hombre dirigiera su vida. Ella era libre para hacer y deshacer lo que quisiera, y la admiraba por eso. Era joven, pero tenía las ideas muy claras. Experimentaba en el sexo y disfrutaba, pero tenía claro que en unos años quería casarse y formar una familia.

—¿Sabe si alguno de los hombres con quien se relacionaba, podría ser candidato para ese futuro?

—Podría, sí. Me dijo que alguno de esos hombres le encajaba como pareja, y no le importaba que fuera un hombre liberal en cuanto a sexo, ella podría seguir acudiendo a la mansión con él.

—Señor Aguirre —dijo Saúl—, ¿cree que alguien podría tener algo en contra de la señorita Sánchez?

—De la mansión, nadie. Fuera de ella, en lo que respecta a su ámbito laboral, no lo sé. Era abogada, había ganado muchos casos en su corta

carrera, todos mediáticos y de peso. Si alguno de los que resultaron ser culpables y perdieron el juicio contra ella, pudo hacerle algo, no sabría decirles. ¿Creen que alguien de su entorno pueda ser el asesino que lleva diez años matando jóvenes inocentes?

—No podemos descartar a nadie, señor Aguirre —contestó Noel.

—Lo que puedo asegurarles es que yo no lo hice, no se me pasó nunca por la cabeza asesinar a nadie imitando a ese loco. Noelia no merecía el final que le han dado. Y si fue ese novio que tenía, espero no tenerlo nunca delante, porque no les aseguro controlarme para matar a semejante cabrón.

—Gracias por su tiempo, señor Aguirre. Si necesitamos algo más, volveremos a llamarlo —dijo Saúl.

—Si encuentran al malnacido que le hizo eso a Noelia, y al resto de chicas, hagan que lo pague el resto de sus días.

Damián Aguirre se marchó, y todos nos quedamos como siempre, mirando a la pared de ese puto callejón sin salida en el que estábamos desde hacía años.

Tenía que haber una conexión entre las víctimas, algo que nos llevara a ese loco, pero, ¿qué?

Por el momento solo teníamos la mansión como algo que conectaba a las dos últimas víctimas, y Adam García. Una era su hermana, y la otra, una de las mujeres con las que se había acostado en la mansión.

—Necesito una copa —dije cuando salimos de la sala y nos reunimos con Noel y Saúl, en el pasillo.

—Ya somos dos —comentó Celia.

—Llamaré a las chicas, y nos vamos esta noche todas a tomar algo.

—¿Y a nosotros no nos invitáis? —preguntó Lucas.

—No —contestamos Celia y yo al unísono, nos miramos, y acabamos riéndonos a carcajadas.

En ese momento me llegó un mensaje de Fran, el policía de la secreta que se ofreció a ayudarnos.

Fran: *Tenemos que vernos mañana en la mansión, quiero que hablemos sobre la nueva víctima.*

Le dije que allí nos veríamos, se lo comenté a los chicos y Lucas e Ian, dijeron que vendrían con nosotras. Ahora solo me faltaba pedirles a mis amigas que se unieran a la noche de sexo.

Estaba arrastrándolas al caso, lo sabía, pero toda ayuda en lo que a la mansión se refería, era más que bienvenida.

Capítulo 5



Terminé de arreglarme para ir a ver a las chicas, Celia se había convertido en una más de nosotras y tenía que pasar por su casa a recogerla.

Le envié un mensaje mientras guardaba las llaves de casa en el bolso para avisarla de que estaría en su casa en quince minutos, y subí al ascensor.

—Oh, Atenea, ¿cómo estás, hija? —preguntó la señora Ramírez, una mujer de casi ochenta años, viuda desde hacía quince, y con una vitalidad increíble.

—Muy bien, ¿y usted?

—Pues mira, cargada con la maleta —sonrió.

—Ya veo. ¿Dónde va esta vez? ¿A casa de su hija, o de su hijo?

—De mi hija, está a punto de nacer su tercer nieto, y vamos a echar una mano a mi nieta.

—¿Otro bisnieto? Ya tienes una familia de lo más numerosa.

—Sí, y yo que pensaba que solo tendría a mis dos hijos, y ellos me han dado ocho nietos y con el que está por nacer, van doce bisnietos.

—Las familias cuanto más grandes, mejor. ¿No son una buena compañía en Navidad?

—Desde luego. Lo que siento es que mi difunto marido no esté aquí para verlo —se encogió de hombros.

—Bueno, seguro que desde donde esté, es feliz de verla a usted.

—Habría disfrutado mucho con tanto niño, eso seguro.

—Estoy convencida de ello.

Salimos a la calle y vi un taxi aparcado en doble fila, imaginé que estaba esperando a mi vecina y cogí su maleta para llevarla. Al vernos el taxista, salió a recibirnos abriendo el maletero y guardando el equipaje.

—Muchas gracias, hija. Eres un sol. Me recuerdas a una de mis nietas más jóvenes. ¿Vas con tu novio?

—No, hoy salgo con mis amigas.

—Ah, hacéis bien. Disfrutar de la juventud, que ya tendréis tiempo de haceros cargo de la casa y la familia. Cuídate, hija —me dio un abrazo que correspondí como si de mi abuela se tratase, y esperé a que se marchara el taxi.

Subí al coche y puse rumbo a casa de Celia, que ya estaba esperándome en la calle cuando llegué.

—Cómo cambiamos cuando nos vestimos de persona, ¿eh? —dijo, cerrando la puerta.

—Mujer, lo dices como si nos vistiéramos de conejo todos los días o algo así —reí.

—Ay, Ati, sabes a qué me refiero. De lunes a viernes en el trabajo vamos de informal y pasamos más desapercibidas. Pero cuando salimos, llamamos la atención.

—Eso es cierto, sobre todo cuando vamos al karaoke y nos ponemos a hacer el cabra.

—Pues cantáis muy bien, yo no cojo un micrófono ni loca. Parecería un gato atropellado.

—Qué exagerada eres.

—¿Quieres comprobarlo? Porque igual nos quedamos solas en el local.

—Mejor no, no sea que nos prohíban la entrada por espantar a los clientes.

—Entonces mañana vamos a la mansión.

—Sí. Creí que habríamos terminado, pero la lista de socios de ese lugar, es bastante larga. Tengo hechas seis sublistas, categorizadas por profesión de todos ellos, tanto hombres como mujeres, y aún me quedan unas cuantas más.

—Oye, tú y Adam...

—¿Qué? —pregunté.

—Bueno, ya sabes. ¿Vais en serio?

—No, solo es sexo —contesté rápido y sin pensarlo mucho.

—No parecía muy contento las veces que te vio irte con otros.

—Es mi trabajo, si quiere que encuentre al asesino de su hermana, tiene que entender que iré a una de esas habitaciones con quien sea necesario.

—Ati, ¿te has acostado con esos hombres?

—No.

—Entonces, Adam no es solo sexo para ti —respondió, y no contesté nada a esa afirmación.

Porque no tenía sentido que contestara, y porque no sabía si realmente era algo más que solo sexo.

Llegamos al karaoke y nada más entrar, las chicas gritaron al vernos.

Hacía una semana que no nos veíamos y en ese momento parecíamos seis adolescentes que se reencontraban después de un mes o más.

—¿Listas para darlo todo ahí arriba? —preguntó Alida.

—¿A quién le toca hoy cantar?

—A Elia —me contestó Nadia.

—Y tiene muy clara la canción, y a quién se la dedica —Tiaré me hizo un leve gesto con la cabeza, miré hacia la barra, que era donde me señalaba, y allí estaban Lucas e Ian.

—¿Qué hacen esos dos aquí? —pregunté.

—Pues nada, que Ian le preguntó a Alida si aceptaba que la invitara a cenar, ella dijo que tenía noche de chicas y karaoke, Elia está dolida por un comentario de Lucas, y aquí está él, en busca de su chica.

—No soy su chica, Nadia —protestó Elia—. Y no lo seré mientras siga pensando que me he acostado con un compañero de trabajo por un maldito comentario que hice hace tres semanas.

—¿Te has acostado con alguno de los abogados? —Arqueeé la ceja, porque Elia era como nosotras, una mujer libre que decidía con quién se acostaba, y cuándo lo hacía, pero desde que íbamos a la mansión, solo se acostaba con Lucas.

—No, Ati, no me he acostado con nadie. Solo con ese gilipollas al que llamas compañero.

—Lo que no sé es por qué Ian te ha invitado a cenar —dijo Celia—, si los dos sabían que íbamos a salir todas esta noche.

—Pues para ver dónde estaríamos —contesté, recordando que habían querido que les invitáramos a venir, pero no lo hicimos.

—Pues nada, yo me voy a subir ahí a cantarle a Lucas, a ver si se entera de una vez que mi jardín de las delicias no lo riega todo pichichi.

Tratamos de no reírnos, pero fue misión imposible al ver la cara de Elia, tras soltar aquella perlita.

Ella nos miró, arqueó la ceja, y acabó acompañándonos con una sonora carcajada.

—Atenea —me giré al escuchar la voz de Adam, lo miré con el ceño fruncido porque no habíamos hablando desde el lunes y no esperaba verlo allí, y sonrió al tiempo que se encogía de hombros—. Nadia me dijo dónde podrías encontrarte hoy.

—La mato —murmuré mirando a mi amiga, que sonrió de lo más inocente.

—¿Podemos hablar? —Me cogió por la cintura y noté que me estremecía de pies a cabeza.

Estaba molesta con él, porque se había callado el hecho de que la última víctima fue una de sus compañeras de cama en la mansión, y no es que aquello me provocara celos, ni mucho menos, sino que debería habérmelo contado antes.

—Ati, nos toca —dijo Alida.

—Subid sin mí, ¿ok?

—Vale.

Acompañé a Adam a una de las mesas más al fondo, donde podríamos hablar tranquilamente y sin tener que subir demasiado la voz, llamó a la camarera que tomó nota de lo que íbamos a tomar, y me sostuvo la barbilla con un par de dedos mientras se inclinaba para besarme.

—¿Crees que puedes hacer eso conmigo cuando te dé la gana? —le espeté.

—Te echo de menos, preciosa. No has contestado mis llamadas desde el lunes.

—¿Y eso no te ha dejado claro que no he querido hablar contigo?

—Atenea, escúchame.

—Mira, no me digas nada. Vi la declaración, todo lo que le constaste a los chicos. Te creo, ¿vale? Y sé que tú no has asesinado a esa mujer, porque no asesinarías a tu hermana. No tendría sentido. ¿Qué podrías tener en contra de Cristina? La adorabas, por el amor de Dios —me pasé ambas manos por el pelo.

—No soy policía, pero he pensado en algo que creo que puede servir.

—¿El qué?

—Ahora sabemos que las dos últimas víctimas tienen como nexo de unión, la mansión. Y, además, a mí. Pero, ¿y si es alguien que las dos conocían? No sé, un conocido de mi hermana que fuera cliente de Noelia. O, tal vez, un compañero universitario de la segunda que conoció a mi hermana y se enamoró, pero ella estaba saliendo con esos dos chicos para ver por quién se decidía.

—¿Te estás escuchando? —Fruncí el ceño— No tiene sentido.

—Me estoy volviendo loco —contestó.

Cuando la camarera dejó nuestras bebidas, las chicas empezaron con su actuación, y me quedé observando a Elia y Lucas, mientras ella cantaba y lo miraba.

—Fama. Dicen que tengo mala fama. Que me enamoro por la noche y se me pasa en la mañana —Elia le cantaba directamente a Lucas, y este no dejaba de beber sin apartar los ojos de ella—. Yo duermo sola en mi cama y no me preocupa mi mala fama.

Las chicas se movían tras ella como lo haría la mismísima Greeicy, con un contoneo de caderas que provocaba más de un silbido.

Lucas me miró, sonreí y le indiqué que siguiera escuchando, porque si algo tenía claro, es que Elia estaba enamorada de ese hombre, y quería que él supiera que, en él, había encontrado todo aquello que buscaba.

—¿Y si nos vamos a mi casa? —preguntó Adam de pronto.

—¿Sexo ardiente y sudoroso? —Arqueeé la ceja.

—Como tú quieras, hoy te dejo mandar —contestó haciéndome un guiño.

—Ahora vuelvo.

Fui a la barra y le di a Ian las llaves de mi coche. Sabía que, cuando esos dos salían juntos, Lucas era quien llevaba el coche.

Algo me decía que esa noche acabaría en casa con Elia, por lo que Ian tendría que compartir taxi con las chicas, de ese modo, podría llevarlas a todas y el lunes me lo llevaría a la comisaría.

Cuando regresé a la mesa, Adam dejó el dinero para pagar nuestras bebidas, pero antes de que pudiera levantarse, me incliné para susurrarle.

—Llevo las esposas en el bolso —le mordisqueé el lóbulo de la oreja y cuando me retiré, vi fuego en sus ojos.

Sonreí sabiendo que lo había provocado con aquellas palabras, y le cogí de la mano para que nos marcháramos.

Quería que me hiciera suya, quería que nos dejáramos llevar por la química que había entre nosotros, que me hiciera gritar su nombre.

Capítulo 6



Entramos por la puerta de su casa como si fuéramos dos animales salvajes, dos irracionales a punto de morir, como cantara Ana Belén.

Nos devorábamos a besos, recorriamos la boca del otro con la lengua, en busca de la suya, dándole encuentro para que se unieran en un baile sensual a la par que salvaje, en una lucha por tener el control esa noche.

Caminamos por la casa mientras nos íbamos desnudando, la ropa estorbaba tanto que parecía que fuéramos a arder, a pesar del frío y de lo mojados que estábamos por la lluvia que nos había sorprendido al salir del local.

Adam se mostraba desesperado, tanto o más que yo. Ambos queríamos tenernos desnudos y sentirnos piel con piel, anhelaba sus brazos estrechándome con fuerza, sentir su corazón latiendo al unísono del mío, como si de uno solo se tratara.

Fuimos prácticamente dando tumbos hasta las escaleras, donde Adam asaltó mis labios con más fiereza, le correspondí dejando caer la cabeza hacia atrás, besándolo con la misma intensidad, agarrándome con fuerza a su cabello y tirando de él.

Lo escuché gruñir entre besos, me cogió por las caderas y acabó dejándome contra la pared.

Dejó mis labios para lanzarse de lleno a por un pecho, lamiendo y mordisqueándome el pezón, tirando de él y arrancándome un gemido tras otro.

Arqueé la espalda, apoyada con la cabeza en la pared, entrelazando los dedos en cada mechón de su cabello y acercándolo a mi pecho.

Me mordisqueaba el labio mientras notaba mi propio sexo impaciente por sentir su gloriosa erección dentro, colmándome, follándome con fuerza como había descubierto que me gustaba que él lo hiciera.

Gemí cuando movió las caderas y nuestros sexos se rozaron, fue un gemido de protesta, de anhelo, de dolor por querer que me penetrara.

—Adam... —susurré su nombre entre jadeos, quería que lo hiciera, y lo quería ya.

Pero no me hizo caso, siguió moviéndose, haciendo que su miembro se deslizara por la humedad de mi sexo, friccionando, excitándome, jugando con mi paciencia, con mi deseo, torturándome.

Volvió a besarme y fue cuando sus dedos se hicieron cargo de mi palpitante clítoris, ese que prácticamente habría gritado de placer si pudiera.

Mis gemidos se mezclaban con el sonido de nuestros húmedos besos, con sus jadeos, mientras seguía pellizcando y tocando en círculos esa pequeña parte de mi cuerpo.

Cuando me penetró con dos dedos, rompí el beso agarrándome a su cabello, dejé caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared, y cerré los ojos

mientras escuchaba mis gritos de placer rompiendo con el silencio de la casa.

—Adam —dije su nombre antes de devorar sus labios en un beso cargado de deseo, de lujuria y pasión.

Me sostuve con una mano sobre su hombro y cuando comenzó a mover la mano más y más rápido, penetrándome con fuerza, acabé clavándole las uñas.

Estaba a punto de correrme cuando se detuvo, me miró y fruncí el ceño, ambos estábamos igual, jadeantes y soberanamente excitados.

Entonces hizo algo que no esperaba. Se giró, aun llevándome en brazos, y caminó hasta la escalera, donde se sentó conmigo a horcajadas sobre sus piernas.

—Fóllame, Atenea —me ordenó, lo besé y tras llevar la punta de su miembro a mi entrada, comencé a deslizarme por ella despacio.

Adam inclinó la cabeza hacia atrás, al igual que hice yo, y ambos gemimos cuando nos unimos.

Me abrazó unos instantes, permaneciendo quietos, sintiendo cómo nuestros sexos palpitaban. Dejó un suave beso en mi hombro y empecé a moverme despacio.

Poco a poco fui moviéndome más deprisa, noté que me agarraba las caderas y me fue guiando hacia adelante y atrás, de arriba abajo como él quería, y comencé a temblar mientras, apoyada con ambas manos en sus hombros, cabalgaba sobre él, follándole tal como me había pedido.

Llevó una mano entre nuestros cuerpos y comenzó a acariciarme el clítoris con movimientos rápidos, llevándome así al orgasmo.

Grité con todas mis fuerzas y Adam, me hizo callar asaltando mis labios en un beso feroz y apasionado.

Sin esperar a que me recuperara del orgasmo, se levantó y me hizo apoyarme con ambas manos en un escalón, inclinada hacia delante, con las piernas separadas y las caderas bien elevadas. Me penetró rápido, fuerte y de una sola embestida, y comenzó a moverse de manera frenética, entrando y saliendo, llegando a lo más hondo de mi ser, mientras notaba sus testículos golpeando en mi clítoris.

Jamás había tenido sexo en una escalera, pero por Dios que iba a aficionarme a ello, si de ese modo sentía a Adam tan dentro de mi cuerpo.

Siguió agarrando con fuerza una de mis caderas, mientras que con la otra mano me cogió el cabello para enrollarlo en ella y tirar ligeramente de él hacia atrás.

Me besó con rudeza, sin dejar de follarme de aquel modo salvaje y excitante.

Estaba cerca, y sabía que él también. Su miembro comenzó a palpar y agrandarse aún más en mi interior. Mis músculos le apretaban con fuerza, y cuando ninguno de los dos pudo aguantar más, Adam me penetró con más fuerza varias veces hasta que abandonó mis labios y ambos gritamos, siendo alcanzados por aquel brutal orgasmo que nos dejó jadeantes y sin apenas fuerzas apoyados en la escalera.

—No he terminado contigo, preciosa —susurró, besándome el cuello.

Se retiró, dejando ese vacío que tanto odiaba cuando salía de mí, me cogió en brazos, como haría un recién casado con su amada esposa en la noche de bodas, subió las escaleras sin decir nada, le observé y no pude evitar acariciarle la mejilla.

Mi corazón empezaba a latir por él, y solo por él. Mi cuerpo clamaba por su tacto, mis labios suspiraban por los suyos, y mi mente pensaba en él más veces de las que debería.

Cuando me miró, sonrió de ese modo que me hacía estremecer, se inclinó para besarme y lo hizo con ternura, un solo beso en los labios, suave y lento, sin una pizca de furia salvaje y apasionada como la que habíamos compartido apenas hacía unos instantes.

Me recostó en la cama, separándome las piernas, y se colocó entre ellas. Comenzó a besarme el muslo, subiendo lentamente por él, recorriéndolo con la punta de la lengua, hasta mi vientre.

Ahí se detuvo, me miró fijamente y, tras dejar un beso rápido, subió hasta mis labios.

—Eres mía, Atenea. Dilo —ordenó.

Tragué con fuerza, sin apartar los ojos de los suyos, observando esas llamaradas de fuego y pasión que parecían querer consumirme.

Entrelacé los dedos en su cabello, jugando unos breves instantes con él, en silencio, escuchando mi respiración y el fuerte latido de mi corazón.

Y cuando le acaricié la mejilla, obedecí a su petición.

—Soy tuya, Adam.

Se inclinó, apoderándose de mis labios en un beso posesivo, como si de ese modo pretendiera hacer saber a los demás que todo mi ser le pertenecía solo a él.

Y le pertenecía, porque hasta ese momento, hasta esa noche, no había comprendido que estaba enamorada de él.

Capítulo 7



Desperté con el sonido de la lluvia golpeando el cristal de la ventana. Cuando abrí los ojos, algo aturdida, fue cuando caí en la cuenta de que no estaba en mi cama, sino en la de Adam.

Me desperecé, estirándome por completo, y al tocar su lado de la cama, comprobé que estaba frío y vacío.

Giré hacia él, y abrazada a la almohada, respiré hondo dejando que el aroma de Adam me invadiera.

Salí de la cama, cogí una de sus camisetas y bajé hacia la cocina, donde lo encontré preparando café.

—Necesito una taza, ya —dije olfateando al aire y disfrutando de ese delicioso aroma a café recién hecho.

—Buenos días, preciosa —Adam me rodeó por la cintura y sus labios se posaron en los míos.

Parecía no haberse saciado en absoluto después de una noche de sexo en la que las horas parecían no pasar.

No recordaba haberme corrido tantas veces una misma noche, en toda mi vida.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó, girándose para servirme el café.

—Como un bebé. No sé ni qué hora es —respondí, sentándome en uno de los taburetes.

—Las once.

—¿En serio? Por Dios, en mi vida había dormido tanto.

—¿Cómo te encuentras? —me besó la frente al tiempo que me entregaba el café.

—Dolorida incluso en partes que no imaginé que pudieran doler.

—Si es que dejas que pase mucho tiempo entre sesión y sesión.

—¿Hablamos de sexo o de ejercicios gimnásticos? Porque hago ejercicios casi todos los días en el gimnasio de la comisaría —arqueé la ceja.

—Me refiero al sexo. ¿Por qué no te vienes a pasar unos días conmigo? Te aseguro que irás de lo más relajada al trabajo todas las mañanas —ronroneó colocándose entre mis piernas.

—Hum. ¿Qué intenta, señor García? —pregunté, cuando noté sus labios en mi cuello.

—Excitar a mi chica —susurró.

—¿No tuviste bastante con lo de anoche?

—No, nunca tengo bastante de ti —me aseguró dándome un mordisquito en el hombro tras retirar la tela de la camiseta.

Metió la mano entre mis piernas y comenzó a deslizarla lentamente por mi sexo, cubriéndolo por completo, haciendo que me excitara con el leve roce de su palma sobre el clítoris.

Levantó la camiseta dejando ambos pechos libres y se lanzó a por ellos, uno a uno, para morder y lamer los pezones a su antojo.

Comenzó a penetrarme con dos dedos mientras jugaba con el pulgar sobre el clítoris, me agarré a su cabello y dejé caer la cabeza hacia atrás, llegando de nuevo al orgasmo en apenas unos minutos.

—Por Dios, Adam, tienes una manos prodigiosas —dije entre jadeos, y él soltó una carcajada.

—Y no has visto nada. Vamos a la ducha —dijo, haciéndome un guiño mientras me quitaba la camiseta, dejándome desnuda completamente.

—Pero, mi café... —protesté, y él me cogió en brazos para subirme.

—Lo que vamos a hacer, es mucho mejor que el café, eso te lo aseguro.

Me estremecí al escuchar el tono sensual y grave de su voz. Dejé que me llevara de nuevo a la planta de arriba, entramos en la habitación y fue hasta el cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y me dejó en el suelo mientras se quitaba el pantalón de chándal que llevaba puesto, liberando del confinamiento su más que evidente erección.

Me pasé la lengua por los labios y vi que sonreía, llevando una mano a su miembro y acariciándolo despacio, provocándome, como diciendo que, si lo quería, fuera a por ello.

Entramos en la ducha y me colocó mirando a la pared, se pegó a mi espalda y tras coger el bote de gel, se puso un poco en la mano y empezó a enjabonarme el cuerpo entero.

No dejó un solo rincón de piel sin tocar, y se deleitó con ambas manos en mi sexo, en mi trasero, y después de coger la ducha y retirar el jabón, vi que se arrodillaba y separaba un poco más mis piernas.

Me agarró por las nalgas, y cuando su lengua comenzó a deslizarse por mi clitoris una y otra vez, tuve que apoyarme en la pared para no caer al notar que me fallaban las piernas.

Lamía sin cesar, me penetraba con ella, aumentaba el ritmo y me hacía estremecer mientras gritaba a punto de alcanzar de nuevo el orgasmo.

Fue en ese instante, cuando supo que iba a correrme, cuando se ayudó de dos dedos penetrándome mientras seguía lamiendo rápidamente.

Estallé corriéndome a chillidos, inclinando la cabeza con los ojos cerrados mientras apoyaba la frente en la pared y recuperaba el aliento.

Adam me besó el hombro y lo escuché coger de nuevo el gel.

—Me toca a mí —dije, quitándole el bote de las manos.

—No es necesario —sonrió.

—Tú has desayunado, ahora me toca a mí —le aseguré, me puse un poco de gel en la mano y comencé a enjabonarle el cuerpo despacio, igual que había

hecho él.

Para cuando llegué a su miembro erecto, se inclinó para besarme y me centré en acariciarlo de arriba abajo con fuerza, haciéndolo estremecer como él a mí.

Me aparté, y sin dejar de mirarlo a los ojos, retiré el jabón de su cuerpo para después arrodillarme y saborearlo como él había hecho.

Sus ojos brillaban velados por el deseo, y mientras yo seguía acogiéndolo en mi boca, él me cogió del pelo con la mano para guiarme y que le diera placer como le gustaba.

Se apoyó en la pared, cerró los ojos y comenzó a jadear mientras yo me esmeraba en darle lo que quería.

—Atenea, me voy a correr —me avisó, por lo que me retiré y dejé que lo hiciera en mis pechos.

Cuando acabó, me ayudó a incorporarme y me besó con rudeza y posesión antes de volver a enjabonarme para limpiar los restos del placer mutuo que habíamos compartido en ese reducido espacio.

—Eres increíble, preciosa —dijo mientras me envolvía en la toalla para secarme, abrazándome desde atrás.

—¿Ya te has saciado? —pregunté.

—Te he dicho que de ti es imposible saciarse.

—¿Eso quiere decir que me espera un fin de semana de sexo y lujuria?

—Eso quiere decir exactamente —susurró, besándome de nuevo.

Sabía que lo decía en serio, y no me importaba, porque me pasaba igual que a él, por más que me besara, por más que me tocara y por mucho sexo que tuviéramos, no podía saciarme de él.

Adam García se había convertido en mi placer más adictivo.

Capítulo 8



Después de un fin de semana de sexo y lujuria, tal como había dicho Adam, de nuevo era lunes y debía volver a la rutina.

Ni siquiera habíamos ido a la mansión el sábado, por lo que les dije a los chicos que se encargaran de echar un vistazo.

Adam me pidió que nos quedáramos en su casa, cenamos y después nos tomamos una copa de vino tumbados frente a la chimenea, donde dimos rienda suelta a la pasión.

Me llevó a casa a primera hora para que me preparara para ir al trabajo, llamé a Darío para que me recogiera y fui a por un par de cafés mientras le esperaba.

—Buenos días —lo saludé cuando entré en el coche, dándole un beso y entregándole el café.

—Buenos días. ¿Y tu coche?

—Me lo lleva Ian a comisaría.

—¿Y eso?

—El viernes vino Adam a buscarme al karaoke, y me invitó a pasar el fin de semana en su casa.

—¿Mucho sexo? —sonrió disimuladamente.

—Creí que no querías saber nada al respecto —arqueé la ceja dando un sorbo a mi café.

—Y no quiero, pero es que tienes un brillo en la cara que no es muy normal en ti.

—Ya sabes lo que dicen del sexo.

—No, ¿qué dicen? —preguntó mientras se incorporaba al tráfico.

—El sexo, además de ser una actividad placentera, es una excelente fuente de beneficios para la salud. Disminuye el estrés, el colesterol, fortalece el sistema cardiovascular, mejora el sueño, la circulación y tiene efecto analgésico —contesté.

—¿Lo has buscado en Internet?

—Pues claro, no pensarías que me iba a inventar cualquier tontería —me encogí de hombros y Darío soltó una carcajada.

—Eres única, Ati.

—Lo sé, otra como yo no existe.

Más carcajadas, y me gustaba ver así al hombre que se había convertido en mi hermano en los últimos diez años.

—¿Qué tal está Sara? —pregunté.

—Bueno, este embarazo está siendo peor que el de Patricia, vomita cada mañana, y está mucho más cansada de lo habitual.

—Pobre. ¿Ha ido al médico?

—Sí. Le ha recetado unas pastillas para las náuseas y vitaminas. Le hicieron una analítica y le encontraron un poco de anemia.

—Iré esta tarde a hacerle una visita.

—Le gustará verte.

Llegamos a comisaría y los chicos nos esperaban en el despacho de Darío para ponernos al día de todo.

Ian me dio las llaves del coche con un guiño y sonreí.

—Bien, ¿alguna novedad sobre el caso? —preguntó Darío.

—Una de las amigas de Noelia Sánchez, dijo algo a lo que he estado dándole vueltas todo el fin de semana —contestó Saúl.

—¿Has pasado el fin de semana inmerso en el caso? ¿Tú no follas o qué, tío? —preguntó Lucas.

—Eso no es de tu incumbencia —respondió un poco más alterado de lo normal.

—Eh, Saúl, tranquilo, ¿ok? —le dije, pasándole la mano por la espalda, y asintió.

—¿De qué se trata, Saúl? —interrogó Darío.

—He revisado las declaraciones de las amigas de todas las víctimas, y coinciden en cuanto a lo que cuentan sobre el novio al que nadie conoce.

—¿En qué? —pregunté.

—Todas las víctimas le describieron como un hombre educado, culto, amable, y las cuatro últimas, decían que tenía un alto poder adquisitivo.

—¿Tal vez era empresario? —dijo Noel.

—No lo sé, pero no podemos descartar esa opción —Saúl se encogió de hombros.

—Lo que no me cuadra en la ecuación es la mansión. Ninguna de las víctimas anteriores a Cristina García, iba allí. Eran todas jóvenes universitarias —respondí.

—Creo que el desencadenante para que haya actuado con tan poca diferencia entre Cristina García y Noelia Sánchez, es justo eso, la mansión. ¿Y si es uno de los socios al que ambas rechazaron? Si no quisieron acostarse con él, pudo sentir que le consideraban poco hombre y que no encajaba en ese lugar donde el sexo es el protagonista —comentó Saúl.

—Puede ser —dijo Darío—. Centraos en todos los empresarios que van allí. Ati, habla con Esmeralda, pregúntale si hay algún hombre que pudiera haberle mostrado indicios de haber sido rechazado. Imagino que se tomaría

más de una copa en la noche que las víctimas le dijeron que no. Alguien así estaría furioso y no pasaría desapercibido.

—Ok, me pongo con ello.

—Creo que además deberíamos averiguar quién se ha acostado con quién —propuso Noel.

—¿Una lista de posibles víctimas? —pregunté.

—Por desgracia, creo que sí —dijo Saúl.

—¿Creéis que podría haber alguna víctima más que esté relacionada con la mansión? —Elevé ambas cejas.

—Ati, si se trata de un hombre al que han rechazado recientemente allí, es más que posible que vuelva a haber alguna otra víctima.

—Preguntaré a Esmeralda, si recuerda a alguien a quien le hayan podido hacer algún desprecio. ¿Visteis algo el sábado?

—Yo estuve hablando con un par de tipos que recordaban haber visto a Noelia unos días antes de su desaparición, decían que estaba bien, les había comentado que volvía a ser una mujer soltera y que no se ataría a un hombre al menos en un par de años —respondió Celia—. Ninguno imaginaba que la pobre acabara como lo hizo.

—¿Y vosotros? —miré a Lucas e Ian.

—Elia y Alida, se quedaron en la sala, mezclándose con los invitados, y lo mismo, nadie esperaba que le ocurriera eso a Noelia. Yo estuve con una mujer que la conocía bien —dijo Lucas—, resultó ser una de las socias del bufete en el que ella trabajaba. Era una profesional en su trabajo, apenas

salía hasta que conoció a Damián Herrero y empezó a frecuentar la mansión. Le sorprendió que se echara novio y después tan solo decidiera hacer como si nunca hubiera existido. Por lo visto hablaba de él, como si fuera a casarse y tener una familia, estaba muy enamorada, hasta que se acabó la magia del amor y tomó la decisión de dejarle.

—Bueno, no es que tengamos mucho más de lo que había —comentó Darío—. Sigamos buscando cualquier cosa, lo que sea que pueda llevarnos a ese hijo de puta. Si es uno de los socios de la mansión, cuanto antes le saquemos de allí, mejor. No podemos descartar una nueva víctima relacionada con ese lugar.

Salimos del despacho de Darío y cada uno fue a lo suyo, cuando entré en el mío, vi que tenía una llamada perdida de Adam en el móvil y un mensaje que me arrancó una carcajada.

Adam: *No puedo evitar pensar en ti desnuda, en cada rincón de mi casa, mientras te follo salvajemente y me deleito con las vistas. ¿Y si nos cogemos unas mini vacaciones y nos encerramos en un hotel donde llegue la cobertura de móvil? Estoy por despedir a mi secretaria y contratarte a ti.*

No contesté, tenía trabajo que hacer y necesitaba encontrar cualquier pista que nos llevara al asesino de la cruz.

Pero aquello que había dicho, me acababa de dar una idea para llevar a cabo el viernes y sorprenderlo.

Capítulo 9



Desperté al escuchar el sonido de mi móvil, aún era de noche y debía hacer solo unas horas que me había acostado.

Encendí la lámpara de la mesita de noche y vi el nombre de Tiaré en la pantalla. Solo eran las tres de la madrugada, y algo me decía que aquel no iba a ser un miércoles cualquiera.

—¿Tiaré? —pregunté con la voz somnolienta— ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—Ha muerto, Ati —contestó, sollozando—. Ha muerto.

Aquello fue cuanto dijo y rompió a llorar aún más, con tanta pena que no hizo falta que le preguntara a quién se refería, lo sabía de sobra.

—Cariño, prepara una maleta para un par de días, yo me encargo de todo. Voy a avisar a las chicas, ¿de acuerdo?

—Gracias.

En cuanto colgué, salí de la cama y fui a preparar la ducha mientras llamaba a Elia, que se encargó de darle la noticia a Alida mientras yo llamaba a Nadia.

Todas sabíamos que ese día llegaría, y siempre le dijimos a Tiaré que estaríamos con ella para pasar el duelo.

Ella era la única de nosotras a quien realmente le quedaba un familiar vivo, a pesar de haberse criado en el orfanato con nosotras.

Su abuela paterna, una anciana a quien encontró cuando cumplió diecinueve años y que solía ir a visitar un fin de semana al mes a la residencia en la que estaba interna.

Los padres de Tiaré fueron una pareja joven y alocada, pero en cuanto se enteraron de que ella estaba en camino, decidieron entregarla al orfanato.

Él, era de Santiago de Compostela, se había mudado a Madrid para estudiar en la universidad y en la cafetería fue donde conoció a su madre.

La madre de Tiaré, no estaba preparada para el gran papel que debía llevar a cabo cuando naciera su pequeña, por lo que tomó la decisión de entregarla para que una buena familia la cuidara.

Poco podían imaginarse ellos que la niña acabaría yendo de una casa de acogida a otra, sin que nadie se decidiera a adoptarla.

Cuando buscó a sus padres descubrió que él se acabó instalando en Londres donde tuvo una familia y fue feliz hasta que se lo llevó el cáncer, mientras que su madre, había fallecido mucho antes en un accidente de coche.

Se puso en contacto con la mujer de su padre, la llamó para decirle quién era, y aquella mujer dijo que, si esperaba obtener algún dinero de la

herencia, podía olvidarse, su difunto marido tan solo tenía dos hijos, que eran los que vivían con ella.

Tras mucho indagar, dimos con su abuela en Santiago de Compostela, la visitamos y en cuanto la anciana vio a Tiaré, se llevó las manos a los labios mientras lloraba.

La reconoció porque se parecía mucho a su madre, a quien la mujer había visto varias veces cuando su hijo y ella la visitaban.

Le dijo que no quería dinero, tan solo poder hacerle compañía durante algunas horas cuando fuera a visitarla, y su abuela se emocionó diciendo que eso sería lo que habría querido su hijo.

Al parecer la mujer de este se había desentendido de ella, dejándola en esa residencia cuando el padre de Tiaré murió, y ni siquiera sus propios nietos iban a visitarla.

Acordó con su abuela y las cuidadoras de la residencia que no dirían nunca quién era ella, y que cuando ese día llegase, al no haber tenido la visita de sus nietos ni de su nuera, les dirían a ellos que Tiaré era una más de las cuidadoras de su abuela, la que más estaba con ella para que no la echaran del cementerio sin paños calientes.

Fue ella quien le dijo por qué le habían puesto ese nombre, uno tan poco común. Tiaré tenía origen hindú, significaba flor y su madre quiso que se llamara así porque cuando la vio, tan pequeña y frágil como una delicada flor, supo que era el nombre perfecto para ella.

Metí algo de ropa en la maleta después de comprar cinco billetes de avión en el primer vuelo que salía para Santiago, y cuando me subí al taxi para ir al aeropuerto donde había quedado con ellas, llamé a Darío.

—¿Ati? ¿Ocurre algo?

—Me voy ahora mismo para Santiago, la abuela de Tiaré acaba de fallecer.

—Joder, dile que lo siento mucho.

—Oye, estaremos por allí un par de días.

—Claro, no hay problema. Si necesitamos algo te llamo.

—Nos vemos a la vuelta. Te quiero.

—Y yo, tened cuidado.

Colgué y me centré en las vacías calles de Madrid a esa hora. Aún quedaban un par de horas para el amanecer y todo se veía diferente a como solía ser durante el día.

Pagué al taxista y fui hacia la entrada, no tardé mucho en encontrar a mis amigas, todas abrazadas, consolando a Tiaré mientras lloraba.

—Cariño —dije cuando me vio.

—Ya sí que estoy sola, Ati —lloró, abrazándome.

—De eso nada, nos tienes a nosotras, como siempre. ¿Me oyes?

—La voy a echar de menos —seguía llorando sin consuelo, y es que en esos años había creado un fuerte vínculo con su abuela.

Ella fue quien le contó todo sobre sus padres, el modo en que él rompió la relación con su madre, poco después de que la entregaran, lo duro que fue

para ella el saber que tenía una nieta a quien no podría conocer nunca.

Tras pasar los controles, fuimos a tomar algo caliente, a ella le pedimos una tila porque había entrado en un estado de nervios que nos empezó a preocupar a todas.

A la hora señalada, nos dirigimos a la puerta de embarque y esperamos que nos dieran paso para subir al avión.

Una vez dentro, desconectamos los móviles y Tiaré, apoyó la cabeza en mi hombro, donde acabó quedándose dormida poco después del despegue.

Eso hicimos todas, dormir durante el breve trayecto hasta Santiago para estar un poco más despejadas.

Habíamos salido con prisas y ni siquiera recordé hacer reserva en un hotel, por lo que en cuanto pusimos un pie fuera del aeropuerto, Alida se encargó de buscar uno.

Cuando encendí el móvil me llegaron varias llamadas perdidas de Adam y dos mensajes, estaba preocupado porque le saltaba todo el tiempo el buzón de voz, así que lo llamé mientras nos dirigíamos a la zona de taxis.

—Atenea, ¿estás bien? —preguntó nada más de descolgar.

—Sí, es que he tenido que salir de la ciudad.

—¿Cómo? ¿Es por algo del caso?

—No, es un asunto personal. Estoy en Santiago de Compostela con las chicas.

—¿En Santiago? ¿Qué ha pasado?

—Ya te he dicho que es un asunto personal. Oye, Nadia también está aquí, así que ya te aviso de antemano que no irá por la revista, ni hoy, ni mañana. Hasta el viernes no la tienes trabajando otra vez.

—Me estás preocupando, Atenea.

—Pues no lo hagas, que está todo bien. ¿Para qué me llamabas?

—Para ver si querías desayunar conmigo antes de ir a comisaría, pero no creo que encuentre un vuelo ahora para ir a verte y tomarnos un café cerca de la catedral, ¿verdad?

—No —reí—. Tengo que dejarte, vamos a subir al taxi. Te llamo el viernes y comemos juntos, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Ten cuidado, preciosa.

—Sí, un beso, adiós.

Era la primera vez que me despedía de él con un beso, y no esperé a que contestara o lo hiciera del mismo modo, simplemente, colgué.

Alida le dio al taxista la dirección del hostel que había reservado, le preguntó si quedaba lejos de la residencia donde debíamos ir y dijo que a unos quince minutos andando, así que estábamos cerca.

Tiaré pasó trayecto desde el aeropuerto en silencio, contemplando aquellas zonas de montañas y bosques verdes.

Desde luego allí se respiraba un aire limpio y puro como el que no podíamos disfrutar en la ciudad.

Una vez llegamos al hostel, nos organizamos en la habitación con dos literas y un sofá cama que nos habían asignado, colocamos las cosas de las maletas y fuimos a la residencia.

Nada más entrar, la cuidadora de la abuela de Tiaré la recibió con un abrazo.

—Mi pequeña flor —dijo, llamándola como solía hacer su abuela—. Uxía se nos fue.

—¿Qué le pasó, Carmina? —preguntó Tiaré.

—Su corazón, mi niña. Se cansó, y dejó de latir.

Aquello fue devastador para todas. Uxía tenía noventa años, y tal como siempre nos dijeron las cuidadoras, el médico les aseguraba que tenía un corazón de hierro.

Pero suponía que todo corazón se cansa, llegado el momento, de seguir latiendo.

Acabamos llorando las cinco mientras Carmina nos consolaba, la verdad es que las chicas y yo vimos pocas veces a Uxía, pero aquella entrañable abuela se había hecho un hueco en nuestros corazones.

Carmina nos llevó a verla, Tiaré se despidió de ella antes de que la llevaran a la capilla de la residencia donde estaba previsto que llegara la familia, y nos acompañó a la sala de descanso de las cuidadoras para que nos tomáramos un café.

—Helen y tus hermanos llegarán en breve —le dijo Carmina, poco después a Tiaré.

—No tengo ningún hermano, ya lo sabes.

—Ay, rapaciña, ellos se lo pierden.

—Tiaré es como la Cenicienta, Carmina —comentó Nadia—, tiene una malvada madrastra.

Nuestra amiga se echó a reír, y sabía que eso era precisamente lo que quería conseguir la pelirroja.

Llegado el momento fuimos con Carmina a la capilla, y allí estaban Helen y sus dos hijos, Emmanuel y Richard, de veintidós y diecinueve años respectivamente, serios y distantes.

—Vamos a presentarles nuestros respetos, chicas —susurró Carmina.

—Yo a esa bruja la mandaba al infierno, qué quieres que te diga —contestó Elia.

Nos acercamos a ellos, como lo hicieron el resto de cuidadoras, que nos conocían más que de sobra, y les dimos el pésame.

Durante la misa, ninguno de los tres derramó una sola lágrima. Nosotras cinco, al igual que todas las cuidadoras, sí que lloramos. Tiaré, por la pena que le quedaba tras perder a su querida Uxía, y nosotras, por la rabia de no poder decirle a Helen que se fuera a su lujosa casa londinense y dejara de fingir que le interesaba la mujer que yacía en aquel féretro.

Ni siquiera fue enterrada como ella deseaba, Helen decidió que era mejor incinerarla, pero ni siquiera se hizo cargo de las cenizas. Antes de irse con

sus dos hijos de vuelta a su mundo, les dijo a las cuidadoras que hicieran con ellas lo que quisieran.

Uxía no tenía nada, la casa familiar la habían vendido poco antes de que su hijo falleciera y con ese dinero fue con el que la instalaron en la residencia. Por suerte, cuando fue necesario, Helen se hizo cargo de la mensualidad sin poner ni una sola pega.

Uxía le había pedido a Carmina que le dijera a su nuera que el dinero de la casa se había acabado hacía ya unos años, y todo porque le hizo abrir una cuenta a nombre de Tiaré, para dejarle unos pocos ahorros de esa venta.

De eso nos acabábamos de enterar todas.

—Dejó esta carta para ti —comentó Carmina, entregándole un sobre a Tiaré.

Ella lo cogió, llorando con los ojos cerrados, sin querer abrirla, pero finalmente lo hizo. La dejamos sola en la que fuera la habitación de su abuela, y nos fuimos a tomar un café.

—Qué mujer más fría —dijo Elia, refiriéndose a Helen.

—Desde luego, esa se toca el chirri y se le congela —soltó Nadia.

—Eres más bruta, hija mía —protesté.

—Me dirás que no pensáis lo mismo, vamos —me contestó volteando los ojos.

—Pues sí que lo pensamos, sí, pero nos lo callamos.

—Yo no me callo, que esa mujer es una bruja.

Miramos a Tiaré cuando salió de la habitación, estaba secándose las mejillas y nos dijo que Uxía le hacía una petición en esa carta.

Acabamos la mañana en mitad de uno de esos preciosos bosques, donde Uxía jugaba de pequeña, y donde había pedido que esparciera sus cenizas.

Capítulo 10



Decidimos salir a cenar, así que ahí estábamos las cinco, bien abrigadas, en busca de un bar donde llenar el estómago, que apenas nos habíamos comido un sándwich a mediodía.

Tiaré no tenía muchas ganas de estar en la calle, incluso decía que adelantáramos la vuelta a Madrid, pero acabé convenciéndola de que su abuela Uxía, habría querido que pasara dos días en su Santiago natal, disfrutando de sus calles y sus bellos rincones.

—Qué hambre tengo, me comía un chuletón —dijo Alida, que era Miss ensalada por excelencia.

—Si te veo con un chuletón en la mesa, hago una foto y la enmarco, que lo sepas —contestó Elia.

—Joder, lo dices como si no me hubieras visto nunca comer carne.

—Sí, sí te he visto. Menudas hamburguesas te llevas al cuerpo algún sábado. Pero, ¿de lunes a viernes, y para cenar? Ensalada y agua.

—Pues esta noche, y a la salud de Uxía, me voy a tomar un vinito blanco —respondió cuando nos sentamos en una de las mesas.

—Ah, a eso me apunto. No puedes visitar Santiago y no tomarte una copita —comentó Nadia.

Cuando se acercó el camarero a tomarnos nota, pedimos unas raciones variadas para compartir, y una botella de vino. Hasta Tiaré, que era la que menos alcohol bebía de todas, dijo que esa noche iba a brindar por su abuela.

Nadia dijo que ya tenía artículo para escribir el viernes, “Escapada express a Santiago” pensaba llamarlo, y no dejó de hacer fotos a la comida, tomando notas de cualquier cosa que se le viniera a la mente en ese momento, le preguntó al camarero si podría mencionar el bar, y fue la dueña quien salió a hablar con ella.

—Claro que puedes, rapaciña —dijo sonriente—. Será una buena publicidad para nosotros.

—Eso pensé, seguro que acaban con muchas visitas después de eso. Además, vamos a dejar las cinco un buen comentario en internet, ya lo verá.

—Se agradece, de verdad que sí. Quedáis invitadas a una botella de nuestro mejor albariño. Habla bien de él en tu artículo, ¿eh?

—No lo dude. ¿Cómo se llama? Para incluir su nombre en él —preguntó Nadia, cogiendo la libreta y el bolígrafo.

—Tereixa, me llamo Tereixa.

—Busque el viernes el artículo, que, palabrita de Nadia, le va a encantar.

Le dijo el nombre de la revista para que buscara y diera con él, y la dueña acabó charlando un rato con nosotras.

Todo lo que ella decía, Nadia lo apuntaba para su artículo. Parecía que fuéramos a hacer un reportaje al más puro estilo, “Callejeros viajeros”.

No dejaron de traernos vino, y ya estábamos las cinco de lo más sonrojadas, como Heidi, riéndonos de cualquier tontería, y a Nadia le dio por los pobres muchachos de la famosa tuna que vimos pasar por allí dos veces.

—Hay que cantar con ellos los clavelitos, chicas —dijo, convencidísima.

—Nadia, nos echan de Santiago —respondió Elia.

—No me seáis muermos, que parece que estemos de entierro —contestó, y se tapó la boca con ambas manos rápidamente, al ser consciente de lo que acaba de decir.

—Desde luego, eres única para meter la pata —protestó Alida, mientras negaba.

—Lo siento, Tiaré, cariño —Nadia se disculpó con el rostro pálido, vamos, que se le había bajado el vino de golpe.

—Tranquilas, chicas —nos sonrió la benjamina del grupo—. Sí, hemos venido para despedir a la abuela, pero, ¿sabéis qué creo? —Todas negamos, en silencio— Que, desde donde esté, le gusta vernos así, divirtiéndonos. Siempre decía que cuando me dejara, no quería que la recordara triste, sino feliz, tal como había sido durante los años que venía a verla.

—¡Por Uxía! —gritó Nadia, levantando la copa— La mejor abuela del mundo mundial.

—Por Uxía —contestó Tiaré, volviendo a sonreír y levantando su copa al tiempo que miraba al cielo.

Brindamos por ella y nos tomamos la copa a su salud, terminamos de cenar y, tras despedirnos de Tereixa, a quien le acabamos haciendo una foto frente a la puerta del bar para poner en el artículo, volvimos a pasear por las calles de Santiago, pero en esa ocasión, en busca de un lugar en el que poder tomar un chocolate caliente con un pedazo de tarta.

—¡La tuna! —gritó Nadia, al verlos acercarse.

—La madre que la parió, qué guerra va a dar con la tuna —se quejó Elia.

Y no hizo falta que ella se lanzara a por los muchachos, porque al ver a Nadia en mitad de la calle bailando y haciendo que cantaba, se acercaron a nosotras y nos metieron de lleno en aquel berenjenal.

—*Mocita dame el clavel* —comenzaron a entonar, y Nadia aplaudió como lo haría una niña pequeña el Día de Reyes abriendo sus regalos—. *Clavelitos, clavelitos. Clavelitos de mi corazón* —los tunos lo daban todo, bandurria y pandereta en mano, meciéndose al ritmo de la canción, mientras que nosotras hacíamos lo que podíamos.

—Nos están mirando todos los turistas —me susurró Tiaré, casi riéndose.

—Y haciéndonos fotos, pequeña flor, que parece que les estemos haciendo los coros a estos diez —contesté.

—*Si algún día, clavelitos, no lograra poderte traer. No te creas que ya no te quiero. Es que no te los pude coger...*

En esa última estrofa, Nadia lo dio todo, alargando la “e” de la palabra final, extendiendo los brazos al aire.

Y empezó a llover.

Pero no una de esas leves lloviznas que te mojan ligeramente la cara, no, una lluvia con mayúsculas, que acabamos las cinco empapadas como si nos hubiéramos ido a nadar al río y los tunos, llevaban los pantalones bombachos chorreando que parecían cascadas.

Por suerte nos pudimos meter en una cafetería cercana y, una a una, entramos a secarnos la ropa en el secamanos del cuarto de baño.

—¿Chocolate caliente, chicas? —preguntó Elia, que fue la primera en entrar y regresar un poco más decente.

—Y una tableta de ibuprofeno, o mañana nos levantamos con una gripe, que ni la del pollo —protestó Nadia, entrando en el baño.

Nos miramos unas a otras, con ese look pasadito por agua, el pelo lacio y la ropa pegada al cuerpo, y acabamos riéndonos a carcajadas.

Desde luego, menudo final apoteósico para un miércoles con el que no contábamos ninguna.

Chocolate, tarta, y la piedad por parte del dueño de la cafetería que nos dio unas toallas para secarnos mejor, y en cuanto dejó de llover y las nubes desaparecieron, abriendo los cielos como si lo hiciera Moisés con las aguas, regresamos al hostel para meternos en la cama.

Le mandé un mensaje a Darío para recordarle que regresaba al día siguiente en un vuelo después de comer, y me dijo que me esperaba el viernes a primera hora en comisaría para revisar los expedientes de las víctimas anteriores.

Pensé en Adam, y sonreí al recordar la sorpresa que tenía planeada para él.

Capítulo 11



—¡Buenos días, dormilonas! —gritó Nadia, mientras hacía un ruido de lo más estruendoso al correr la cortina de la habitación.

—Por el amor de Dios, cierra eso —protestó Tiaré.

—Esta piensa que somos vampiras y quiere quemarnos con el sol —dijo Alida, tapándose la cabeza con la sábana.

—O movéis vuestros lindos culitos y salís de la cama, o perdemos el vuelo —contestó.

—Pero, ¿qué hora es? —pregunté cogiendo el móvil.

—Hora de arreglarse para ir a desayunar cerquita de la catedral, y salir pitando para el aeropuerto.

—Tengo resaca —murmuró Alida bajo la sábana.

—Yo quiero vomitar —añadió Elia.

—Ya somos dos —Tiaré levantó la mano, aún adormilada.

—Madre mía, esto parece resacón en Santiago —dijo Nadia.

—De quién será la culpa... —Arqueé la ceja mientras me levantaba, cogí ropa y entré a darme una ducha.

Nos arreglamos por turnos, hicimos la maleta en tiempo récord, y a las diez estábamos sentadas en una cafetería cerca de la catedral para tomar un delicioso desayuno.

Adam me envió un mensaje para preguntarme qué tal iba la escapada, le contesté que llegaba a su fin y que Nadia volvía con un artículo para la revista, y dijo que le daba miedo preguntar de qué era.

No se lo conté, esperé a que mi amiga uniera todas sus notas y fotos en ese artículo que le hacía ilusión publicar, y llamé a Darío.

—Ati, ¿va todo bien? —preguntó nada más descolgar.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada, solo me asusté al ver que llamabas.

—Oye, nos vamos ahora para el aeropuerto, comeremos allí algo rápido y volamos para Madrid. ¿Quieres que pase por comisaría?

—No, tranquila, incorpórate mañana.

—¿Hay alguna novedad?

—Nada, todo sigue igual que cuando te fuiste.

—Te veo mañana entonces. Dales un beso a las chicas.

—De tu parte. Hasta mañana.

Darío me tenía preocupada. Con cada nueva víctima revivía el asesinato de su hermana, y solo quería que diéramos lo antes posible con ese sádico para que él descansara, o al menos, lo intentara.

De camino al aeropuerto recibí un mensaje de Fran, el policía de la secreta.

Fran: *Conocía a la última víctima. Tenemos que hablar.*

De los tres hombres con los que más se relacionaba Noelia Sánchez en la mansión, aún teníamos pendiente de interrogar a Rodrigo Herranz, periodista deportivo que llevaba toda la semana cubriendo un evento en Londres.

Lo que Fran acababa de decir me había pillado por sorpresa, su nombre no aparecía en la lista que me facilitó Esmeralda, de todas las personas con las que habían visto a Noelia alguna vez en la mansión, por lo que me picaba la curiosidad y quería verlo cuanto antes para que me contara todo. Con eso en mente, le escribí dándole mi dirección y diciéndole a la hora que lo vería allí.

—Y mañana, vuelta a la rutina —dijo Elia.

—Sí, pero la benjamina lo hace con unos ahorrillos debajo del brazo —sonrió Alida.

—No es tanto, pero me da para quitarme algunas letras del piso y cambiar el coche.

—¿Te vas a deshacer de “Pachá”? —preguntó Nadia, refiriéndose así al viejo Seat Ibiza de nuestra amiga, a quien ella misma había bautizado.

—A ver, que el coche ya tiene más años que ella —rio Elia.

—Bueno, cuando te decidas a cambiar de coche, le haremos una despedida con todos los honores a nuestro querido “Pachá”.

—Chicas, vamos hacia la puerta de embarque que ya la han puesto —dije, y para allá que fuimos.

Embarcamos y las cinco, sin excepción, nos pasamos el vuelo durmiendo. Había que reconocer que el albariño que nos había dado Tereixa estaba buenísimo, pero la resaca con la que nos habíamos levantado era apoteósica.

Me despedí de mis amigas en la salida del aeropuerto y cogí un taxi que me llevara a casa, donde ya estaba esperándome Fran.

Seguía pareciéndome atractivo, pero más aún al verlo apoyado en el coche, con vaqueros, camiseta, gafas de sol y una chupa de cuero.

Si le viera Nadia en ese momento, se lanzaba a sus brazos sin pensarlo.

—No sabía que estabas de viaje —dijo cuando me acerqué.

—Fue un viaje breve e inesperado —contesté sacando las llaves del bolso mientras caminábamos hacia la entrada.

—¿Estuviste con Nadia?

—Ajá, y con las demás. ¿Por?

—La estoy llamando desde ayer y no me contesta.

—¿Le hiciste algo para que decidiera ignorarte? —curioseé, arqueando la ceja.

—¿Yo? No, en absoluto.

—Mira, conozco a mi amiga —dije entrando en el ascensor—, y cuando ella se pone en ese plan con un tío, es porque le ha hecho algo.

—Pues no hice nada en absoluto. El lunes estuvimos cenando juntos, y todo fue perfecto.

—¿Y el martes?

—El martes no nos vimos. Solo hablamos por teléfono, me llamó cuando estaba trabajando, mi compañera Estefanía iba en el coche.

—¿La escuchó hablar?

—¿A qué viene eso?

—Fran, ¿Nadia escuchó hablar a tu compañera?

—Sí, o sea, supongo.

—A Nadia le han sido infiel un par de veces, y sí, sé lo que me vas a decir. Va a la mansión a tener sexo con diferentes hombres, pero si le interesa uno, y ve el más mínimo indicio de que a él no le interesa tanto, le ignora.

—Voy a necesitar un manual de instrucciones para Nadia —protestó sonriendo.

Cuando entramos en mi piso dejé la maleta en el dormitorio, me puse las zapatillas para estar más cómoda, y regresé al salón donde lo encontré husmeando en las fotos de la estantería.

—Estáis las cinco muy unidas, ¿cierto? —preguntó, cogiendo una en la que estábamos todas.

—Sí, es lo que tienen los orfanatos, que se hacen buenas amistades.

—No siempre.

—Bueno, claro, hay veces que no, pero cuando se da el caso, no quieres perder a esas personas de tu lado. ¿Quieres algo de beber?

—Cerveza, si tienes.

—Por favor —volteé los ojos—. Trabajo con un equipo de cinco hombres a los que les encanta la cerveza. Si no tuviera, la traerían ellos para que se la guardara.

Fran sonrió y fui a la cocina a por su cerveza y un refresco para mí, volví y nos sentamos en el sofá, donde estuvimos en silencio unos minutos.

—¿Vas a hablarme de Noelia Sánchez, o tengo que pensar que has querido verme solo para interrogarme sobre Nadia y para beberte mi cerveza? —pregunté dejando el refresco en la mesa.

—Noelia Sánchez se enfrentaba a un caso gordo —contestó, y me miró—. Muy gordo, Atenea.

—¿Cómo de gordo?

—No puedo contarte mucho, no al menos hasta que mi jefe me dé permiso. Pero entre las piezas del puzle sobre malversación, tenemos varias empresas, un banco, y algunos de los hombres que van a la mansión.

—¿Me estás diciendo que tú también vas allí como infiltrado?

—Exacto. Y durante los últimos meses, Noelia estuvo investigando a esos hombres.

—Joder —me pasé las manos por el pelo—. Mira, no puedo decirte por qué, pero su muerte fue a manos del auténtico asesino de la cruz, no se trata de un imitador. Por lo que eso queda descartado si alguien de la mansión descubrió lo que hacía.

—Si ese fue el caso, no nos dijo nada. Era meticulosa, no daba un paso en falso nunca. No creo que fuera nadie de la mansión, pero... Hablaré con mi jefe, que se ponga en contacto con el tuyo, y trabajaremos en este caso juntos.

—De acuerdo —di un trago al refresco—. ¿Quieres quedarte a cenar? Tengo pizza congelada de la que se hace en veinte minutos al horno.

—Qué oferta gastronómica más tentadora —se echó a reír—. Me quedo, pero porque me ha gustado la cerveza —contestó, levantándola.

Capítulo 12



Cuando llegué a comisaría ese viernes, fui directa al despacho de Darío, la noche anterior me dijo que no pasaría a recogerme porque tenía que entregar un informe al jefe a primera hora.

—Buenos días —dije entrando sin llamar.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal el vuelo? —preguntó aceptando el beso que le daba en la mejilla.

—Durmiendo, que la noche del miércoles fue memorable —volteé los ojos.

—¿Albariño? —Arqueó la ceja.

—Y del bueno.

—Vaya cinco patas para un banco —rio.

—Oye, tenemos que hablar —le dejé el café en la mesa, y me senté frente a él.

—¿Qué ocurre?

—Uno de los hombres que conocí en la mansión mientras investigaba el caso de Cristina García, ese que resultó ser policía, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Vale, pues anoche estuvo en mi casa, tenía una información que darme sobre la abogada, Noelia Sánchez.

—¿Qué información? —preguntó frunciendo el ceño, adquiriendo ese aire de poli serio y profesional que tan bien conocía.

—Estaba trabajando en un caso gordo. No pudo contarme mucho, me dijo que hablaría hoy con su jefe, para que hablara con el comisario, y podamos trabajar juntos. El caso es que la abogada estuvo estos últimos meses investigando a algunos empresarios asiduos a la mansión.

—¿En qué trabajaba, y qué tiene que ver con esa mansión? Es que todo nos conduce a ella.

—Malversación, por lo que me dijo. Hay implicadas varias empresas, un banco, y algunos de los implicados frecuenta la mansión. Supongo que allí será donde hagan los negocios. Cuando los jefes hablen, me avisará para vernos y que ambos departamentos cooperemos.

—En cuanto hables con él, quiero que mandes venir a la dueña de ese local. Si está metida en el ajo, y resulta que alguien de esa mansión es el psicópata que buscamos, le cierro el chiringuito.

—Tranquilo, no te alteres que acabará dándote un infarto.

—Desde luego, es lo menos que puede pasarme a estas alturas. ¿Por qué cada vez que hay pistas, acabamos en ese lugar?

—Ya sabes lo que dicen, muchos negocios se cierran entre copas en un bar.

—En un bar, Ati, no en una casa de sexo.

—¿Cuántos chanchullos han descubierto nuestros compañeros en puticlubs? Pues esto es casi igual —reí.

—En serio, no me gusta que sigas yendo allí —dijo, apoyando los codos en la mesa y dejando caer la cabeza sobre ambas manos.

—No voy sola, y lo sabes. Lucas, Ian y Celia, me guardan las espaldas.

—Dudo mucho que hagan eso, mientras se acuestan con Dios sabe quién.

—Pues, Lucas con Elia, Ian con Alida, y Celia con el que se tercie —sonreí.

—No necesitaba ese tipo de información, gracias —protestó.

En ese momento me sonó el móvil, vi que era un mensaje de Fran y se lo leí a Darío. En un par de horas estaría en comisaría para ponernos al día de toda la investigación que tenían entre manos con Noelia Sánchez.

Le dejé trabajando en su despacho y me fui al mío, donde encontré una carpeta con una nota de Lucas.

“Echa un vistazo a esto, un caso en el que trabajaba la última víctima. Me lo han dado en el bufete.”

Había varias notas de Noelia sobre el asunto, algunos nombres que había visto en la lista que me dio Esmeralda, de hombres con los que la habían visto hablando o tomando una copa.

No vi nombres de empresa, tan solo siglas a modo de nota que ella tomaba, por lo que esperaba contrastar todo eso con Fran en cuanto llegara.

—Ati —miré hacia la puerta y vi a Saúl parado en ella—. Por fin podemos hablar con el periodista. Vendrá después de comer.

—Genial, a ver si él puede dar luz a algo de esto.

Me quedé sola de nuevo y seguí leyendo aquellas notas, desde luego que la abogada era de lo más meticulosa, se había tomado en serio lo de formar parte del equipo de la policía secreta.

Perdí la noción del tiempo y cuando quise darme cuenta, llamaron a la puerta.

—Adelante —dije cerrando la carpeta.

—Buenos días, Atenea —sonrió Fran entrando.

—Ah, eres tú. No sabía que ya era la hora.

—¿En qué andabas metida para no saber que estaba a punto de llegar? —preguntó sentándose frente a mí.

—Pues con esto —le entregué la carpeta—. A mi compañero se lo dieron los del bufete de abogados en el que trabajaba. Esto —señalé con énfasis apoyando el dedo— es de lo que hablábamos anoche. Solo que no hay nombres de empresas, tan solo se refiere a ellas con siglas.

—Ya te doy yo los nombres, que traigo mi propia carpeta. ¿Vamos a ver a Darío?

—Sí, avisaré a los demás para que se unan a nosotros —contesté cogiendo el móvil, llamé a Ian y le pedí que informara al resto.

Fuimos al despacho y encontramos a Darío hablando por teléfono, por la sonrisa que tenía sabía que era Sara la persona que estaba al otro lado. Y eso quedó confirmado cuando se despidió de ella.

—Fran, me alegra verte —Darío saludó a Fran, estrechándole la mano.

—Vamos a trabajar juntos en este caso. Imagino que tu jefe te ha puesto al tanto.

—Sí, me llamó hace menos de una hora para contármelo en su despacho. Sentaos.

—Ahora vienen los chicos —le informé, y Darío asintió.

—Sobra decir que, lo que hablemos hoy aquí, es confidencial —dijo Fran, mirándonos a ambos.

—Por supuesto, tranquilo que no diremos nada.

—Ni siquiera en la mansión, Atenea —me pidió—. Tengo a varios compañeros allí metidos.

—Al final va a resultar que media policía de Madrid se pasa las noches en la mansión —sonreí.

—¿Jefe? —nos giramos al escuchar la voz de Lucas.

—Pasad, ya conocéis a Fran.

—¿Qué hay, tío? —preguntó Lucas.

Tras los saludos pertinentes, tomaron asiento donde pudieron y escuchamos a Fran hablarnos del caso.

Eran cuatro las empresas investigadas, una de ellas, una constructora que llevaba activa tres años y se había hecho un nombre en ese mundillo en poco tiempo. Le seguían una financiera, y dos inmobiliarias. Los dueños de las cuatro, así como sus directivos y responsables contables, frecuentaban la mansión.

También estaba en el entramado un banco con sede en Berlín y sucursales por todo el mundo. Muchos de sus clientes más adinerados, aparecían en la lista de hombres con los que se relacionó Noelia en la mansión.

—Está claro que en ese lugar llevan a cabo sus negocios —comentó Fran.

—¿Cómo es posible que Esmeralda no sepa nada de esto? —pregunté.

—Eso es lo que no sabemos, si ella está al tanto de todo y permanece callada, tal vez le den una generosa comisión —contestó Darío.

—No, no me vengas con esas. Esmeralda no ha dudado en darme nombres, cada vez que se lo he pedido. No me jodas, Darío, esa mujer no sabe nada de este asunto —dije enfadada, agitando la carpeta en el aire.

—Ati, no podemos estar seguros —intervino Ian.

—¿En serio? No me lo puedo creer... —Me levanté y comencé a caminar por el despacho como lo haría un león enjaulado— La confidencial en ese

lugar, es lo que más importa. Ni uno solo de esos nombres puede salir de allí, y nosotros sabemos quiénes van y con quién follan. ¿O vais a decirme que no os sorprendió ver en la lista de Noelia Sánchez, al juez Núñez? Y ese hombre íntegro, casado, padre de tres hijos y abuelo de gemelas recién nacidas, también tiene sus encuentros con más de una persona.

Guardaron silencio porque las tres personas que me acompañaban a la mansión a investigar, le habían visto al igual que yo en una ocasión.

—Lo que está claro es que debemos colaborar en este caso con Fran y su gente —dijo Darío—. El resto, es secundario. No me interesa saber si Pepito se acuesta allí con Juanita, o si vosotros os montáis una orgía.

—Esa idea es buena —contestó Lucas—. ¿Qué me decís, chicas?

—Elia te cortaría las pelotas —respondimos Celia y yo al unísono, y sonreímos.

—Aquí tenéis las fichas de los hombres y mujeres que tengo metidos en la mansión —Fran nos entregó una carpeta a cada uno—. Ni una palabra a nadie, por favor.

—Veo algunos camareros y camareras —dijo Ian, pasando las fichas igual que los demás—. Ah, esta me dijo que era socia de una multinacional. Sí que sabéis ocultar vuestras identidades, sí.

—De eso se trata. Y vosotros lo hacéis bien, pero os calamos todos enseguida.

—Podrías haber dicho algo, ¿no te parece? —me quejé.

—Atenea, primero quería saber qué os había llevado a vosotros allí. Cuando me dijiste que estabais por el caso de Cristina García, no vi necesario hablar

de esto, hasta que Noelia también fue asesinada.

—No creo que sea nadie de la mansión, o sea, ¿lleva diez años asesinando y es ahora cuando hay dos víctimas relacionadas con ese lugar? —dijo Celia.

—La mente de un asesino es mucho más compleja de lo que podamos pensar. Algo fue el detonante para que cambiara de víctimas, Cristina era universitaria como las dos últimas, sí, pero también era un rostro conocido —contestó Darío.

—Pues venga, manos a la obra. Investiguemos un poco a todos esos nombres de la lista. Atenea, ¿nos mandas una copia?

—Claro, Lucas. Fran, te la hago llegar a ti también para que lo contrastes con los empresarios.

—Perfecto. Estaremos en contacto.

—Nos vemos mañana —le dije.

—¿Iréis a la mansión?

—Sí, hablaré con Esmeralda allí, en su terreno, a ver si la pongo nerviosa y comete algún fallo.

—Ten cuidado —me pidió Fran.

—Tranquilo, que tengo varios polis que me guardan las espaldas —le hice un guiño y salí para volver a mi despacho.

No me podía creer que veinte de las personas a las que veía en la mansión con tanta frecuencia, fueran policías infiltrados. Aquello era de locos.

Ni siquiera salí a comer, cogí un sándwich y un refresco de la máquina y me quedé allí, en unas horas interrogábamos al periodista, y esperaba que nos diera alguna pista, por pequeña que fuera.

Capítulo 13



En cuanto Saúl me envió un mensaje avisándome de que el periodista estaba en la sala de interrogatorios, recogí la mesa y salí del despacho para encontrarme con Lucas, Ian y Celia, en la sala contigua.

—Parece nervioso —dijo mi compañera al ver al periodista allí sentado, solo, esperando que llegaran.

—Si no tiene nada que esconder, no debería estarlo —me encogí de hombros.

Entró un rubio trajeado con un maletín, y supe que era su abogado. Le comenté para qué querían hablar con él y estuvo de acuerdo en declarar sobre lo que quisiera preguntarle.

—Señor Herranz —lo saludó Noel, que entró seguido de Saúl—. Gracias por venir.

—La amenaza surtió efecto, no voy a negárselo —contestó.

—Su abogado ya le habrá comentado por qué queríamos verle.

—No tengo nada que ver con la muerte de Noelia, solo nos acostamos unas cuantas veces.

—Todos los culpables empiezan por declarar su inocencia —intervino Saúl.

—Soy inocente. He estado fuera por trabajo.

—Ajá, sí, pero no antes de la desaparición de la señorita Sánchez.

—Agente, no secuestré a Noelia, ni la drogué, la marqué y asesiné, ni nada más que ese puto loco hiciera.

—¿Diría que conocía bien a la señorita Sánchez? —preguntó Noel.

—De verla en la mansión, solo eso. Hablamos alguna vez, tomamos una copa, y ya.

—Señor Herranz, ¿sabía usted que ella estaba investigando un caso que, de salir a la luz, sería el más mediático en los últimos meses? —cuando Saúl hizo esa pregunta, el periodista se puso aún más nervioso.

—Va a hacer un agujero en el suelo como siga moviendo así la pierna —dijo Ian.

—Ese tipo sabe algo —comenté.

Le mandé un mensaje a Noel, que cuando acabó de leer, miró hacia el espejo arqueando levemente la ceja. Un simple “hazlo” después, fue suficiente para que preguntara lo que yo quería saber.

—¿Le suena de algo el nombre de Andrés Beltrán?

—Me suena, sí.

—Dígame, señor Herranz. ¿Le entregó algo la señorita Sánchez, sobre el caso en el que trabajaba?

—Me di un pendrive con varios archivos. Le juro que no lo he visto, y que solo cuando ella me diera luz verde, todo eso saldría a la luz. Solo tenía que entregárselo a uno de mis compañeros del canal de televisión, y la noticia correría como la pólvora.

—¿Cree que alguien se pudo enterar de que le dio esa información, y tal vez por eso quisieron asesinarla? —interrogó Saúl.

—Dudo mucho que alguno de los tipos que están metidos en ese asunto, sea tan sádico como para hacer algo así. Hace diez años que ese enfermo escoge a sus víctimas por algún motivo que nadie llega a entender, las asesina, las marca, y se lleva cabello como trofeo. Créanme, esos empresarios, ya sean hombres o mujeres, venderían a su propia madre por una suculenta comisión, pero ninguno sería capaz de mancharse las manos asesinando a alguien.

—Tengo que llamar a Fran —dije saliendo de la sala, y antes de marcar su número, le mandé un mensaje a Noel para que le pidiera el pendrive al periodista, necesitábamos tener todo lo concerniente a ese chanchullo en nuestro poder.

—¿Todo bien, Atenea? —preguntó Fran, cuando descolgó.

—El periodista con el que se acostaba Noelia Sánchez, está al tanto de lo que hacía, o al menos en parte. Tiene un pendrive que ya le hemos pedido y ella le entregó, con mucha información sobre lo que se traen entre manos la constructora y sus secuaces.

—Joder —resopló—. Espero que no hiciera copias.

—No lo creo, al parecer tenía órdenes de Noelia, de no sacarlo a la luz hasta que ella le diera permiso.

—O sea, que a nuestras espaldas se había aliado con ese periodista para desvelar todo antes de que nadie más pudiera hacerlo.

—Tráfico de influencias, supongo. Quiero decir, ya que me acuesto contigo, te doy la exclusiva para tu cadena de televisión —me encogí de hombros a pesar de que no podía verme.

—Avísame cuando tengas el pendrive.

—Tranquilo, te llamaré para que vengas a recogerlo. Nos vemos mañana.

—¿Irás con Nadia? —preguntó.

—La llevaré, sí —sonreí mientras me despedía.

No había hecho más que colgar, y llamaron a la puerta.

—Adelante.

—¿Cómo está mi poli favorita? —preguntó Michael.

—Estoy estresada, necesito un café.

—Eso está hecho. ¿Vamos fuera?

—Sí, mejor que salga de este despacho, o acabaré volviéndome loca.

Recogí todo, avisé a Darío de que salía con Michael, y fuimos a la cafetería que teníamos frente a la comisaría.

Pidió dos cafés y unos bollos de crema, y en cuanto los vi se me hizo la boca agua.

—Están de vicio —dije tras comerme un par de ellos.

—Igual que los de chocolate —sonrió.

—Son un pecado, en serio.

—¿Menos estresada? —Arqueó la ceja.

—Ah, es que tú, sí sabes cómo calmar mi estrés.

—Hasta que te echas novio, entonces te quitará el estrés, de otra manera.

—¡Oye! —protesté dándole un ligero golpecito en el hombro.

—Te has sonrojado. ¿Algo que contar, agente? —preguntó cogiendo su café para darle un sorbo.

—Nada relevante, señor banquero.

—¿Cómo va el caso de la abogada?

—Tenemos varias pistas, hay algunas líneas de investigación abiertas, pero nada que nos diga quién es el sádico psicópata que las asesina.

—Daréis con él, estoy seguro. Sois los mejores polis que conozco.

—Ojalá y sea cierto, porque con cada nueva víctima, todos nos quedamos hechos mierda.

—Lo del fin de semana al spa sigue en pie.

—Ostras, ¿era este fin de semana? —pregunté.

—No, el próximo.

—Uf, menos mal, porque para este ya tengo planes. Sábado de chicas, ya sabes... —Le hice un guiño.

—¿Eso es que sí vendrás conmigo a Barcelona? —Arqueó la ceja.

—No lo sé seguro, tal vez.

—Te vendrá genial, ya lo sabes.

—Sí, pero... No sé, ya te digo algo a lo largo de la semana.

—Cuando quieras, estoy aquí para ti, siempre que me necesites —se acercó y me dio un beso en la mejilla.

Aproveché la ocasión para dejar caer mi cabeza y apoyarla en su hombro, la verdad es que Michael era como Darío, me trataba como si fuera su hermana pequeña.

Terminamos el café, nos despedimos quedando en que hablábamos durante la semana, y regresé a comisaría para seguir echando un ojo a la carpeta que me había dejado Lucas, y a la que nos había dado Fran.

Me centré en el trabajo las dos horas siguientes, y tras recoger todo le mandé un mensaje a Adam, pidiéndole que me esperara en la revista. Empezaba la sorpresa, una que esperaba que él, no pudiera olvidar nunca.

Capítulo 14



Llegué a la revista justo a tiempo, tal como quería.

El edificio estaba solitario, silencioso, no quedaba nadie allí, a excepción de Adam y yo misma.

Subí en el ascensor sin dejar de mirar los números del marcador, necesitaba salir de aquel reducido espacio cuanto antes, cómo odiaba tener que utilizarlos.

Y cuando al fin sonó el aviso de llegada, solté el aire que estaba conteniendo.

Salí y comencé a caminar con paso firme y decidida, en el silencio de aquel final de tarde lluviosa, el repiqueteo de mis tacones era cuanto me acompañaba.

La puerta del despacho de Adam estaba cerrada, di un par de golpecitos en ella, y abrí lentamente cuando me dio paso.

—Buenas tardes —dije asomándome.

—Hola —sonrió en cuanto nuestros ojos se cruzaron—. ¿Vas a pasar o charlamos a distancia?

—Paso, paso —carraspeé, abrí la puerta por completo y los ojos de Adam se agrandaron ante la sorpresa de lo que veía.

—¿Has cambiado los vaqueros por esa falda para el trabajo?

—Oh, no, esto es por ti —sonreí con picardía.

—¿Por mí?

—Así es. El otro día me dijiste que estabas pensando en despedir a tu secretaria, y contratarme a mí.

—¿Te planteas dejar la policía? Estoy seguro de que serías muy buena secretaria.

—Y si fuera tu secretaria... ¿qué tendría que hacer ahora?

—Venir aquí, sentarte frente a mi mesa, y tomar notas mientras redacto.

—Muy bien.

Caminé despacio, contoneando las caderas notando cómo la tela de la falda me acariciaba los muslos con cada paso.

Sí, me había puesto una falda negra corta, una camisa blanca en la que dejé los dos primeros botones desabrochados a propósito, y los zapatos de tacón también negros.

Me senté, crucé las piernas al más puro estilo de Sharon Stone en su famosa película, y sonreí mientras esperaba que Adam dijera algo.

—Ahora me siento como un policía a punto de interrogar a una sospechosa —dijo.

—Te puedo prestar mi placa, y las esposas. Te la colocas en la cintura y...
—me pasé la lengua por los labios, tentándole— Me hago pasar por una delincuente.

—Mi secretaria no me desconcentra de ese modo —carraspeó.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso. Quiero ser la única que te desconcentre.

—Lo eres, Atenea, te aseguro que lo eres.

—Bien, la secretaria toma notas —comenté abriendo una libreta y sosteniendo el bolígrafo.

—No voy a redactarte nada —se echó a reír.

—No es necesario, podemos hablar y yo simplemente fingir que apunto.

—¿Qué tal en Santiago? El artículo de Nadia ha sido un éxito.

—Eso es genial. Estuvo bien, no fue una escapada planeada —contesté, sin mirarlo, y garabateando en mi libreta.

—Me dijo que fuisteis porque la abuela de Tiaré había fallecido.

—Así es.

—Pero, creí que todas erais huérfanas.

—Lo somos. La benjamina tuvo la suerte de poder conocer a su abuela materna, que le hablara un poco de sus padres, y tener una bonita relación durante los últimos seis años de vida de Uxía.

—¿Uxía?

—Así se llamaba la abuela.

—Claro.

Permaneció en silencio unos segundos, lo miré y vi que tenía los ojos fijos en el escote de mi camisa, comprobé que, al no haberme abrochado esos dos botones, se veía parte de mis pechos.

—Jefe, tengo los ojos aquí arriba —dije, haciendo chascar los dedos.

—Si fueras mi secretaria, no trabajaría —contestó—. Y mejor no quieras saber lo que podría hacerte sobre esta mesa, ahora mismo.

—Dímelo. Quiero saberlo.

—Empezaría por saborear tu delicioso coño, ese que no tardará en estar húmedo para mí. Jugaría con tu clítoris, pellizcándolo mientras entro y salgo por esa cavidad con dos dedos y tus músculos lo apretarían con fuerza. Liberaría tus pechos de esa camisa y me deleitaría con ellos, con tus duros pezones entre mis dientes, tirando de ellos y arrancándote gemido tras gemido de placer. Y acabaría por follarte, Atenea, follarte tan salvajemente, que tus gritos se escucharan en todo el despacho.

Tragué con fuerza, excitándome ante aquella declaración de intenciones.

—¿Qué te impide hacerlo? —pregunté, sin un ápice de nerviosismo en mi tono de voz.

—Que estás un poco lejos, preciosa —sonrió de medio lado.

Dejé la libreta y el bolígrafo sobre la mesa, me levanté, y caminé despacio hasta él, pasando el dedo por la mesa como si la acariciara.

—Así que, quieres follarme aquí, en tu despacho —no era una pregunta, simplemente verificaba sus palabras.

—Salvajemente —asintió.

—Eso habrá que verlo —susurré en su oído, antes de darle un leve mordisquito en la oreja.

Adam me cogió por la nuca atrayéndome hasta él, para besarme. En sus labios había urgencia, necesidad, la misma que sentían los míos.

Habían pasado unos días desde que estuvimos juntos y tanto para él, como para mí, aquello había sido una tortura.

No pensaba confesarlo, ni hacérselo saber, pero me había tocado alguna noche pensando en él, antes de quedarme dormida.

Sin previo aviso, se levantó de su sillón haciéndome sentar a mí. Con ambas manos apoyadas en los reposabrazos, se arrodilló quedando frente a mis piernas. Me mordisqueé el labio mientras imaginaba qué sería lo que Adam tuviera en mente en ese instante, y el verde de sus ojos pasó a ser un poco más intenso, cargado de deseo.

—Diría que estás excitada, y mucho —aseguró mientras llevaba una mano a mi pierna y comenzaba a subir acariciándola despacio.

—Puede —contesté a duras penas, porque sí, ese hombre conseguía que me excitara con solo recorrer mi cuerpo con la mirada.

—Lo estás, cariño —sonrió de nuevo de medio lado—. Separa las piernas —me ordenó.

Pasé la lengua despacio por mis labios mientras comenzaba a separar poco a poco las piernas. No iba a darle todo lo que pidiera tan fácilmente.

Cuando me tenía justo como había pedido, vi la sorpresa en sus ojos ante lo que veía.

—¿Has estado todo el día sin ropa interior aquí abajo? —preguntó, tras levantarme la falda, dejando la mano sobre mi sexo, y noté que empezaba a acariciarme el clítoris despacio.

—No, era una sorpresa para ti.

—Joder, Atenea —resopló.

No tardó en cogerme por las nalgas, haciendo que me sentara más al borde del sillón, y se acercó. Perdí de vista su cabello cuando lo cubrió con la tela de la falda, lo escuché inhalar y lo siguiente que sentí fueron sus dientes mordisqueándome el clítoris.

Gemí sin poder evitarlo, agarrándome con fuerza a los reposabrazos del sillón.

—Esos gemidos son solo el principio, cariño. Vas a gemir más, mucho más —me aseguró, y volvió a centrarse en mi sexo.

Cerré los ojos dejando la cabeza caer hacia el respaldo del sillón, notando cómo su lengua trazaba círculos perfectos sobre mi clítoris hinchado y excitado.

Siguió con sus dedos, penetrándome tal como había dicho antes, y seguí gimiendo sin parar mientras me retorcí en aquel sillón.

Adam colocó una pierna sobre cada hombro, me sostuvo entonces por las nalgas y comenzó a lamer sin parar, entrando y saliendo con su lengua de mi más que húmedo sexo, mientras que yo acabé entrelazando los dedos en su cabello y tirando de él cuando el orgasmo amenazaba con aparecer.

Cuando me tocaba de noche pensando en él, lo imaginaba haciendo esto, pero ahora que lo tenía entre mis piernas, mientras me saboreaba y me daba un placer jodidamente exquisito, podía comprobar que no era comparable con lo que imaginaba.

—¿Te gusta, preciosa? —preguntó.

—Sí —contesté entre jadeos.

Adam aumentó el ritmo con esa lengua viperina y descarada que tenía, acompañándola de rápidas y fuertes penetraciones con dos dedos, llevándome al orgasmo en apenas un parpadeo.

Cuando me alcanzó el clímax, notaba unos suaves y cálidos besos en el muslo mientras luchaba con todas mis fuerzas por controlar la respiración, esa que era mucho más agitada que de costumbre.

En cuanto se apartó, noté de nuevo ese vacío que tantas veces me invadía cuando me dejaba, cuando abandonaba mi cuerpo. Lo miré al sentirme observada y vi que estaba liberando su propia erección mientras sus ojos se mantenían fijos en mi pecho.

Comprobé que el momento de pasión que habíamos vivido, hizo que, sin que me diera cuenta, acabara por desabrochar un par de botones más, por lo que ambos pechos habían quedado libres de la tela que los cubría.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunté, y sin pudor ni vergüenza, los cubrí con mis manos, masajeándolos, pellizcándome los pezones y tirando de ellos.

—Me encanta lo que veo. Eres perfecta, Atenea, tan sensual, tan pasional, tan jodidamente adictiva —confesó, y no tardó en cogerme por la cintura para sentarme sobre la mesa.

Se lanzó a por mis pechos sin previo aviso, mordiendo y tirando de cada pezón mientras masajeaba un pecho y con la otra mano volvía a tocarme el clítoris.

Abandonó los pezones para devorarme los labios, en un beso salvaje y frenético como nunca antes habíamos compartido.

Hasta que se apartó, se sentó en el sillón y vi que comenzaba a tocarse. Jugaba con su erección sin apartar los ojos de los míos.

—¿Qué harías ahora, Atenea? —preguntó.

—Lo que tú quieras.

—¿Quieres esto, preciosa? —curioseó, mientras subía y bajaba la mano por su erección, y yo asentí— Ven a por ello.

Me bajé de la mesa casi de un salto, le separé las piernas mientras me arrodillaba entre ellas, y retirando su mano, llevé la mía a esa dura, gruesa y palpitante erección con la que me estaba apuntando.

Abrí los labios, pasé la punta de la lengua por ella, y comencé a lamer despacio.

Unos segundos más tarde Adam apresaba mi cabello en su puño, guiándome para que lo hiciera como él quería.

Hasta que no pudo contenerse más, me apartó, pensé que iba a correrse en mis pechos como otras veces, pero en lugar de eso, me recostó sobre la mesa y me penetró de una certera embestida.

Grité al notarlo tan dentro, tan al fondo, y me agarré con fuerza a la mesa mientras Adam, me follaba salvajemente como había dicho.

Lo rodeé la cintura con las piernas, haciendo así que sus penetraciones fueran más y más hondas, que me llenara completamente con cada nueva embestida.

Mis gritos rompían con aquel silencio que nos rodeaba, y sus gruñidos hacían que me estremeciera.

Nos corrimos juntos, envueltos por su grito de bestia salvaje y el mío, se dejó caer sobre mí y nos besamos.

—Eso ha sido... Joder —dijo, con la respiración aún algo entrecortada.

—Me alegro que te haya gustado.

—Ven a verme más a menudo, por favor —susurró, besándome el cuello.

—Solo si después me invitas a cenar. Tengo hambre.

Adam se echó a reír, volvió a besarme con rudeza antes de apartarse, y tras adecentarnos un poco, salimos del despacho para marcharnos.

—Saber que no llevas ropa interior, me está poniendo duro otra vez —dijo pegándose a mí, en el ascensor.

—Más fácil tienes el acceso para tocarme cuando, y donde quieras.

—¿Te atreves a que lo haga en público, en el restaurante mientras cenamos?

—Siempre y cuando nadie sepa lo que pasa debajo de la mesa, me parece perfecto.

—Cariño, prepárate, porque esta noche vas a tener más sexo del que imaginas —me mordisqueó el cuello justo cuando el ascensor llegó al aparcamiento.

Había ido hasta allí en taxi, sabiendo más que de sobra, que Adam no iba a dejar que me marchase a casa, hasta el domingo.

Capítulo 15



Noté unas leves caricias en la espalda desnuda y me desperté, pero sabiendo que era Adam, fingí seguir dormida.

Me encantaba cuando hacía eso, cuando deslizaba los dedos por mi cuerpo haciendo que me estremeciera. Habíamos follado en su despacho, continuamos desatando la pasión en su casa, y parecía que, tras varias horas del mejor sexo de nuestras vidas, este hombre no se saciaba.

Contuve las ganas de gemir cuando sus dedos comenzaron a vagar lentamente por mi sexo, ese que no tardaba en humedecerse por lo que me hacía.

Sentí un suave beso en el hombro, después el roce de la punta de su nariz, una caricia que a él parecía gustarle mucho hacerme.

—Sé que estás despierta, preciosa —susurró.

—No, aún sigo dormida —contesté con la voz somnolienta y un poco enronquecida.

—Y si estás dormida, ¿por qué me hablas?

—Soy sonámbula, hablo en sueños.

—Contestando a las preguntas correctamente. Claro —se echó a reír.

—¿Qué hace ese dedo por ahí? ¿Se ha perdido? —pregunté, intentando no moverme, pero cada vez que me penetraba con él, me hacía más difícil el poder controlarme.

—Está buscando el tesoro.

—¿Tengo un tesoro entre las piernas?

—Ajá. Mi tesoro.

Giré la cabeza para mirarlo, pues había amanecido bocabajo en la cama, y no pude contener la carcajada que salió de lo más hondo de mi garganta, ni él tampoco.

—Así que, tú eres Gollum, y yo el anillo único —acerté a decir, muerta de risa.

—Podría decirse así, sí.

—Estás loco —dije girándome para poder acariciarle la mejilla.

—Por ti, lo reconozco.

—¿Estás diciendo que soy la culpable de tu locura? Lo que me faltaba por oír.

—Lo que digo, señorita policía endemoniadamente sexy, es que estoy loco por ti, por toda tú. Tus besos me vuelven loco, tus caricias, el modo en que tu deliciosa boquita me tortura cuando acoges en ella mi miembro — contestó pasando el pulgar por mi labio inferior—. Y esa cabeza que tienes, tan bien amueblada, con las ideas claras, sabiendo qué quieres y qué no en cada momento. Eres perfecta, Atenea, perfecta para mí.

Se quedó mirándome tan fijamente, que tragué con fuerza al notar que me entraba el pánico. Ya me había visto en esa misma situación una vez, y no estaba preparada para que se repitiera.

—Se ha hecho tarde, voy a darme una ducha —lo aparté y salí de la cama huyendo como una cobarde.

Me encerré en el cuarto de baño, pero literalmente, cerré desde dentro para que Adam no pudiera entrar.

Abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua me cubriera el cuerpo por completo, destensando cada músculo, cada pequeño rincón que había quedado un poco dolorido tras la salvaje y lujuriosa sesión de sexo de la noche anterior.

No podía ser que Adam García quisiera eso que yo pensaba, ¿cierto? No, ese hombre no amigo del compromiso, vivía su vida como le daba la gana, y no tenía novias, solo amigas, compañeras de juegos. Follaba y ya, no se enamoraba.

Pero, ¿y yo? ¿Me había enamorado de él como una tonta? Porque a veces tenía la sensación de que así era, que cuando no me escribía o no me llamaba, era como si me faltara algo. Y entonces pensaba que estaría con alguna de esas mujeres de la mansión, o con su secretaria, o cualquier otra de sus múltiples ex amantes.

Otras veces tan solo pensaba que tenía mucho trabajo.

—¿Acabas de huir de mí, preciosa? —me preguntó desde la cama, con la ceja arqueada.

Estaba sentado, apoyado en el cabecero, con la sábana cubriéndole las piernas, pero su torso, ese que parecía esculpido en mármol, quedaba al descubierto.

Adam se veía sexy a más no poder.

—¿Huir? Para nada —resoplé—. Necesitaba una ducha, quiero vestirme y bajar a desayunar, tengo tanta hambre, que te dejaría sin tostadas —dije mientras cogía una de sus camisetas para ponérmela.

—¿Es raro que me guste cómo te quedan mis camisetas? Porque las luces mucho mejor que yo.

Ya estaba a mi espalda, rodeándome la cintura con ambos brazos mientras me besaba el cuello.

—Me quedan grandes, las uso como vestido más que como una camiseta.

—¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto —susurró, sin dejar de besarme el cuello mientras sus manos se deslizaban por debajo de la camiseta y me acariciaba el vientre.

—¿A qué, exactamente?

—A despertar cada mañana contigo en mi cama, follar como locos, ducharnos, desayunar, y marcharnos al trabajo.

—Mala idea, te lo aseguro.

Aparté sus manos de mi cuerpo y salí de la habitación, el pánico regresaba, y no quería que me empezara a hacer preguntas que no estaba dispuesta a contestar.

Entré en la cocina y preparé café, zumo, tostadas y algo de fruta, Adam no tardó en aparecer, recién duchado y oliendo a su amaderado perfume.

—Atenea, ¿qué te pasa? —me abrazó desde atrás.

—Nada, ya te dije que tengo hambre.

—De todas las mañanas que has despertado en mi casa, es la primera que me huyes, y contestas como si fueras un autómata.

—Bueno, pues para que veas que mis amaneceres no son siempre idílicos, llenos de lujuria, deseo y sexo.

Dejé ambos platos en la encimera y me senté en el taburete a disfrutar de ese delicioso desayuno. La verdad es que Adam tenía mucha más comida en su casa desde que me invita a pasar la noche, cosa que agradecía porque yo sin un café y un par de tostadas por la mañana, no era persona.

El desayuno transcurrió en silencio, cuando acabamos, recogimos todo y me vestí para pedir un taxi que me llevara a casa, necesitaba estar a solas al menos unas horas.

—Creí que ibas a quedarte el fin de semana —dijo cuando me vio bajar.

—Tengo algo que hacer en casa, y esta noche voy con el resto a la mansión.

—Yo también voy.

—Adam, estamos trabajando.

—Me da igual, Atenea, no voy a dejarte sola allí. ¿Y si uno de esos hombres es el asesino? —Se acercó y me abrazó por la cintura— No voy a perderte a ti también, ya perdí a mi hermana por su culpa.

—Está bien, nos vemos en la mansión a las...

—No —me cortó—. Estaré en tu casa a las nueve, y no es una pregunta.

No pude rebatirle, tampoco quería, porque en el fondo me gustaba ir a la mansión acompañada por él. No quería irme a la cama con nadie más allí, pero si la situación lo requería, no me quedaría más remedio.

Me despedí desde la puerta y subí al taxi que estaba esperándome, llamé a Tiaré y le pedí que viniera a casa, necesitaba hablar con alguien, y sabía que ella era la mejor opción en ese instante.

Todas sabían mi historia con Isaac, todas la habían vivido y sufrido conmigo, pero Tiaré, era la más sensata de todas, la más seria y madura de mis cuatro amigas.

—¿Ya estás aquí? —pregunté al verla esperándome en la puerta del edificio.

—Me has pillado cerca —se encogió de hombros.

—Pasa —sonreí y fuimos hasta mi piso.

Preparé un picoteo ligero, unos refrescos, y nos sentamos en el salón mientras teníamos algo de música de fondo.

—¿Vas a decirme ya para qué querías que viniera? —preguntó tras diez minutos de charla sobre el tiempo— Porque dudo que haya sido para darme una lección de Meteorología.

—He huido de Adam —confesé.

—¿Por qué has huido? ¿Es que él es el asesino?

—No, por Dios, Tiaré. He huido, porque... No sé, igual es una paranoia mía, pero le he visto ponerse muy profundo.

—A ver, si follas con él no querrás que se conforme con entrar solo con la puntita.

—¿Te he llamado a ti porque eres la más madura de todas, y me sales con esas? —Arquee la ceja— ¿Quién demonios eres tú, y qué has hecho con mi amiga?

—Hija, solo bromeaba, porque has puesto una cara de madre superiora en un convento, que me has dado miedo.

—Ha dicho que podría acostumbrarse a que me despertara en su cama cada mañana.

—Hostias —Tiaré abrió tanto los ojos, que pensé que se le saldrían. Ella no solía decir muchas palabrotas, pero aquella le había salido del alma, desde luego.

—Si recuerdas la última vez que alguien me dijo algo parecido, y que yo acepté, la cosa no acabó bien.

—Ati, es normal tener miedo, pero Adam García no es Isaac. Él, era policía, como tú, y por vuestro trabajo estáis expuestos al peligro. Adam no corre

ese peligro en la revista.

—Pero, y si por mi trabajo, él se ve afectado y... —me quedé callada, cerré los ojos y pensé por un instante en lo que pasó entonces.

Una operación antidroga que salió mal, varios agentes heridos, y tres fallecidos, entre ellos, Isaac, el hombre con el que me había ido a vivir cuatro meses antes.

Después de un año de relación dimos el paso, incluso quería que nos casáramos en unos años. Pero en apenas un segundo, la vida nos cambió a los dos hacía ya dos años.

Solo tenía treinta años, aún le quedaban muchas cosas por vivir.

—Ati —cuando sentí la mano de Tiaré sobre la mía, regresé al presente—. No estás preparada y es normal, pero Adam no te ha dicho nada más, ¿no? —negué, suspirando— Pues no pienses en eso, si llega el día en que te pida algo más en serio, cuéntale todo.

—Si es que no sé ni por qué he pensado que querría que me fuera a vivir con él. Quiero decir, lo nuestro es solo sexo, ¿verdad?

—¿Para ti es solo sexo? —preguntó, y no supe qué contestar. Tiaré sonrió cogiendo un trocito de queso— Bueno, creo que no, pero es solo mi opinión. ¿Pedimos pizza para comer? Ya que estoy aquí —se encogió de hombros mientras sacaba el móvil del bolsillo.

Ni siquiera me dio opción a poder contestar, sencillamente pidió un par de pizzas y listo, se quedaba en casa conmigo.

Tiaré tenía un sexto sentido, estaba convencida de ello, debía ser medio brujita o algo así, porque siempre sabía cuándo una de nosotras estaba mal o

necesitaba compañía, sin que habláramos de nada, tan solo acompañarnos estando ahí para nosotras.

Pasamos el resto del día viendo esas viejas películas románticas que marcaron un antes y un después en nuestras vidas. Solo una era la favorita de las cinco, nos gustaban muchas, como era obvio, pero la única que jamás nos cansábamos de ver era, “*¿Conoces a Joe Black?*”.

Y esa era la que veíamos Tiaré y yo, y como si lo hubiéramos ensayado, escuchamos nuestras voces decir aquella frase al unísono, junto a la protagonista.

—¿Qué temes? ¿Que me enamore locamente de él? Pues ya sucedió.

Nos miramos, sonreímos, y continuamos viendo la película.

Capítulo 16



A las nueve en punto sonó el telefonillo, sabía que era Adam, así que abrí sin preguntar. Regresé a la habitación a terminar de arreglarme, y poco después escuché sus pasos acercándose.

—Vaya —dijo al verme, y sonreí al encontrarme con su mirada a través del espejo—. Estás... ¡Guau!

—Me tomaré eso como que estoy guapa.

—Mucho más que eso, te lo aseguro. Realmente guapa, y sexy.

Negué mientras terminaba de ponerme los pendientes. Aquel hombre no tenía remedio, de verdad que no.

No era para tanto, yo al menos lo veía así. Me había puesto un vestido rojo con falda suelta y ligera, a la altura de las rodillas, de manga tres cuartos, de esos en los que los hombros quedaban descubiertos. Zapatos de tacón negro y el bolso a juego.

Cogí las esposas, las metí en el bolso, y después guardé la pistola.

—Así que cuando vas a la mansión, ahí es donde sueles llevar el arma —dijo cuando terminé de colocar de nuevo la falda en su sitio—. Aunque, cuando has estado conmigo en una de las habitaciones, no la he visto.

—No la llevo siempre, pero esta noche quiero estar preparada por lo que pueda pasar.

—Atenea, ¿crees que el asesino frecuenta ese lugar?

—No lo sé, pero es mejor prevenir que curar —me encogí de hombros—. Vamos.

—Espera —murmuró cogiéndome la mano cuando pasé por su lado—. No me has saludado como es debido.

—¿Y eso cómo es?

—Con un beso —contestó sonriendo.

Sus labios se posaron en los míos con rapidez, como si temiera que fuera a evitar que me besara. Jamás podría hacer eso, sus besos me gustaban tanto que casi se habían convertido en una necesidad cuando lo tenía cerca.

Si pudiera llegar a hacerse una mínima idea de lo que me costaba no besarlo en comisaría cuando había gente delante...

Cerré los ojos y me dejé llevar por ese beso, por el sonido de nuestras respiraciones, esas que empezaban a ser algo agitadas.

Pensé por un instante en el maquillaje, en el perfecto y vivo color rojo de mis labios que pronto estaría hecho un desastre. Y no me importó.

Dejé caer el bolso al suelo, entrelacé los dedos en su cabello acercándolo más para poder saborear el whisky en sus labios. Jugué con la lengua huyendo de la suya y buscándola constantemente. Le mordisqueé, lamí y besé hasta enloquecerlo, y fue cuando me cogió por las nalgas para llevarme a la cama.

—Fóllame —le ordené mirándolo fijamente cuando me recostó, y Adam tan solo sonrió.

—No, preciosa, no tenemos mucho tiempo, y esas cosas me gusta hacerlas con calma.

—¿De qué me sirve darte órdenes si no vas a cumplirlas? Yo, en cambio, acato todas las que me das cuando estamos... así.

—Así, ¿cómo? —preguntó.

—Excitados, Adam. Jadeantes, sin poder respirar y deseando sentirnos piel con piel.

—Eres una chica mala, ¿lo sabías?

—No, no me conoces siendo mala de verdad —elevé ambas cejas.

—Relájate, preciosa —susurró inclinándose para besarme de nuevo.

No tardé en sentir el tacto de las yemas de sus dedos subiendo por la pierna despacio. Cuando alcanzó mi sexo, retiró a un lado la tela de la braguita y comenzó a tocarme como él sabía que me gustaba.

Pellizcos, tirones, penetraciones, y antes de que pudiera darme cuenta estaba gritando a todo pulmón mientras me corría en su mano.

—¿Más relajada, cariño? —preguntó, retirándome un mechón de pelo de la cara.

—Un poquito sí, pero esto no es suficiente, y lo sabes.

—Ajá. Esta noche no quiero que subas con nadie a las habitaciones.

—Adam...

—Escúchame, ¿quieres?

—Vale.

—Ni siquiera vas a subir conmigo. Vas a quedarte por las salas, tomando una copa, disfrutando de mi compañía y de una buena charla. Y, mientras, llevarás esto —dijo, enseñándome una especie de huevo pequeño.

—¿Qué es eso?

—Un pequeño vibrador que funciona con este mando a distancia —cuando vi el mando, que parecía de la puerta de un garaje, con tan solo tres botones, tragué con fuerza.

—¿Por qué debería llevar eso?

—Porque quiero tenerte excitada toda la noche, quiero ver hasta dónde eres capaz de aguantar mientras ambos sabemos que tienes esto vibrando en su sexo, cómo te controlas y mantienes las formas delante de todo el mundo, sin correrte, sin gemir, sin hacer nada que haga que los demás sospechen que te ocurre algo.

—Estás de broma, ¿verdad? —dije, un poco nerviosa.

—Con el sexo, no bromeo nunca, preciosa. Y ahora, ábrete para mí, que voy a colocarlo.

Separé las piernas, Adam se quedó arrodillado entre ellas y poco después noté cómo entraba aquel pequeño objeto con facilidad. Claro, por eso me había masturbado el muy...

—Listo —anunció y lo vi sonreír—. Vamos a comprobar que funciona.

—No —contesté, pero fue tarde, porque Adam ya lo había encendido y comenzó a hacerlo vibrar—. ¡Ay, por Dios!

—El mando tiene solo tres botones, el de encendido y apagado, otro para subir la potencia, y otro para bajarla.

—Páralo, páralo o me corro otra vez —le pedí jadeando.

—Tienes estrictamente prohibido correrte esta noche hasta que yo te lo ordene. ¿Entendido? —dijo apagándolo.

—Sí. Pero vamos a aclarar algo un momento, porque no sé si he pillado la idea —me ayudó a levantarme y fui al espejo para retocarme el pintalabios—. ¿Esta noche vas a tener el mando de mi coño en tus manos? —pregunté girándome para mirarlo.

—Yo no lo habría dicho mejor.

—Genial. Se me va a hacer la noche eterna hasta que salgamos de la mansión —resoplé.

—¿Quién ha dicho que todo acabe cuando salgamos de allí? —contestó, besándome, y antes de salir de mi habitación, me hizo un guiño.

¿Estaba dispuesta a que ese hombre pusiera en funcionamiento el mini huevo vibrador que llevaba colocado en la vagina, para jugar a su antojo?

Porque, me acababa de dejar sola y podía sacarlo de ahí ahora mismo y guardarlo en el bolso. Después de limpiarlo, claro.

—¿Vamos, cariño? —preguntó Adam desde la entrada.

Suspiré, apagué todo y fui hasta él, que me recibió con una malvada y diabólica sonrisa de medio lado.

—Eres un chico malo, que lo sepas —dije, señalándolo con el dedo.

—Pero te gusto, y lo sabes —me besó el cuello mientras cerraba la puerta de mi piso tras de sí, y no fui capaz de rebatirle aquellas palabras.

Me gustaba, por supuesto que Adam García me gustaba. ¿Cómo no iba a ser así? Tenía todo lo que me gustaba en un hombre, y no me refería solo al físico, que también, porque era guapo y atractivo como ningún otro que conociera.

Pero tenía eso que Darío compartía con Isaac, eso que, tal vez sin darme cuenta desde que conocí a Darío, buscaba en un hombre.

Y es que era cariñoso, apasionado, y tenía un gran corazón. Se preocupaba por la mujer que tenía al lado, ya fuera su madre, su hermana, su pareja o una simple amante.

Estaba jodida, y mucho, lo sabía, porque ese del que huía desde que perdí a Isaac dos años atrás, había vuelto a mi vida, lo había hecho a lo grande, dejando claro que no iba a poder pararlo.

Capítulo 17



En cuanto entramos en la mansión, empecé a notar la vibración en la entrepierna.

—Por Dios, Adam —susurré, agarrándome a su brazo con fuerza—. Baja la intensidad o me corro a mares aquí mismo.

—No creo que hicieras eso, preciosa —rio besándome la frente, y noté que la intensidad de la vibración bajaba.

—Podrías haberme avisado, al menos —me quejé—. Esa mano tiene mucho peligro guardada en tu bolsillo.

—Ahí está perfectamente. ¿Subimos?

—Sí, pero por tu madre, no subas eso sin hacerme una señal antes para que esté preparada.

—Preciosa, ese pequeño y juguetón huevo vibrador y su mando, son precisamente para eso, para que yo pueda jugar sin que lo esperes.

—Empiezo a odiarte, Adam García —murmuré frunciendo el ceño.

—Ati —me giré al escuchar la voz de Tiaré, y vi que ya estaban todos allí.

—Hola, chicos. ¿Todo bien? —pregunté, tratando de parecer normal y profesional como siempre, como si no llevaba un huevo vibrando en mis partes.

—Por el momento sí, jefa —contestó Celia.

—¿Y Fran? —Miré alrededor, pero no lo encontré.

—Me mandó un mensaje diciendo que llegaría un poco más tarde. Tenía algo que hacer —dijo Nadia.

—Vale, voy a buscar a Esmeralda, a ver si puede decirme algo sobre esos negocios que tienen lugar aquí.

—Voy contigo —me aseguró Adam, cogiéndome de la mano.

—Nosotros vamos a tomar una copa —comentó Ian—, después subiremos a las habitaciones.

—Sí, que tengo que atender a mi chica —intervino Lucas—. ¿No veis lo estresada que está? Necesita un poquito de amor —hizo un guiño, Elia volteó los ojos, y los demás nos echamos a reír.

—Yo, voy a hablar con un par de tipos que estaban en esa lista y he visto por la sala, jefa —me informó Celia.

—Ok, pero ten cuidado.

—Tranquila, que ya ves que tenemos guardaespaldas —susurró, haciendo un leve gesto con la cabeza para indicarme dónde estaban los policías infiltrados como camareros esa noche.

Asentí, y fui con Adam hasta la sala en la que él creía que estaría Esmeralda. Acertó de pleno, ya que la dueña y anfitriona de la mansión, estaba allí tomando una copa de champán con un grupo de hombres trajeados.

—Esmeralda, buenas noches —la saludó Adam—. Te veo bien acompañada.

—Adam García, qué honor que nos deleites con tu presencia —dijo uno de ellos—. Tú sí que estás bien acompañado, viejo zorro. ¿Quién es esta hermosa mujer?

—Soy...

—Atenea es mi compañera, ya sabes, se mira, pero ni se desea, ni se toca —contestó Adam, sin darme opción a que yo me presentara.

Aquello que dijo me hizo recordar el acuerdo de confidencialidad que habíamos firmado la primera noche que entramos en ese lugar. Una de las cláusulas que todo el mundo debía respetar allí, era esa.

Cuando un hombre, o una mujer, presentaba a alguien como su compañera o compañero, todos en la mansión debían tener claro que no podían desear irse con él o ella a la cama, ni tocarlo de algún modo que pudiera incomodarlo.

—Esmeralda —la llamó otro de los hombres que la acompañaban—, ¿cuándo fue la última vez que Adam García marcó territorio de ese modo con una compañera?

—Hace tanto de eso, que ni me acuerdo. Pero, caballeros, Adam tiene razón. Atenea es intocable, si alguno de ustedes intenta algo con ella, se las verá conmigo.

—Eso —dije, para dejar claro que yo ahí también tenía voz y voto—. La única que puede tocarme, es Esmeralda —sonreí de lo más inocente, me acerqué a ella y le di un discreto beso en los labios.

Ella sonrió, Adam me miró con la boca ligeramente abierta, y aquellos cuatro hombres tenían los ojos muy abiertos, además de que se habían quedado sin habla.

—¿Nos acompañas? —le pedí a Esmeralda, que asintió sin dejar de sonreír y se quedó despidiéndose de sus invitados mientras nosotros íbamos a esperarla en el pasillo.

Se me escapó en ese momento un leve suspiro, y es que el cabrón de Adam, había subido la intensidad del huevo. Lo miré apretando los dientes mientras me agarraba a su brazo, clavándole las uñas, y arqueó la ceja.

—Para —le pedí en un susurro.

—Eres una pequeña descarada, y mereces un castigo —contestó—. Tus labios son míos, Atenea.

—Bueno, solo ha sido una muestra de cariño a la anfitriona, es mi amiga también.

—Atenea —Adam me cogió la barbilla y, tras pegarme a su cuerpo, siguió hablando—. Si una compañera, o compañero, besa a otra persona en la mansión, no servirá de nada la regla de que no pueden desearle ni tocarle.

¿Lo entiendes? Cualquiera podría pedirme que te deje irte con él, a una habitación.

—Ah, sobre eso no leí nada en el contrato.

—Preciosa —susurró y me besó—. No vuelvas a hacerlo. Sé que Esmeralda no reclamaría jamás tu compañía, pero el resto...

—¿Esmeralda es...?

—Bisexual, preciosa —sonrió—. Esmeralda es bisexual. Y sí, estuve con ella y la compartí con otros hombres, al igual que compartí a muchas mujeres con ella.

—Parejita, algún día me tendréis que llevar a una de esas habitaciones con vosotros —dijo Esmeralda, cuando se unió a nosotros.

—¿Eh? —pregunté, aturdida por lo que acababa de confesarme Adam.

—No te asustes, querida, te follaría encantada, pero este cavernícola no quiere compartirte.

—No hemos venido esta noche para discutir si voy a compartir a mi compañera o no. ¿Y podrías dejar de llamarme cavernícola? —protestó Adam.

—Si no habéis venido para eso, ¿por qué queríais que os acompañara?

—Esmeralda, necesitamos hablar en un lugar más tranquilo —contesté.

—Vaya, eso suena a que es un asunto importante, y policial, me temo —susurró esas últimas palabras.

—Has acertado. ¿Dónde podemos ir?

—A mi despacho —contestó—. Seguidme.

Fuimos con ella hasta las escaleras y acabamos yendo a la planta baja. Me pasé el camino dándole golpecitos a Adam para que le quitara intensidad a la vibración, pero el muy condenado solo se reía de medio lado.

—Bien. ¿Qué necesita, agente? —preguntó Esmeralda, tras abrir la puerta del despacho.

—Noelia Sánchez, la última víctima del asesino de la cruz, no solo venía aquí como socia. Durante los últimos meses estuvo investigando junto con la policía un caso de malversación —le informé.

—¿Aquí? —Frunció el ceño— Pero, no entiendo.

—Varias empresas de la ciudad, y un banco con sede en Berlín, están involucrados. Directivos de esas empresas son socios de la mansión. Noelia hablaba con muchos de ellos para ver si conseguía averiguar algo.

—No tenía ni idea —contestó, y era sincera—. No sabía que venían otros policías, aparte de vosotros. ¿Quiere eso decir que me están investigando también?

—Como dueña de este lugar, que es donde se reúnen esos empresarios y banqueros, todo apuntaba a que sabías los negocios que tenían, y tal vez te daban una comisión.

—No —dijo mientras comenzaba a caminar de un lado a otro—. No tengo nada que ver en eso, te lo juro. Adam sabe que mi negocio tan solo es

ofrecer a mis socios la discreción que merecen cuando vienen aquí a tener sexo con otras personas.

—Lo sé, pero tenía que contarte esto y ponerte sobre aviso. No es que la policía vaya a ir en contra tuya, hablaré con quién está al mando de esa operación. Pero tienes que decirme si has notado algo sospechoso en esta gente —saqué el móvil y le enseñé una a una las fotos que había tomado de todos los implicados en el caso de malversación en el que trabajaba Fran.

Capítulo 18



Esmeralda las vio todas, y me contó que solían hablar entre ellos muy a menudo, otras veces los veía con chicas habituales en la sala tomando una copa, o subían a las habitaciones para tener sexo grupal.

No podía creerse que esa gente utilizara su mansión como punto de encuentro lejos de miradas indeseadas para hacer allí sus negocios.

—Creo que voy a tener que hacer una gran limpieza de socios después de todo esto —dijo, llevándose ambas manos a la cabeza—. Primero Cristina, después Noelia, y ahora esto. ¿Qué más pasará que esté relacionado con la mansión?

—Tranquila, ¿vale? Mi jefe pondrá a otros compañeros de la comisaría a trabajar con los policías que llevan esto. Yo, echaré una mano en lo que pueda dado que la víctima de mi caso está relacionada con el suyo.

—Atenea, sé sincera conmigo, por favor, y dime si crees que hay un loco psicópata que anda matando a chicas inocentes entre mis clientes.

—A día de hoy, no podemos descartar nada, lo siento —me encogí de hombros.

—¿Debería cerrar la mansión? No sé, tal vez... Si digo que voy a hacer una reforma o algo así.

—No, Esmeralda, si cierras este lugar, podríamos perder la oportunidad de encontrar a ese cabrón escurridizo. No sé qué puede tener que ver con este sitio, pero debe estar relacionado de algún modo.

—En lo que sea que necesitéis mi ayuda, decidlo.

—Lo haremos. Gracias por tu tiempo —le di un abrazo afectuoso y dijo que se quedaba allí, necesitaba estar unos minutos a solas para asimilar los últimos acontecimientos.

—Está más nerviosa de lo que recuerdo haberla visto nunca —dijo Adam, cuando comenzamos a subir las escaleras.

—Normal, si yo fuera ella, también lo estaría. Dos mujeres asiduas a su mansión han resultado ser víctimas de un loco asesino en serie, y, para colmo, hay un grupo de empresarios y banqueros corruptos cerrando negocios aquí.

Cuando llegamos a la primera planta fuimos directos a por una copa, la verdad es que yo necesitaba beber algo en ese momento.

A Adam lo saludó un conocido, me disculpé y fui a sentarme en una de las mesas, y no había hecho más que dar el primer sorbo, cuando noté que la vibración subía de nivel.

—¡Oh, por Dios! —murmuré, cerrando las piernas con fuerza, miré a Adam y ahí estaba su diabólica sonrisita— Me las vas a pagar —le dije, él arqueó la ceja y aquello de mi entrepierna empezó a vibrar más rápido.

Tuve que agarrarme al asiento con todas mis fuerzas, cerré los ojos y comencé a respirar, tratando de controlarme para no acabar corriéndome a chillidos allí mismo, delante de tanta gente.

—¿Ati? —miré a Celia, que acababa de volver— ¿Estás bien?

—Sí —contesté a duras penas.

—¿Seguro? Estás muy sonrojada.

—Será que aquí dentro hace mucho calor —contesté abanicándome con la mano, de modo que eso me calmaba, pero solo un poco.

—He escuchado a un par de esos empresarios hablando, pero no han dicho el nombre de la abogada ni una sola vez. Creo que no han tenido nada que ver con su desaparición o su muerte.

—Teniendo en cuenta que no lo hizo un imitador —contesté, con la voz entrecortada.

—En serio, ¿te encuentras bien? Parece que te vas a desmayar —Celia empezó a darme aire también, y yo empezaba a notar que me recorría un sudor frío por la espalda.

Miré hacia donde estaba Adam, pero no lo encontré allí. Eché un vistazo rápido y no había ni rastro de él.

Me bebí la copa de un sorbo, tratando de calmarme, y entonces la vibración subió de intensidad.

—¡Ay, joder! —exclamé tan bajo como pude, pero Celia me miró arqueando la ceja.

—Ati, en serio, ¿te encuentras mal? ¿Estás indispuesta? ¿Quieres que te acompañe al cuarto de baño?

—No, Celia, no es... —me mordí el labio y agarré el asiento con más fuerza antes de gritar presa del orgasmo que estaba a punto de tener.

—Atenea —en ese momento la voz de Adam sonó como si me hablara el mismísimo Lucifer—. Tenemos un problema, preciosa —dijo cuando lo miré, y lo vi tan pálido y nervioso, que temí que fuera algo grave.

—¿Qué pasa, Adam? —preguntó Celia.

—Tranquila, es cosa nuestra —le hizo un guiño y sonrió, pero esa sonrisa no era la que me gustaba a mí, era una más forzada.

Me ayudó a levantarme al ver que me agarraba al asiento, pasó el brazo por mi cintura pegándome a él y fuimos hasta el pasillo.

—Apaga ya este cacharro, Adam, estoy a punto de colapsar por un puto orgasmo —dije entre jadeos.

—No puedo, cariño.

—Saca el mando del bolsillo, o juro que lo saco yo, y te lo hago tragar —exigí, apretando los dientes.

—He perdido el mando, Atenea.

—¿Qué? —grité, y aquello que vibraba entre mis piernas de manera endemoniada, comenzó a ir más rápido y más despacio de manera alterna.

Me agarré a la barandilla, Adam se pegó a mi espalda y me puso la mano sobre el vientre, acercando los labios a mi oído.

—¿Atenea?

—Esto va —jadeaba sin poder parar, temblaba y quería controlar el orgasmo tanto como pudiera, no quería correrme allí—, rápido y despacio al mismo tiempo.

—Córrete, preciosa, es la única manera de que...

—¿Te has vuelto loco? —Lo miré furiosa— ¿Cómo coño voy a correrme aquí en mitad de un pasillo lleno de gente? Oh ¡Dios mío! —exclamé, pero antes de que comenzara a gritar presa de aquel orgasmo, Adam me besó con rudeza.

Aquello no hizo más que aumentar mi estado de excitación, quería correrme, y quería hacerlo cuanto antes.

—Adam —supliqué, y fue suficiente para él.

Eché un vistazo rápido, me cogió en brazos y caminó hasta una puerta que había al final del pasillo.

Tras comprobar que no había nadie allí, entramos, me pegó a la puerta y se arrodilló ante mí.

—Separa las piernas, cariño.

—Me voy a correr, joder, Adam —suspiré.

—Separa las piernas, Atenea —me ordenó de nuevo, pero con un tono más exigente.

Lo hice, y Adam retiró aquel aparato infernal de mi vagina, gemí al notar cómo lo hacía, y después comenzó a lamerme el clítoris mientras me penetraba.

No tardé en correrme mientras temblaba de pies a cabeza. Jadeaba cuando Adam terminó y se acercó para besarme.

—Espero que no se te vuelva a ocurrir ponerme un aparato de esos ahí dentro, en tu vida —me quejé.

—No me digas que no ha sido divertido —sonrió.

—¿Divertido? Pensé que iba a tener un infarto si no me corría.

Un par de golpecitos en la puerta hicieron que me sobresaltara, conseguí adecentarme un poco antes de que Adam abriera, y escuché la voz de Lucas al otro lado.

—Aquí tienes el mando, colega. ¿Os lo habéis pasado bien?

—¿Qué? —abrí la puerta y ahí estaba mi compañero, sonriendo, con el mando en la mano— Os voy a matar a los dos.

—A mí, si es follándome, mejor —contestó Lucas.

—Si te follas a mi amiga, te olvidas de mí —escuché decir a Elia, y al mirar hacia la derecha, la vi apoyada en la puerta—. Estos dos juntos tienen mucho peligro, Ati.

—Ya lo veo. Pues, ¿sabéis lo que os digo? Que el resto de la noche me voy a quedar con Elia.

Me acerqué a ella y le di un beso rápido en los labios, ella sonrió y tras cogernos del brazo, nos alejamos de allí.

—Sigo pensando que deberíamos montármolo los cuatro juntos, Adam —dijo Lucas a mi espalda.

—Sigue soñando, Lucas, sigue soñando —contestamos Elia y yo, al unísono.

Desde luego, aquello no me lo esperaba, qué bien me había engañado el capullo de Adam haciéndome pensar que había perdido el mando.

Sonreí al ser consciente de lo que había hecho en realidad, sorprendiéndome de aquel modo, llevándome al orgasmo con la lengua y los dedos, volviéndome de gelatina entre sus manos.

—Ati, tenemos que hablar —dijo Elia.

—¿Qué pasa?

—Antes creía que estaba enamorada de ese loco de Lucas, pero ahora, te lo confirmo —me miró de lo más seria—. Hasta la médula, amiga mía.

—Pues vayamos preparando la boda, porque ese hombre no va a dejar que te escapes.

—¿Qué boda ni boda? No corras tanto, que no ha hincado rodilla todavía.

—Mira que eres puñetera.

—Mucho, ese hombre si me quiere en su vida, tiene que hincar rodilla como en las películas, y ponerme un anillo que brille mucho en el dedo.

—Y de luna de miel, al Caribe.

—Por lo menos.

Nos echamos a reír y fuimos a sentarnos con Nadia y Celia, no tardaron en unirse a nosotros Ian y Alida, así como Adam y Lucas.

Adam lo hizo a mi lado, me besó con ternura y cuando me miró, en sus ojos vi algo más que deseo y lujuria. El qué, no estaba segura, pero sabía que algún día lo descubriría.

Capítulo 19



Habían pasado cuatro días desde que Adam y yo, hablamos con Esmeralda sobre los negocios que algunos de sus clientes llevaban en la mansión.

El lunes por la mañana me llamó para decirme que iba a tenerlos muy bien vigilados desde ese momento, y que había hablado con algunas de las chicas en las que más confiaba para que se acercaran a ellos y trataran de conseguir cualquier información al respecto, la que fuera.

No quería poner a Esmeralda en ningún aprieto, pero desde luego que era la única en aquella mansión que sabría cómo manejar a sus clientes y socios más habituales.

Le comenté las novedades a Fran y me dijo que informaría a su jefe, el mismo que se presentó en la comisaría el lunes por la tarde para hablar con Darío y conmigo.

Nos agradeció que pusiéramos de nuestra parte para ayudarles en la investigación, y ofreció a varios de sus agentes de la policía secreta para poner a disposición de nuestro equipo en el caso del asesino de la cruz.

Tal como dijo, ese loco llevaba muchos años escapando del cuerpo y había que dar con él cuanto antes.

Estaba centrada en uno de los últimos casos que teníamos, el del asesinato de un conocido camello de la zona, cuando empezó a sonar mi teléfono.

—Hola, señor banquero —saludé a Michael.

—Hola, señorita agente.

—¿Qué tal?

—Aquí, haciendo un descanso de una auditoría importante. ¿Y tú?

—Echando un vistazo a la escena de un asesinato.

—En serio, hablar contigo y con Darío, es como ver una peli de policías.

—Somos policías —volteé los ojos, aun sabiendo que no podría verme.

—Ya me entiendes. Es que os imagino con las fotos de una lúgubre calle de Madrid, con la silueta de una cinta blanca dibujada en el suelo.

—Pues no, lo que tengo es la lujosa habitación de un motel a las afueras de la ciudad, con un hombre cubierto de sangre sobre la cama.

—Gracias por la imagen, creo que voy a vomitar el café que me estaba tomando. Y digo estaba, porque no puedo seguir bebiendo.

—Qué delicado eres.

—Ati, si quisiera tener esas imágenes en la cabeza, habría opositado para policía, o me hubiese formado como forense. Pero soy banquero.

—Mike, a ti te gusta el dinero, a mí, atrapar a los malos.

—Cuando dices eso, te imagino poniéndome las esposas, pequeña.

—No me va el incesto, coleguita —reí.

—Técnicamente, aunque nos queramos como hermanos, y, o familia, no lo somos. ¿Nunca has pensado en nosotros como pareja?

—¿Estás haciéndome esa pregunta en serio? —Fruncí el ceño.

—Tal vez. No me hagas caso, creo que tantas cuentas y números me han frito el cerebro.

—Voy a tener que pensar que cuando me llamas para hablar mientras descansas de tu trabajo, es porque estás un poquito enamorado de mí.

—Insisto. Tal vez —se echó a reír—. Sabes que bromeo, Ati. No podría acostarme contigo.

—Oh, eso es que no te parezco suficientemente atractiva, o follable. Gracias.

—No seas tonta. Eres preciosa, y el tipo de mujer con el que me iría a la cama. Pero te quiero y aprecio demasiado como para estropear lo nuestro por un polvo de una noche.

—Me quedo más tranquila. Y sé que bromeas —sonreí cerrando la carpeta—. Nos vamos el sábado a Barcelona, ¿no?

—Para eso te llamaba también, han cancelado todo así que no hay spa, lo siento mucho.

—Vaya, yo que me había hecho a la idea de tener las manos de un profesional masajeándome y quitando los nudos de mi espalda. Otra vez será.

—Sí, no te quepa duda que te invitaré a venir conmigo cuando vuelvan a poner fecha.

—Más te vale, o te retengo en mi piso un fin de semana entero para que me hagas masajes.

—Eso está hecho. ¿Cuándo quieres que vaya? ¿Llevo preservativos?

—¡Mike! —le reñí, pero no pude evitar reírme, igual que él. Ese hombre me recordaba a Lucas, era un bromista conmigo en cuanto sexo se refería, pero sabía que nunca pasaríamos esa línea.

—¿Y si te invito a cenar el sábado? Así compenso la pena que tienes ahora mismo por no poder ir al spa.

—Me gusta la idea. ¿A las ocho en mi casa?

—A las ocho en tu casa. Te dejo que sigas con tu caso, yo vuelvo a las cuentas. ¿Puedes decirme por qué no estudié meteorología? Ahora estaría en una cadena de televisión preparando mi breve y corta aparición para decir que va a pasarse lloviendo el resto de la tarde.

—No llueve, Michael —sonreí mirando por la ventana.

—Huele a tierra mojada, esta tarde va a caer un diluvio como poco.

—Sí que podrías haber sido meteorólogo, sí.

—Ati, te quiero, pero no cuando te ríes de mí.

—Nos vemos el sábado.

—Adiós, preciosa.

Colgué sin perder la sonrisa, y es que, si algo tenía Michael, era que parecía saber cuándo necesitaba hablar de cosas absurdas y sin sentido tan solo para reírme unos minutos y dejar a un lado mi realidad, esa en la que los malos asesinaban a gente inocente o a otros malos, pero no conseguía dar con ellos.

Revisé las declaraciones del personal que estaba trabajando la noche del asesinato en el hotel, nadie había escuchado nada, pero todos recordaban a la perfección el coche negro con cristales tintados en el que llegó la víctima, junto a un par de mujeres.

Después de eso, nada. Las cámaras no grabaron a nadie saliendo o entrando al ascensor en la planta donde se alojaron, ni por los pasillos, durante la noche, no hasta que ambas mujeres se marcharon a eso de las cuatro de la madrugada.

Lo mismo hasta las ocho, que salió uno de los clientes de la habitación del fondo, y cuando llegó la encargada de la limpieza que fue habitación por habitación, hasta que encontró el cuerpo.

¿Hipótesis? Varias. ¿La correcta? Aún no habíamos dado con ella.

Una de ellas era que quien fuera la persona que lo hizo, pudo entrar por la puerta del balcón, desde una de las otras habitaciones, pero solo era una

hipótesis.

Un par de golpes en la puerta hicieron que levantara la vista de los papeles que tenía entre manos, y vi a Darío parado.

—¿No vas a ir a comer?

—¿Qué hora es? —pregunté mirando el reloj— Se me ha pasado la mañana leyendo las declaraciones de los trabajadores del hotel.

—Anda, deja eso y vamos al bar, los chicos ya están allí.

—Si no fuera por ti, me alimentaría del aire.

—Si no fuera por mí, no comerías, directamente.

Sonreí pasando por su lado, le di un beso en la mejilla y salimos de comisaría para reunirnos con el resto en el bar de siempre.

No habíamos hecho nada más que entrar, cuando me llegó un mensaje de Nadia, diciéndome que esa noche tocaba pizza en su casa con las chicas.

Nunca diría que no a esas dos cosas, ni, a la pizza, ni mucho menos, a pasar tiempo con mis amigas.

Capítulo 20



—¡Por fin llegas! —dijo Nadia al abrirme la puerta.

—Solo me he retrasado cinco minutos, y es por culpa del tráfico. Ya sabes cómo se ponen las calles cuando la gente sale del trabajo.

—Ati, son las nueve y media, hace rato que la gente salió del trabajo —protestó con los brazos en jarra y arqueando la ceja.

—Vale, me quedé dormida, ¿contenta?

—Tenéis que estar agobiados con todos esos casos —contestó mientras íbamos al salón.

—Ni te lo imaginas.

—¿Has traído hielos, Ati? —preguntó Elia cuando me vio.

—Dos bolsas, espero que haya suficiente —sonreí levantando la bolsa de la tienda que llevaba en la mano.

—Perfecto. Voy a preparar unos combinados —se levantó para quitarme la bolsa de la mano, y fue a la cocina.

—¿Vamos a beber un miércoles? —miré a Nadia y ella, tan solo se encogió de hombros— No quiero ni pensar en la resaca de mañana.

—Venga, no seas boba. No estás de servicio, así que, una copita no te sentará mal.

—Nadia, lo que empieza siendo una copita, acaba con media botella de lo que sea en mi estómago. Mañana trabajo y tenemos un par de interrogatorios.

—Olvida el trabajo por una noche, ¿sí? Igual que hago yo. Mañana tengo que redactar un excitante artículo sobre la última carta que dejó el párroco de una aldea de la que nadie habrá escuchado hablar jamás junto con una antigualla. Y aquí estoy, a punto de emborracharme para que el artículo que el capullo de mi jefe me ha dado porque no folla con su mujer, me resulte de lo más agradable —respondió Nadia entre dientes.

—Oye, no me culpes a mí, de los artículos que te mande Adam —me quejé.

—Para empezar, he dicho el capullo de mi jefe que no folla con su mujer. Adam García, es mi jefe, sí, el todopoderoso jefe supremo de la revista. Pero mi jefe directo es el que no debe follar para mandarme esos artículos. Está cabreado porque tuve la genial idea de hacer el artículo gastronómico sobre Santiago por iniciativa propia. Con lo contento que estaba Adam, y a este le molestó.

—Tu jefe necesita desayunar más fibra por las mañanas —comentó Alida.

—Cómo se nota que tenemos una enfermera en nuestras filas —intervino Tiaré, volteando los ojos.

—Ya están aquí las bebidas, chicas.

Miramos a Elia y cogimos cada una nuestra copa, la verdad es que tenían una pinta deliciosa con ese color anaranjado.

Era dulce, sabía a fresa y otras frutas, y también tenía un ligero toque de ginebra.

Me preguntaron por el caso de la abogada, sabían que al tratarse de una investigación abierta no podía hablar, pero les comenté un poco por encima lo que ya sabían de otras veces.

Seguíamos buscando, sin tener nada que nos diera una mínima pista de quién podría ser el asesino.

—Fran me dijo que estaba trabajando en algo de malversación —comentó Nadia.

—Ajá, pero no creo que alguno de esos tipos a los que vigilaba, sea el loco al que buscamos —contesté dando un sorbo a mi bebida.

En ese momento llamaron al timbre y fue Alida quien abrió, apareciendo poco después con tres cajas de pizza.

—Tienen que tener algo en común todas las víctimas —dijo Tiaré.

—Salvo la hermana de Adam, y la abogada, que iban a la mansión, no hay nada que una a las demás entre sí, o con ellas.

—¿Habéis mirado en sus años de universidad, y eso? Tal vez conocían a un mismo compañero —comentó Elia.

—No estudiaron ni en el mismo instituto, ni en la misma universidad. Ni siquiera compartían pasión por una carrera. Cada una tenía intereses muy distintos —respondí.

—No me imagino siendo policía —dijo Tiaré—. Es frustrante tan solo de veros a ti y los demás.

—Yo pienso en Darío, y para él tiene que ser doloroso y desesperante no dar con ese tío —comentó Alida.

—Lo es. Créeme que, más que desea él que todo esto acabe, no lo desea nadie.

—¿Y Michael cómo lo lleva? —preguntó Elia, cogiendo un trozo de pizza.

—Igual que Darío —me encogí de hombros—. Está muy pendiente de él, y de mí. Llama casi a diario para hablar conmigo.

—Ese hombre está enamorado de ti —dijo Nadia.

—¿Qué? No digas tonterías, por Dios. Soy como de su familia.

—Pues te mira como si fueras la cajera del súper.

—¿La cajera del súper? —Arqueeé la ceja.

—Ay, hija, es una forma de hablar.

—Yo creo que, un poquito, igual sí le gustas, Ati —sugirió Alida.

—¿Qué habéis bebido antes de que llegara? Michael no quiere nada conmigo, os lo aseguro. Me conoce desde hace diez años, y ni una sola vez ha mostrado indicios de nada.

—Bueno, si tú lo dices, te creeremos —Nadia se encogió de hombros, pero no estaba muy convencida.

Yo tenía claro que Michael no quería nada conmigo, era solo un buen amigo, alguien a quien poder llamar a las dos de la madrugada un día de insomnio porque sabía que, probablemente, él estaría igual que yo, despierto y dando vueltas en la cama. Desde que perdió a su novia de instituto, pasaba más noches despierto que dormido, igual que Darío.

Al final dimos el tema Michael por zanjado, y pasamos a charlar sobre Lucas e Ian, que a mí personalmente me interesaba mucho.

Reconocía que a la hora de llevar a dos compañeros a la mansión que parecía ser el centro neurálgico de muchos entramados que desconocíamos hasta ese momento, decidí que fueran ellos para que movieran ficha con Elia y Alida, porque había pasado muchas horas de café en la comisaría escuchando a uno y otro hablando de mis amigas.

Sí, había hecho de casamentera, no iba a negarlo, pero es que, si no les daba un pequeño empujoncito a esos cuatro, no darían un paso adelante.

Y yo quería verlos juntos, revueltos y felices, ya que desde que se habían conocido, no había día que alguno de ellos me hablara del otro.

—Entonces, aclaradme una cosa, ¿estáis saliendo con Lucas e Ian? —preguntó Nadia— Porque no soltáis prenda, guapas.

—Salir, lo que se dice salir —Alida se encogió de hombros.

—Vale, ellos son más de entrar en vosotras, pero me habéis entendido.

—Desde luego, Nadia, a bruta no te ganan —Tiaré volteó los ojos.

—A ver si te crees que, cuando suben a una de las habitaciones de la mansión, se ponen a jugar al parchís —dijo Nadia.

—Allí jugarán a los médicos o a los masajistas, porque con todo lo que hay en esas habitaciones —sonreí.

—No lo he visto —contestó Tiaré.

—¿Nunca has subido a una de las habitaciones? —pregunté, porque estaba convencida de que lo habría hecho.

—No. Suelo quedarme en la sala tomando una copa. Hablo con quien se ofrece a acompañarme, y poco más.

—Desde luego, seguro que más de uno allí se cree que eres virgen —dijo Nadia, levantándose para ir a por hielo y bebida.

—Ey, que la virgen de la mansión soy yo —les recordé.

—Virgen, en una mansión donde se va a tener sexo. Ya te vale, bonita —protestó Elia.

—Algo tendría que decirle yo a esos hombres con los que subía a las habitaciones. Porque lo de “soy poli, campeón, y te quiero hacer unas preguntitas”, no quedaba bien —dije en mi defensa.

—En fin, que, de las presentes, solo una no ha sucumbido a los placeres de la carne en la mansión —comentó Alida.

—Ya caerá, ya. De todos los hombres con los que ha hablado, hay uno que la mira con ojitos de querer —respondió Elia.

—¿Y tú qué sabes, si subes a la habitación con Lucas enseguida? —preguntó Tiaré.

—Cuando seas mayor lo entenderás, pequeño saltamontes —contestó.

—Soy prácticamente de vuestra edad, no acabo de salir del instituto —se quejó.

—Cariño, si es que tienes una carita de adolescente todavía, que me da apuro que entres allí no sea que algún día los polis del equipo de Fran, o los de la comisaría de Ati hagan una redada y te pidan el DNI —dijo Nadia, regresando con las manos llenas de cosas.

—Vamos, que ahora resulta que podría pasar por una chiquilla de quince años —Tiaré volteó los ojos.

—¿Le estamos dando alcohol a una adolescente? —preguntó Alida en plan bromista.

—Sí, y me lleváis a la mansión Esmeralda para terminar de pervertirme. Desde luego, ya os vale a las cuatro —contestó Tiaré, cruzándose de brazos.

Nos echamos a reír al ver su carita, y es que cuando se enfadaba fruncía los labios de una manera tan adorable, que no parecía estar de mal humor.

Seguimos con la noche entre charlas y risas, hasta que cerca de la una de la madrugada dimos por finalizada aquella reunión de amigas improvisada, eso sí, con unas cuantas copas de más, y con la certeza de que la resaca del día siguiente iba a ser de esas que hacían historia.

Acabamos quedándonos a dormir en casa de Nadia, ella con Alida en su habitación, Tiaré y Elia, en el sofá que se hacía cama del salón, y yo, en el sillón reclinable.

Cómoda, no estaba, y sabía desde que me recosté tapada con un par de mantas, que por la mañana tendría que sumar a la jaqueca, dolor general por todo el cuerpo.

Capítulo 21



Eran las ocho del sábado, y puntual como solía ser Michael, me llegaba un mensaje suyo avisándome de que estaba en la calle esperando.

Cogí el bolso y salí de casa, no sin antes escribir a Darío para que supiera que estaba fuera, por si había alguna urgencia y tenía que llamarme.

—Te hacía esperando en el coche —dije cuando abrí la puerta del edificio y encontré a Michael allí con el paraguas.

—¿Y qué te calaras hasta los huesos? No, preciosa, eso no lo permitiría nunca.

—Oh, qué caballero eres —sonreí dándole un beso en la mejilla.

—Anda, vamos antes de que empiece a llover más fuerte.

Corrimos hasta el coche para evitar mojarnos más de lo necesario, y una vez estuve dentro, Michael fue hasta su asiento.

Puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico mientras me preguntaba cómo había ido la semana.

Sabía que andábamos en la comisaría con varios casos, pero el que más de cabeza nos tenía a todos, era el del asesino de la cruz.

—Lo que sigo sin entender es por qué una segunda víctima en el mismo año —dijo mientras cogía el desvío que nos sacaba de la ciudad.

—No lo sabemos, pero algo tuvo que ser el detonante para que lo hiciera.

—¿Habéis investigado el círculo de amistades de las otras víctimas? Tal vez compartan a algún conocido.

—No, no hay nadie del entorno de alguna de ellas que lo sea del resto. Es lo que te digo siempre, Michael, acabamos en un callejón sin salida.

—¿Cómo está Sara? ¿Lleva bien el embarazo? He estado tan liado estas semanas, que no la he llamado. Soy una malísima persona.

—No exageres, anda —sonreí—. Hablé ayer con ella, y está perfectamente. En un par de semanas va a revisión, a ver si le dicen el sexo del bebé. Estamos todos de los nervios con eso.

—¿Por?

—Bueno, ya sabes, quieren una niña para poder llamarla Diana.

Michael asintió sonriendo, y vi que le brillaban los ojos. Siempre que salía el nombre de su novia, le ocurría lo mismo.

Fue poco tiempo el que estuvieron juntos, pero él la quería muchísimo.

Su historia de amor me recordaba a la que protagonizaba Demi Moore en *Ghost*.

Y es que, aunque en la vida real no podíamos contactar con nuestros seres queridos tal como ocurría en la película, sí que creía en esa clase de amor, en el que va mucho más allá de la muerte.

Yo misma había pasado meses perdida en mis pensamientos, reviviendo una y otra vez cada instante que compartí con Isaac. Salí de aquella espiral en la que no me hacía bien seguir, y avancé prometiéndome no olvidar nunca a ese hombre que me amó más que a sí mismo.

—Hemos llegado —dijo Michael, cuando paró el coche.

—Al menos ahora no llueve.

—No, pero el paraguas me lo llevo. No me fío de que se quede la noche como ahora. ¿Vamos? —Asentí y salimos para ir a aquel restaurante en el que habíamos cenado otras veces.

Porque eso hacíamos, salir a cenar como los dos buenos amigos que éramos.

Nos acompañaron a la mesa y, tras tomar nota de lo que íbamos a beber, nos dejaron la carta.

—Parece mentira que no nos conozcan ya —dije, sin siquiera abrirla.

—Ese camarero es nuevo, es la primera vez que lo veo.

—Bueno, ¿qué tal tu auditoría?

—No me lo recuerdes, que estoy de fin de semana.

—Oye, que tú me has preguntado por el trabajo.

—No es lo mismo, preciosa.

—Ah, vale, disculpe, señor banquero. Entonces, ¿cómo vamos de novias?

—La auditoría fue bien, todo controlado —contestó cambiando de tema.

—Desde luego, eres único para torearne en cuanto a mujeres se trata.

—Ati, no he encontrado a la indicada.

—¿Pero la estás buscando? —pregunté cogiendo la copa de vino.

—No, si me encuentra ella, bienvenida será en mi vida.

—Ya te vale. ¿Sabes lo que dicen las chicas?

—Miedo me da —murmuró frotándose la frente.

—Dicen que yo te gusto, al menos, un poquito.

Se hizo el silencio, Michael me miró fijamente, sin pestañear ni una sola vez, y entonces empezó a reír a carcajadas.

—Tienen unas cosas —dijo cuando se calmó.

—Si ya les dije que no, que no te intereso de ese modo.

—Pues no, y no lo tomes a mal, pero sabes que eres especial e importante para mí.

—Lo sé —sonreí cogiéndole la mano por encima de la mesa.

—¿Atenea? —me giré al escuchar la voz de Adam, y cuando lo miré, vi que fruncía el ceño al darse cuenta de dónde estaba mi mano.

—Adam. ¿Qué haces tú por aquí? —pregunté levantándome.

—Dado que has estado dándome largas toda la semana para no acompañarme a cenar esta noche, he venido con uno de mis socios y su esposa. Ya veo por qué no podías.

—No es lo que crees, Adam. Michael es un amigo, ya lo sabes, te lo dije.

—Bueno, disculpa si yo no dejo que mis amigas me cojan así de la mano —contestó señalando a Michael.

—No es lugar para montar un numerito de cavernícola celoso. Y te están esperando —dije, volviendo a sentarme.

Adam no dijo nada, tan solo se quedó ahí parado unos segundos, hasta que se fue por donde había venido.

—Cavernícola celoso, no sé, pero a él, sí que le gustas, más que, solo un poquito, me atrevería a decir —murmuró Michael.

—No lo creo, lo nuestro es solo sexo.

—Oh, vaya, la pequeña Atenea tiene sexo. Pero no buscas al indicado, ¿cierto?

—Exactamente igual que tú, señor banquero.

En ese momento volvió el camarero para ver si habíamos elegido, le dijimos lo que íbamos a cenar y seguimos hablando como si Adam, no hubiera llegado a la mesa como un tornado.

Solo que estaba allí, a solo unas pocas mesas de distancia, cenando con el matrimonio de amigos que lo acompañaban, y observándome de vez en cuando.

—Nunca adivinarías quién me llamó ayer —dijo Michael, cortando otro pedazo de carne.

—Pues mira, aún no tengo poderes de adivinación. Si ese fuera el caso, habría dado alguna vez con la combinación ganadora de una lotería, ¿no crees?

—Punto para Atenea —contestó señalándome con la copa en la mano—. Me llamó Julio, está de vuelta después de unos meses perdido en algún lugar del mundo.

—¿Julio? Hace mucho que no lo veo. ¿Qué tal le va?

—Bien, ya sabes que es un periodista entregado. Corresponsal internacional para un gran periódico.

—Llámallo, quiero verlo esta noche —le pedí.

—¿Segura? Mira que, después de andar por la selva, según me dijo, tiene muchas ganas de fiesta.

—Mejor, nos tomamos unas copas, y a bailar.

—Tú lo has querido, después no me digas que no te lo advertí —contestó sacando el móvil del bolsillo de su pantalón para llamarle.

Y ese fue el motivo de que nada más acabar de cenar, nos marcháramos para seguir la noche en el local donde solíamos ir cuando quedaba con Michael y Julio.

Antes de salir del restaurante, me acerqué a la mesa de Adam, que se tensó al verme, como si pensara que fuera a montarle yo un numerito o algo así.

Saludé, me incliné, le besé la mejilla, y susurré:

—No hagas planes con nadie mañana, que iré a la hora de comer.

—¿Vienes a comer? —preguntó.

—Más bien, quiero ser tu comida —le hice un guiño y me fui diciendo adiós a sus acompañantes.

Me reuní con Michael en la puerta y vi que se reía mientras negaba.

—¿Qué? —le pregunté.

—No sé qué le has dicho a ese hombre, pero se ha bebido la copa de un sorbo.

—Ah, eso es que le debe haber entrado calor.

—Entonces me puedo hacer una idea de lo que le has dicho.

—Lo dudo, señor banquero, lo dudo mucho —reí mientras entraba en el coche.

Capítulo 22



Cuando entramos en el local fue inevitable no ver a Julio, ese hombre era un auténtico imán para las mujeres de cualquier edad.

Alto, rubio, de ojos azules, y con un cuerpo de lo más definido. Si quisiera, podría jurar que era descendiente de vikingos.

Pero no, el guaperas rubio de la barra que sonreía de manera seductora a la pelirroja que lo acompañaba, era madrileño como el que más.

—Hay cosas que nunca cambian, amor —dije cuando Michael y yo, nos acercamos a nuestro amigo, rodeándole el brazo mientras apoyaba la barbilla en su hombro—. ¿Te dejo unos minutos solo y ya estás ligando?

—¿Es tu novia? —le preguntó la pelirroja a Julio.

—Ya te dije que estaba esperando a alguien —contestó él, encogiéndose de hombros.

La chica se fue entre molesta y ofendida, mirándome como si yo no valiera nada, y a sus ojos así debía ser, me consideraría muy poquita cosa para el dios nórdico que intentaba seducir.

—¿Siempre tienes que hacer lo mismo, Ati? —interrogó Julio, arqueando la ceja.

—Esa solo quería presumir con las amigas de que se había ligado a Thor, hijo de Odín.

—Pues que presuma, preciosa, que he estado semanas entre matorrales de la selva y sin una sola mujer que me acompañara para dormir.

—Mira, Julito de mi vida, te quiero mucho, muchísimo, pero te digo lo mismo que al banquero.

—Ese soy yo —dijo Michael, levantando la mano.

—Tienes que presentarme pronto a una novia, no puede ser que andéis los dos de flor en flor.

—Cuando me encuentre la indicada, lo sabrás —contestó Julio dándome un beso en la mejilla.

—Desde luego, cómo se nota que sois amigos desde el instituto —negué volteando los ojos.

Michael y Julio comenzaron a reírse, como siempre. Pedimos algo de beber y nos pusimos al día con nuestro amigo.

Era periodista y cubría las noticias internacionales, por lo que solía viajar allá donde se le necesitara.

Por lo que vi en televisión esos días, había estado en Colombia, dado que habían secuestrado a la sobrina de un importante político.

Finalmente, todo se resolvió sin consecuencias graves para la joven, y estaba en casa con su familia.

—Cuando me fui acababa de aparecer otra víctima del asesino de la cruz —dijo—. ¿Cómo lleváis el caso?

—Lo llevamos, que no es poco. Es como si ese tío fuera un fantasma. Y luego está el novio misterioso de todas las víctimas, ese del que sus familiares y amigos han oído hablar, pero nunca han visto —contesté.

—Bueno, alguien tendrá que haberlo visto, digo yo.

—Pues no, nadie sabe quién es o cómo es. Podría ser cualquiera.

—No te pidas más de lo que ya das, pequeña —Julio me pasó el brazo por los hombros y dejó un beso en mi frente—. Hacéis todo lo que podéis, de eso no tengo duda, y acabaréis encontrando a ese tío, estoy seguro.

—Ojalá fuera antes de que vuelva a actuar, y no me refiero a dentro de dos años porque esta vez no ha esperado ese tiempo.

—Debió ocurrirle algo que propiciara ese arrebato.

—Eso pensamos todos, pero, ¿qué?

—¿Darío cómo está?

—Ya sabes, finge que todo va bien, pero no es así. Va a ser padre otra vez —sonreí.

—¿En serio? Vaya, me alegro por él y por Sara. Patricia tiene que estar loca de contenta.

—No imaginas cuánto, no deja de preguntar cuándo conocerá a su hermanito o hermanita —contestó Michael.

—Creo que me quedo en la ciudad un par de semanas, a ver si me acerco a verlos —dijo Julio, tras dar un sorbo a su copa.

—¿Por qué no te pasas el lunes por la comisaría? Podemos tomarnos un café.

—Eso está hecho. ¿Te apuntas, Michael? —le preguntó.

—Claro, adoro el café de esa máquina —volteó los ojos.

—Mira que eres tonto, de verdad —reí, dándole un leve golpecito en el hombro.

Seguimos allí charlando y riendo mientras compartíamos alguna que otra copa y la música sonaba de fondo.

Estaba disfrutando de aquella noche como tantas ocasiones con ese par de alocados caballeros, cuando noté que vibraba el móvil dentro del bolso.

—Dime —contesté tras ver el nombre de Darío en la pantalla.

—Necesito que vengas, tenemos un caso.

—Mándame dirección, ahora te veo —colgué y miré a los chicos.

No era la primera vez que debía marcharme por trabajo mientras estaba con ellos, así que, sonrieron.

—El deber la llama, agente Atenea —dijo Julio.

—Sí. Me alegra haberte visto, te espero el lunes para ese café.

—Allí estaré, pequeña.

Me despedí de ellos, salí y paré el primer taxi que vi pasar, la verdad es que era de agradecer que aquella calle fuera una de las más concurridas en las noches de sábado, no había que esperar mucho cuando se necesitaba transporte.

Le di al taxista la dirección que me había mandado Darío y poco después llegábamos al callejón donde se veían varias luces de los coches de policía, así como las de la ambulancia.

—Agente —me saludó dejándome pasar uno de los policías uniformados que estaba evitando que la gente se acercara a ver qué ocurría.

El repiqueteo de mis tacones resonó en ese callejón cubierto de agua por la lluvia que había caído unas horas antes y allí encontré a Darío, hablando con varios agentes mientras los sanitarios de la ambulancia hacían su trabajo.

—Buenas noches —dije cuando llegué hasta ellos.

—Ah, ya estás aquí —sonrió Darío—. Siento haberte llamado, pero los chicos...

—Tranquilo, sé dónde están —asentí, puesto que Lucas e Ian, habían ido a la mansión con Elia, Alida y Celia, y Noel y Saúl, tenían la noche libre—.

¿Qué ha pasado?

—Parece que se trata de un robo, pero la víctima debió poner resistencia y acabó herida. No han podido hacer nada por él —contestó uno de los policías.

Hice mi trabajo, revisar aquel escenario que teníamos delante en busca de cualquier cosa que estuviera fuera de lugar, o que pudiera servirnos de ayuda.

Por desgracia para nuestro departamento no solo nos centrábamos en casos de asesinos en serie, como el que llevábamos arrastrando desde hacía tantos años, ni en ajustes de cuentas entre uno u otro camello que quería esa zona, sino que cualquier víctima de asesinato, fuera como fuese este, era para nosotros.

Allí acabé la noche del sábado, entre el suelo lleno de agua y sangre, con decenas de policías, el médico forense, y el juez de guardia que dictaminara el levantamiento del cuerpo de aquel pobre joven, de poco más de veinticuatro años, que estaba en el lugar y momento menos indicado.

Capítulo 23



Tal como le dije a Adam la noche anterior en el restaurante, a la hora de comer me presenté en su casa.

—Hola, preciosa —dijo con su seductora sonrisa al abrirme la puerta, inclinándose para besarme.

Llevaba un pantalón de chándal, una camiseta, estaba descalzo y tenía el pelo húmedo y alborotado, señal de que acababa de ducharse.

—¿Se alargó mucho la cena? —pregunté mientras me quitaba la bufanda y el abrigo para dejarlo en la entrada.

—No, ¿por qué?

—Acabas de ducharte, por lo que intuyo que trasnochaste y te has levantado tarde.

—Estuve en la mansión antes de volver a casa.

—Oh —no supe qué más decir.

Pensaba que solo iría a ese lugar cuando fuera yo, qué ingenua era.

Fuimos a la cocina y vi que tenía todo un banquete de comida allí esperando. Lo servimos en varios platos, preparamos la mesa en el salón, y nos sentamos a degustar aquellas delicias acompañadas de un buen vino.

—Me gusta cómo cocinan en ese restaurante en el que pides —dije, cortando otro pedazo de pescado.

—Me alegra saberlo. La verdad es que es mi salvación los fines de semana, que no viene Consuelo.

—Y Consuelo es... —dije, y él empezó a reír.

—La mujer que limpia y cocina entre semana. Suele dejarme varios envases con comida preparada en la nevera, listos para calentar.

—Claro, tienes empleada doméstica. Yo lo hago todo en casa —me encogí de hombros—. A veces me preparo un sándwich rápido para cenar, o cocino los domingos para dejarme algo para el resto de la semana. Tengo unos horarios complicados.

—Podrías venirte aquí unos días, y dejar que Consuelo y yo te mimemos.

—Si analizo esas últimas palabras, suena a que Consuelo y tú, me haríais masajes eróticos y esas cosas, no cocinar y tenerme el desayuno esperando antes de irme a trabajar.

—Vale, no ha sonado como pensaba —rio—. Pero hablo en serio, me gustaría que pasaras unos días aquí conmigo.

—¿No te vale con que prácticamente viva en esta casa los fines de semana?

—Arqueé la ceja.

—No, porque me encantaría poder follarte antes de irme a la oficina — contestó con su habitual y seductor tono de voz, ese que me provocaba escalofríos.

—Bueno y, ¿cómo va la revista? —cambié de tema antes de que las hormonas se me revolucionaran al imaginarme a Adam entre mis piernas, penetrándome.

—Bien —dijo volviendo a sonreír—. Pero no vamos a hablar de trabajo, aún es domingo y si no recuerdo mal, anoche dijiste que vendrías hoy porque tú serías la comida.

—Hombre, sí, pero a ver, me pones este delicioso pescado por delante, con sus patatas, las verduras, el vino, y esa tarta de chocolate que me está llamando desde la cocina, ¿cómo voy a decirle yo que no?

—Me encantas, Atenea, es que me encantas.

Tragué con fuerza al ver el brillo en sus ojos, ese que dejaba claro lo que estaba pasando por su cabeza en aquel preciso momento.

Sin duda, Adam me iba a tomar a mí como postre, y yo no opondría mucha resistencia.

Terminamos de comer y ni siquiera me dejó recoger la mesa, me abrazó desde atrás y comenzó a besarme el cuello mientras sus manos acariciaban mi vientre por debajo de la tela del jersey.

Cerré los ojos al sentir el calor que desprendían, estremeciéndome como siempre que me tenía entre sus brazos.

Adam nos iba meciendo poco a poco, y no tardó en quitarme el jersey y hacerme girar para posar sus labios sobre los míos.

Aquel beso con sabor a vino no fue como otros que me había dado. Era apasionado, sí, ardiente, pero tierno a la vez.

Sus dientes mordisqueaban mi labio inferior despacio, mientras me sostenía por la barbilla con ambas manos y acariciaba las mejillas con los pulgares.

Sentí que aquello era diferente, que había un cambio en su actitud con respecto a las veces que nos habíamos besado antes.

Me cogió en brazos y comenzó a caminar hacia las escaleras, subió y entramos en la habitación.

Con cuidado, me recostó sobre la cama y tras colocarse entre mis piernas, se quedó mirándome fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunté apenas en un susurro.

—Nada, cariño —sonrió—. Solo quería perderme un momento en esos preciosos ojos —contestó retirando un mechón de cabello de mi cara.

Se inclinó y nuestros labios volvieron a unirse nuevamente. Entrelacé los dedos su cabello, jugueteé con él y acabé rodeándole con ambos brazos del cuello, mientras buscaba su lengua, a la vez que huía de ella en ese juego de seducción que compartíamos.

Adam se apartó, se quitó la camiseta y volvió a abrazarme con fuerza, uniéndome el calor de su pecho al mío.

El latido de ambos corazones comenzó a acompasarse, y aquello me pareció lo más bonito que me había pasado en la vida.

Se deshizo del sujetador, me quitó el pantalón y la braguita, y no tardó en despojarse de la ropa que le quedaba.

Desnudos y abrazados, sintiéndonos el uno al otro, acariciándonos cada rincón de piel que encontraban nuestras manos, besándonos, compartiendo ese instante de intimidad.

Así estuvimos durante varios minutos que me parecieron horas, y ninguno de los dos parecía tener prisa por ir más allá, como si simplemente con eso fuera suficiente.

Hasta que noté sus hábiles dedos jugando entre mis piernas, acariciándome el clítoris, deslizándose por la humedad que lo cubría.

Comenzó a penetrarme con ellos despacio, entrando y saliendo mientras mordisqueaba y lamía mis pezones.

Gemí arqueando la espalda, tiré del cabello de Adam, acercándolo más a mí, obligándolo a besarme.

Me perdí en aquel beso, me perdí en el momento que estaba viviendo, y cuando se apartó abandonando mis labios, protesté con un leve grito.

Adam sonrió, me dio un breve y rápido beso, llevó mis piernas alrededor de su cintura y, sin apartar los ojos de los míos, comenzó a penetrarme lentamente.

Ambos gemimos al estar unidos por nuestros sexos, al notar el modo en que los músculos internos de mi vagina se amoldaban a la deliciosa y placentera invasión de su miembro erecto y palpitante.

Cuando llegó a lo más hondo de mi ser, se detuvo, quedándose inmóvil sujetando su propio peso con ambas manos apoyadas en la cama. Sus brillantes ojos me observaban, como si estuviera haciendo un boceto de mi rostro en su mente.

Me pasé la lengua por el labio, mordiéndolo después como solía hacer cuando estaba nerviosa.

Adam lo acarició con el pulgar y sonrió.

—Si pudieras ver lo hermosa que estás ahora —susurró—. Lo bonita que te ves así, desnuda, con las mejillas sonrosadas y el cabello sobre mi cama.

—¿Te has levantado romántico? —arqueé la ceja, y Adam sonrió.

—¿Dónde habías estado toda mi vida, Atenea? —preguntó antes de volver a besarme.

Fue entonces, compartiendo aquel beso íntimo y tierno, cuando comenzó a moverse de nuevo. Adam entraba y salía de mi cuerpo despacio, sin prisa, como si no quisiera que pasara el tiempo, como si pretendiera que aquella noche no acabara nunca, que fuera eterna.

Mientras me acariciaba el muslo y sus labios seguían besando los míos, fui consciente de que, por primera vez desde que nos estábamos acostando, Adam estaba haciéndome el amor, no follándome simplemente.

Me relajé automáticamente, entregándome a él en cuerpo y alma, dejando que ese hombre rompiera un poco más los gruesos muros que yo misma había construido alrededor de mi corazón.

Esa noche no había prisas, no había rudeza, ni lujuria, tan solo sentimientos.

Esa noche me permití ser la mujer que había sido una vez, hacía tanto tiempo que parecía que hubiera pasado una eternidad.

Esa noche, mientras besos y caricias se mezclaban con amor, deseo y placer, comprendí que era a Adam, a quien mi corazón había estado esperando para volver a latir por amor.

Cuando acabamos de entregarnos el uno al otro, permanecemos abrazados besándonos hasta que hice la pregunta que me había rondado por la cabeza mientras cenábamos.

—¿Has dicho en serio eso de que me venga unos días aquí?

—Sí, claro. Siempre hablo en serio, preciosa —contestó, besándome.

—Pero, no entiendo. Esto, quiero decir, lo que hay entre nosotros, es solo sexo.

—Atenea, no sé qué es exactamente esto que hay entre nosotros, pero no quiero que acabe.

—¿Te acostaste anoche con alguien en la mansión? —tragué con fuerza, temiendo que la respuesta no fuera a gustarme.

Él era un hombre soltero y sin compromiso alguno conmigo, podía hacer lo que le diera la gana, pero... la duda siempre la tendría ahí.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, aunque me duela la respuesta.

—¿Por qué crees que te dolería saber si me acosté con otra mujer anoche?

—Bueno, soy humana, tengo sentimientos, y sí, aunque soy una mujer fuerte y luchadora, que vivo libremente mi sexualidad —suspiré—, no sé, pero creo que me dolería saber eso.

—No voy a contestarte, Atenea —me besó de nuevo.

—Eso es que sí —dije, y noté un leve pinchazo en el pecho, al tiempo que se me humedecían ligeramente los ojos.

Me escabullí de entre sus brazos como pude y cuando iba a levantarme, Adam me cogió por la cintura llevándome hasta él.

—Solo fui a tomar una copa y hablar con Esmeralda. Tus amigos estaban allí, y al verlos, creí que podría vigilar yo también a esos empresarios —susurró tras besarme el hombro, quedándose pegado a mi espalda.

—No soy celosa, que conste —le aseguré.

—Yo sí.

—¿En serio? —pregunté girándome para mirarlo— No me había dado cuenta —volteé los ojos, recordando nuestro encuentro en la mansión, así como las dos veces que me había visto con Michael.

—Te considero mi chica, Atenea, dejémoslo así —sonrió.

—Vale, pues yo te considero mi chico, así que, como tu chica, espero que no te acuestes con nadie más que no sea yo.

—Así que quieres exclusividad, ¿eh?

—Ajá. Tu cuerpo es exclusivamente mío, nene.

—Y, ¿qué quieres hacer con mi cuerpo, preciosa?

—Uf, se me ocurren algunas ideas.

—Ah, ¿sí? —preguntó cogiéndome en brazos para recostarme sobre él.

—Sí.

—Pues empieza cuando quieras, tenemos toda la noche por delante.

Me incliné para besarlo, y aquello solo fue el comienzo de una noche en la que además de juegos y pasión, volvimos a hacer el amor con ese cariño que habíamos compartido desde el momento en que cruzamos la puerta de la habitación.

Capítulo 24



El tono de llamada de un teléfono me despertó. Por un momento no recordé dónde estaba, y es que la noche anterior Adam y yo, acabamos bastante tarde de jugar a mamás y papás.

—Adam, tu teléfono —dije, pero no lo noté en la cama, fue cuando escuché el agua de la ducha cayendo. Resoplé, me giré y estiré el brazo hasta coger el móvil de su mesilla—. ¿Sí? —pregunté somnolienta, con los ojos cerrados y sin haber mirado quién llamaba.

—Eh, hola —contestó una voz de mujer al otro lado—. ¿Está Adam?

—¿Quién es?

—Úrsula, la redactora jefa de su revista. ¿Eres una de sus amiguitas?

—¿Perdona? —Ahí sí que abrí los ojos como platos, incorporándome en la cama, atónita por el tono impertinente con el que me había hecho esa pregunta.

—Mira, no tengo tiempo para discutir con sus fulanas. Dile a Adam, que tiene que estar aquí antes de las diez, o la reunión con el magnate del

petróleo se irá a la mierda.

—Creo que no sabes con quién estás hablando —dije ya de malos modos, cabreada por la falta de respeto que mostraba.

—Oh, querida, por supuesto que lo sé. Adam García, lleva a muchas mujeres a hoteles de lujo para follárselas, y después, es como si no las conociera en absoluto. Créeme, después de esta noche, no volverás a verle. Dale el recado, ¿serás capaz o eres una de esas modelos sin cerebro?

—Soy policía, estúpida —grité y colgué.

Me levanté y empecé a vestirme tan rápido como pude, ni siquiera esperé a que Adam saliera del cuarto de baño, esa mujer me había puesto de mala leche y no quería decir algo de lo que después me arrepintiera.

Cuando bajé, escuché ruido en la cocina, recordé que podría ser Consuelo y sí, debía ser ella, la mujer de unos cincuenta años que encontré trasteando mientras preparaba el desayuno.

—Buenos días —dije.

—¡Ay, por Dios! —se giró, con la mano en el pecho.

—Lo siento, no pretendía asustarla. Usted debe ser Consuelo.

—Sí, señorita, la misma. Y usted, Atenea, ¿verdad? —contestó con una sonrisa. Parecía que Adam, le había hablado de mí.

—Sí, soy Atenea.

—Encantada de conocerla al fin. ¿Quiere un café? Acabo de hacerlo.

—No, gracias, tengo que irme. Una urgencia del trabajo. ¿Podría decirle a Adam que le ha llamado Úrsula? —en cuanto dije ese nombre, Consuelo frunció el ceño, por lo que intuí que debía preocuparme por la mujer que me había tratado de modelo sin cerebro.

—Claro, señorita. Se lo diré.

—Gracias, y... encantada. Adiós.

Me fui antes de que Adam bajase, cogí el coche y puse rumbo a casa.

Durante el camino pensé en la tal Úrsula, tendría que preguntarle a Nadia por ella, no porque pensara que fuera a acostarse con Adam, o sí, o...

Uf, estaba que mordía por las palabras que me había dedicado esa arpía.

El móvil empezó a sonar y al ver su nombre en la pantalla, lo puse en silencio las siete veces que llamó. No quería hablar con él, no quería estropear el recuerdo de la noche tan bonita que habíamos compartido.

Llegué a casa, me di una ducha rápida y tras tomar un café, me marché a la comisaría.

Como cada lunes, reunión con Darío y el resto del equipo. Lucas e Ian, nos dijeron que habían visto a dos de los empresarios involucrados en el caso de malversación hablando con una mujer que, por el nombre que les había dado Esmeralda, era una de las directivas de la sede del banco en Berlín.

Tras la reunión, me encerré en el despacho para llamar al forense a ver si tenía la autopsia del joven al que robaron y asesinaron el sábado en el callejón, me la envió por e-mail para que le echara un vistazo y la adjunté al informe que debía entregarle al comisario.

Mi teléfono no dejaba de sonar cada quince minutos, Adam seguía insistiendo en querer hablar conmigo, pero me centré en el trabajo.

Hasta que un par de golpes en mi puerta me sacaron de aquel montón de palabras que estaba redactando.

—Adelante —dije, sin apartar la vista de la pantalla de mi ordenador.

—Buenos días, agente.

—¡Julio! —exclamé poniéndome en pie para darle un abrazo.

—Vengo a por ese delicioso café de la máquina que tanto le gusta a Michael.

—Sí, me encanta —contestó él, a su espalda—. Hola, preciosa.

—Podíais haberme llamado, habría salido a buscaros.

—Tranquila, que me conozco el camino. ¿Y Darío? —preguntó Michael.

—En su despacho. Vamos a sacarlo de allí para que se tome un café con nosotros.

Fuimos a buscarlo y cuando vio a Julio, se alegró de tenerlo de vuelta. Le conocía desde hacía años, al igual que a Michael, por lo que le tenía el mismo cariño.

Salimos de comisaría para ir a la cafetería a desayunar, la verdad es que lo agradecí porque llevaba con un mísero café toda la mañana.

Fue sentarnos, y empezar a preguntarle Darío a Julio por su trabajo.

Nuestro intrépido periodista relataba todo con una intensidad, que se notaba la pasión que sentía por su profesión.

—Bueno, pero dejemos de hablar de mí, y hablemos de ti, señor inspector. Me ha dicho un par de pajaritos que vas a ser padre de nuevo —dijo Julio.

—Así es —contestó Darío, con una gran sonrisa en los labios—. En unos días iremos a revisión, a ver qué tal va todo. Aunque Sara está fresca como una rosa, no tiene apenas síntomas.

—Eso está bien. Solo por esas horribles náuseas que tienen muchas embarazadas, agradezco ser hombre.

—El día que vayas a ser padre, Julio, padecerás esas horribles náuseas con tu bella esposa —le advertí.

—Para eso quedan muchos, muchos, muchos años.

—¿Tantos? Tú qué piensas, ¿ser padre a los sesenta o algo así? —preguntó Michael.

—¿Y tú? —contestó Julio.

—Padres de geriátrico, como si os viera —resoplé.

Los tres se echaron a reír, y en ese momento sonó mi teléfono. Al ver el nombre de Nadia en la pantalla me disculpé y salí a la calle.

—Hola, pelirroja —sonreí.

—Ah, veo que a ella sí le coges el teléfono —contestó Adam.

—¿Qué haces con el móvil de mi amiga?

—Ati, este hombre no ha parado hasta que te he llamado —escuché decir a mi amiga—. ¿Se puede saber qué os pasa ahora?

—Nada, no nos pasa nada. Adam, estoy trabajando, luego te llamo.

—No se te ocurra colgar, o me presento en comisaría.

—Tú mismo.

Colgué y regresé con los chicos. Estuvimos en la cafetería media hora más, nos despedimos quedando en ir a cenar una de esas noches a casa de Darío, y volvimos a comisaría.

—Atenea, tienes visita. Te espera en tu despacho —me dijo Kike, el agente encargado de la recepción.

—¿Quién es? —pregunté, a sabiendas de que se trataba de Adam.

—Un periodista.

Asentí, dejé a Darío allí hablando con uno de los agentes, y fui al despacho a ver a mi visita.

—Dije que vendría —fueron sus palabras cuando abrí la puerta.

—Ya lo veo. ¿Qué quieres? Tengo trabajo.

—¿Puedes decirme por qué te has marchado de mi casa sin ni siquiera decírmelo?

—Ah, eso. Verás, es que no estoy acostumbrada a que me llamen modelo sin cerebro, o fulana —contesté mientras me sentaba.

—Úrsula —murmuró mientras se frotaba la frente.

—Te la has follado alguna vez, ¿a que sí?

—Eso no viene al caso.

—Sí, te la has follado. No me importa, en serio, lo que me ha molestado es que me tratara de ese modo. Si a todas tus otras amigas o amantes, como quieras llamarlas, las trató igual, pobres chicas.

—No debería haberte hablado así, estoy de acuerdo contigo. Pero no me negarás que lo has pagado conmigo, sin ser culpable.

—No lo he pagado contigo, simplemente me fui porque no quería alterarme y decir algo de lo que me arrepintiera después.

—Vale, acepto tu respuesta. Y ahora, ¿puedes darme un beso, preciosa, o vas a seguir torturándome con ese escote y sin que pueda tocarte? — preguntó, me miré el pecho, y vi que tenía un par de botones de la camisa desabrochados, por lo que, desde su posición, me veía más piel de la que debería.

—Estoy trabajando.

—Quiero mi beso, o no me voy —arqueó la ceja, volteé los ojos y me levanté para besarle.

Lo que pensé que sería un casto y fugaz beso en los labios, tal como yo tenía en mente, acabó siendo algo más peligroso, dado el lugar en el que nos encontrábamos.

Adam me sentó en el escritorio, besándome con rudeza y posesión mientras me sostenía por la nuca y con la otra mano pellizcaba uno de mis pezones.

Cuando me escuché gemir quise parar con aquella locura, alguien podría entrar y vernos, pillarnos infraganti.

Pero no pude, y menos aun cuando su mano comenzó a bajar hasta detenerse en mi entrepierna.

—Te follaría aquí mismo, Atenea —susurró con ese tono seductor.

—No podemos, si entra alguien...

—Te invito a comer, en mi casa, y te tomo a ti de postre —me besó y se apartó, yendo hacia la puerta.

—Ah, muy bonito. Vienes, me excitas, y te vas —dije cruzándome de brazos.

—Te recojo a las dos, cariño —hizo un guiño y se marchó.

Resoplé, me adecenté la camisa y regresé al trabajo. Necesitaba concentrarme y no pensar en lo que Adam haría conmigo en su casa.

Capítulo 25



Aquella mañana de jueves estaba comprobando las declaraciones de los hombres con los que más se relacionaban Cristina y Noelia, y seguía sin encontrar nada que ambas pudieran tener en común entre sí.

Volví a las carpetas de las otras víctimas, y repasé lo que decían de ese novio misterioso del que sus allegados más íntimos habían oído hablar, pero no conocían.

La segunda y tercera víctimas, de dieciocho años, estaban en su primer año de universidad y sus amigas hablaban de un novio de veinte años. En el caso de la segunda, el chico en cuestión decía estar trabajando en una multinacional como becario, mientras cursaba las clases nocturnas en una universidad on-line.

El novio de la tercera, trabajaba en una agencia de viajes por las tardes mientras cursaba la carrera de turismo.

Ambas víctimas no dejaban de alabar lo cariñoso y atento que eran sus parejas con ellas, así como los múltiples detalles que tenían con ellas.

Las tres víctimas siguientes, tenían veinte años, eran universitarias y según contaban, sus novios tenían veintidós años. Uno de ellos era contable en una asesoría, otro trabajaba como comercial en un concesionario de coches, y otro estaba opositando para funcionario público.

Nada indicaba que se tratase del mismo hombre, pero tal vez las tenía vigiladas y simplemente se volvía loco cada vez que las veía con un hombre que no fuera él.

En el caso de Cristina, la hermana de Adam, sus amigas no habían aportado gran cosa sobre ese novio, salvo que era mayor que ella, sin precisar la edad porque Cristina no se la había dicho, y que trabajaba, tampoco sabían a qué se dedicaba.

Noelia Sánchez, también estaba con un hombre unos años mayor que ella, fue lo único que les dijo a sus amistades más cercanas. En cuanto al trabajo, decía que era algo importante porque siempre vestía de traje, pero nunca les contó realmente en qué trabajaba.

Mi móvil empezó a sonar, devolviéndome a mi despacho, y al ver el nombre de Darío en la pantalla, sonreí.

—Dígame, jefe.

—Ati, necesito que me hagas un favor.

—Claro, ¿qué ocurre?

—Tienes que ir a recoger a Sara y llevarla a revisión, yo no puedo. Estoy con el forense por la víctima de anoche —dijo, y lo noté agobiado.

—Tranquilo, yo me encargo, ¿de acuerdo?

—Gracias, te debo una.

—Sí, una semana en un spa estaría bien.

—Venga, vale, le diré a Sara que busque uno —contestó y sabía que estaba sonriendo.

—Oye, ¿no era hoy cuando os decían el sexo del bebé?

—Sí, Sara se va a enfadar porque no esté allí.

—No se va a enfadar, tonto. Bueno, te dejo y me voy a recogerla.

—Gracias, preciosa.

Colgué tras despedirme, recogí todo y salí del despacho mientras llamaba a mi cuñada por teléfono. No le pilló por sorpresa que su marido no pudiera acompañarla, y es que por lo que me dijo, salió bien entrada la madrugada a un aviso y no regresó después a casa.

El tráfico en la ciudad era horrible, sobre todo por el centro, por lo que tardé más de lo que pensaba en llegar a casa de Darío, pero por suerte la consulta donde estaba el ginecólogo de Sara, quedaba más cerca de casa, y al menos llegamos a tiempo.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté mientras esperábamos en la sala.

—Un poco, la verdad.

—¿Y eso? Es tu segundo hijo —sonreí.

—No se lo digas a Darío, pero yo quiero que sea una niña para poder llamarla Diana.

—Ah, y temes que sea un niño.

—No es que no quiera un niño que lleve el nombre de su padre, entiéndeme. Es que...

—Sabes que Darío quiere una niña —acabé por ella.

—No lo dice, pero sé que en el fondo es así. Cuando supimos que esperábamos a Patricia, tuvo tan claro su nombre, que sé que ahora quiere otra niña.

—Mira que si el bueno de Darío quiere estar rodeado de chicas para que le cuiden bien cuando sea un pobre abuelito de geriátrico —dije, frunciendo el ceño, y Sara empezó a reír.

—¿Te imaginas? —contestó tras unos minutos.

—No, sé que a él no le importa si es niño o niña, pero tira más por lo segundo porque echa de menos a su hermana. Y es normal, yo no puedo ocupar ese lugar porque no llevo su sangre.

—No digas bobadas, Ati —me pidió, cogiéndome de la mano—. No llevas la sangre de Darío y mis hijas, pero eres de la familia.

—Has dicho hijas —arqueé la ceja.

—Es que creo que en el fondo sé que es una niña desde que supe que estaba embarazada.

—Oye, si resulta ser una niña, voy a pensar que tienes poderes de bruja o algo así.

—¿Sara? —miramos hacia la derecha y ahí estaba la enfermera esperando
— Puedes pasar.

Nos levantamos y la seguimos hasta la consulta, donde el ginecólogo nos recibió con una sonrisa y un apretón de manos.

Tras varias preguntas de rutina a la futura mamá, la hizo recostarse en la camilla y comenzó con la ecografía.

Al ver aquella cosita en pantalla, me salió la sonrisa sola.

—Está la mar de a gusto ahí dentro —dijo el ginecólogo.

—Ya lo veo —sonrió Sara.

—¿Quieres saber el sexo? —le preguntó.

—Si se deja ver, sí.

—Lo digo porque como no ha venido Darío contigo.

—No se preocupe, que después le damos la noticia —contesté.

—Bien, veamos si nos deja ver si tiene, o no tiene unas castañitas.

Me eché a reír al escuchar al ginecólogo, y es que se notaba que, al ser un señor de casi sesenta años, tenía mucho tacto a la hora de hablar con las mamás.

—¿Sabéis el nombre que le pondréis? —preguntó mientras pasaba el ecógrafo por la barriguita de Sara y miraba la pantalla, en busca de castañitas.

—Sí, tanto si es niña como si es niño.

—Ajá. Bien, bien —contestó entrecerrando los ojos—. ¿Cuál es el nombre que habéis escogido para la niña?

—Diana —respondió Sara.

—Diana, dile hola a tu mamá, y tú tía.

—¿Es una niña? —preguntó Sara, con los ojos vidriosos.

—Así es, una niña sanísima y que seguro que se parecerá mucho a su mamá y su hermana mayor.

—Una niña, Ati —dijo, con lágrimas cayendo por sus mejillas.

—En serio, ¿tú eres bruja, cuñada? —sonreí— A ver si me das el número ganador de este año de la Lotería de Navidad.

Una niña, lo que los dos querían para poder darle el nombre de su tía. Sonreí pensando en Diana, esa joven con toda la vida por delante que se les fue mucho antes de tiempo.

Nos despedimos del ginecólogo y como se acercaba la hora de comer, llamamos a Darío para vernos en el restaurante donde comíamos a veces los dos, recogimos a Patricia en el cole, invitamos a Michael y Julio, y fuimos para allá.

Patricia estaba emocionada desde que su madre le dijo que ya sabía lo que iba a tener, pero no se lo dijimos para que no chafara la sorpresa a su padre.

Ella insistía, y yo tuve que sacar mi rango de autoridad en ese coche, para que se esperara a estar todos.

—Ahí vienen las chicas más guapas de todo Madrid —dijo Michael, cuando nos vio llegar.

—Mira que eres pelota, ¿eh? —reí.

—¿Pelota? Pero si es verdad lo que he dicho.

—Claro que es verdad, no hay mujeres más guapas que Sara, Patricia y tú —corroboró Julio.

—Al final voy a pensar que alguno de los dos, quiere rollo conmigo —arqueé la ceja.

—Tía, ¿qué es querer rollo? —preguntó Patricia, y me quedé blanca como la pared.

—Nada, preciosa, solo que la queremos invitar a nuestra fiesta de cumpleaños —le dijo Julio.

—Ah, ¿sí? —Nos miró con los ojos muy abiertos— Pues Carlitos me ha invitado a su fiesta de cumpleaños, mami —dijo.

—Perfecto, ahora voy a tener que vigilar a mi hija de seis años para que no se eche novio todavía —se quejó Darío.

—Pues piensa en el futuro, hermano —comenté sentándome.

—Me pongo malo, que en diez años seguro que tienen su primer novio.

—Y dentro de dieciséis, le tocará a Diana —contestó Sara, sonriendo.

—¿Qué? —Michael frunció el ceño, sin entender nada.

—Venimos del ginecólogo —dije.

—Espera, ¿te han dicho el sexo del bebé? —preguntó Darío.

—Ajá.

—¿Y es una niña?

—Sí —Sara sonrió aún más, Darío se levantó y fue a abrazar a su mujer mientras le besaba el cuello.

—¿Otra niña? Chaval, vas a pasarlo mal cuando empiecen a salir con chicos —comentó Julio.

—Bueno, y vosotros qué, ¿pensáis presentarnos algún día a vuestra futura esposa? —preguntó Sara, cuando Darío regresó a su asiento.

—Todo puede ser, Sara, pero al menos por ahora, no. De momento estoy conociendo a alguien —respondió Julio—. Pero solo es eso, conociendo, no os hagáis ilusiones.

—Lo mismo digo. Hay alguien, pero por el momento no tengo pensado ponerle un anillo en el dedo —dijo Michael.

—Desde luego, vaya par estáis hechos —Darío negaba mientras sonreía.

Sí, ese par era tremendo, pero estaba segura que no tardarían en abrir su corazón a alguien, y que el amor se sintiera en el aire.

Comimos en familia, como solíamos hacer cuando estábamos con ellos, y tras ese momento de felicidad, Michael se llevó a Sara y la niña a casa, Julio regresó al trabajo, y Darío y yo, nos marchamos a comisaría.

—Ven a mi despacho —me pidió cuando entramos—, quiero que eches un vistazo al caso que tengo ahora.

—¿El de la víctima de anoche?

—Ese.

Una vez allí, me dio la carpeta para que la revisara tranquilamente en mi despacho, según me había dicho todo apuntaba a un crimen pasional, pero no estaba seguro, por lo que quería tener también mi opinión.

Así pasé el resto de la tarde, leyendo los posibles motivos que, según los allegados al hombre asesinado la noche anterior, podrían existir para que otro hombre acabara con su vida.

Capítulo 26



Por fin llegó el sábado, y estaba terminando de vestirme para ir a cenar con Adam. Había insistido desde el jueves por la tarde en que quería salir a cenar conmigo esa noche, y no pude negarme.

La mansión estaba más que vigilada por mis compañeros y Fran, además de sus chicos, por lo que salir con Adam y olvidarme por una noche de que era policía, me parecía la mejor manera de evadirme del mundo.

Puntual como siempre, me llegó un mensaje para avisarme que estaba esperándome en la calle.

Me puse la chaqueta, cogí el bolso y bajé a encontrarme con el hombre que me robaba el sueño.

—Estás preciosa —dijo cuando entré en el coche.

—Gracias, tú también vas muy guapo.

Decidí dejar los pantalones exclusivamente para ir a trabajar, era más cómodo, así que cuando iba a verme con Adam, o salía con las chicas, me ponía falda con alguna camisa, como esa noche, o un vestido.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté.

—Bien, la revista va bien. Tengo un pequeño grano en el culo llamado Nadia desde que sabe que tú y yo nos conocemos, y quedamos, pero está controlado.

—Nadia puede llegar a ser muy...

—¿Intensa? —dijo, mirándome mientras sonreía de medio lado.

—Ajá. Intensa, sí, pero es una buena chica.

—Eso no lo he puesto jamás en duda. Desde que entró en mi despacho pidiendo trabajo, supe que era una de esas pocas personas en las que podría confiar.

—Seguro que le gustará saber eso.

—No se te ocurra decírselo, me encanta hacerla rabiar, igual que ella a mí.

—Eso es porque te aprecia.

—Cuando me dé un infarto por su culpa, y te quedes sin follamigo, me lo dices.

No respondí, tan solo sonreí y me dediqué el resto del camino a mirar por la ventana.

Follamigo, esa palabra que yo misma dije la primera vez que nos acostamos, y que empezaba a odiar con todas mis fuerzas.

Yo no quería ser solo eso para Adam, no quería que el sexo fuera lo único que nos uniera, quería algo más, pero ni yo misma podría decir qué era.

Aunque lo sabía, sabía que quería que lo nuestro fuera amor más allá del buen sexo, pero no, en realidad no me atrevía a decirlo en voz alta, a exteriorizarlo.

—Hemos llegado, preciosa —dijo cogiéndome la mano, esa que llevó a sus labios para besarlos.

Le miré, sonreí una vez más y salí del coche. Cuando Adam llegó a mi lado, pasó el brazo alrededor de mi cintura y entramos en el restaurante, siguiendo al camarero que nos dio la bienvenida hasta la mesa que estaba reservada a su nombre.

—Bienvenidos, que disfruten de la experiencia —dijo el chico tras abrir una puerta.

Adam entró llevándome aún de la mano, y me quedé atónita al ver aquel reservado.

Una mesa con un sofá en forma de medio círculo, velas, música suave, y un antifaz.

—¿Dónde me has traído? —pregunté.

—En este restaurante se puede cenar sin que otros comensales nos vean, ni nos escuchen. Te vendaré los ojos y te daré de comer, para que saborees bien cada bocado, y disfrutes de la textura y el sabor.

—¿Y si no quiero que me cubras?

—Bueno, si no quieres, podemos cenar igual. Pero de ese modo disfrutarás y sentirás más cada cosa que te haga.

—¿En qué estás pensando exactamente? —Arquee la ceja.

—Déjate llevar, cariño, te aseguro que te va a gustar todo lo que tengo pensado.

Tragué con fuerza, fuimos hasta la mesa y Adam me cubrió los ojos, no sin antes besarme con ternura.

El estar en un lugar que no conocía y sin poder ver nada, me puso nerviosa, me estremecí y comencé a mordisquearme el labio.

Escuché que la puerta se abría poco después y habló el mismo camarero que nos había llevado hasta allí.

Cuando se cerró de nuevo, Adam sirvió bebida en las copas.

—No irás a emborracharme para después aprovecharte de mí, ¿verdad? —pregunté.

—Ya sabes que todo lo que pase entre nosotros, tiene que ser consentido. ¿Me he aprovechado alguna vez de ti?

—No.

—Pues eso —contestó y noté cierto tono de burla en su voz—. Ten, bebe.

Sentí en mis labios el cristal, y no tardó en llegarme el dulce y afrutado sabor del vino.

Bebí hasta que Adam retiró la copa y después de eso, comenzó a darme la cena en pequeños bocados que disfruté dejando salir leves gemidos de placer.

Tenía razón cuando dijo que iba a notar cada matiz en el sabor y en la textura de lo que me llevaba a la boca, y aquella me pareció una experiencia única y de lo más placentera.

Y entonces, una de sus manos comenzó a subir lentamente por mi muslo, haciendo que me recorriera un escalofrío por la espalda.

—Separa las piernas, preciosa —me pidió Adam, con un susurro antes de comenzar a besar y mordisquearme el cuello.

Hice lo que ordenó con gusto, y sonreí al notar que se apartaba ligeramente para mirarme, aunque no yo no pudiera verlo.

—¿No llevas ropa interior? —preguntó con sorpresa.

—¿Para qué? Con lo poco que me dura puesta cuando salgo contigo —dije, encogiéndome de hombros.

—Me gusta tu forma de pensar. A partir de este momento, tienes prohibido llevarlas cuando vayas a salir conmigo.

Sus labios se apoderaron de los míos en un beso ardiente, rudo y cargado de promesas silenciosas de lo que estaba por pasar en ese reservado.

Comenzó a jugar con mi clítoris, dándole leves pellizcos y tirando de él, haciendo que mis gemidos resonaran entre aquellas cuatro paredes.

Poco después desabrochó algunos botones de mi camisa, liberando un pecho que sostenía con fuerza en la mano. Lamió y mordió el pezón a su

antojo y empezó a penetrarme con dos dedos.

Estaba excitándome más de lo normal dado que no podía verle, y no sabía cuáles serían sus siguientes movimientos, lo que hizo que alcanzara el orgasmo mucho antes de lo esperado.

—Por Dios, Adam —dije entre jadeos mientras él, seguía jugando con mis pezones.

—¿Te gusta, preciosa?

—Sí.

—Ven —dijo cogiéndome por la cintura, y acabé sentada sobre su regazo —. Fóllame, Atenea.

La suave y caliente piel de su erección comenzó a deslizarse por mi húmedo sexo, me estremecí y gemí al sentirlo pasando una y otra vez por ese sensible punto en el que se había convertido mi clítoris, y no tardé en tener la punta en mi entrada.

Me moví hasta comenzar a acogerla y ambos jadeamos cuando estuvimos unidos por completo.

Adam me besó con rudeza, sosteniéndome de la nuca, mientras yo movía las caderas arriba y abajo sosteniéndome en sus hombros.

Ambos estábamos completamente vestidos, follando en aquel sofá, y yo sentía que empezaba a marearme de tanto placer.

Estar privada de uno de los sentidos más importantes del ser humano, me hacía ser consciente de todo mucho mejor, más intensamente.

Me aparté de él, rompiendo ese posesivo y feroz beso que me enloquecía, arqueé la espalda y dejé caer la cabeza hacia atrás sin dejar de moverme.

Estaba excitada, tanto, que mis movimientos comenzaron a ser mucho más rápido, más frenéticos.

Adam se puso en pie y noté que me recostaba en la mesa, en algún momento se había deshecho de los platos y las copas y no me había enterado.

Salió dejando ese vacío que tanto odiaba, y no tardé en sentir su hábil lengua entre mis pliegues, lamiendo a su antojo y con rapidez, mientras yo me perdía en aquella espiral de placer y gritos que salían de lo más hondo de mi ser.

Me corrí de nuevo, Adam pasó la lengua una última vez por mi humedad, y apenas unos instantes después me penetraba con fuerza mientras me agarraba por las caderas.

No podía dejar de gemir, aquello que sentía era tan increíble, que me resultaba imposible no gemir y gritar para hacerle saber a mi amante lo mucho que estaba disfrutando de aquel encuentro.

—Córrete, Atenea —me ordenó tras varios minutos de intenso y placentero sexo, cuando noté que él, estaba más que listo para hacerlo también.

Arqueé la espalda, me agarré con todas mis fuerzas a la mesa, y dejé que el orgasmo fuera liberado.

El grito de placer de ambos se escuchó más que la música que nos había acompañado hasta ese momento, y cuando todo acabó, Adam se dejó caer sobre mí, con la respiración entrecortada.

Le besé la frente, busqué el aire que me faltaba en los pulmones, y mientras nos recuperábamos de aquel tórrido momento, me quedé allí, a oscuras sobre una mesa, acariciándole el cabello.

—¿Has disfrutado de la cena? —preguntó poco después.

—Ajá. ¿Y tú del postre?

—Mucho. Espero que podamos repetir pronto.

—Claro, pero la próxima vez, me invitas a tu casa. Tienes una bañera en la que se pueden hacer muchas cosas.

Adam me quitó el antifaz y, tras acomodar la vista de nuevo a la luz, sonreí al ver que me observaba fijamente.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, es solo que creo que soy el hombre más afortunado del mundo por tenerte —contestó y me besó.

—De eso puedes estar seguro —asentí—. Otros me desearán, pero no me tendrán.

—¿Eres mía, Atenea? —me acarició la mejilla mientras formulaba aquella pregunta.

Era suya, claro que lo era, pero no como a mí me gustaría serlo, solo que eso él no lo sabría nunca.

—Mientras dure esto que tenemos, sea lo que sea, soy y seré tuya —contesté, y lo besé.

Capítulo 27



Diciembre, los días y semanas habían pasado volando, y ya estábamos en plenas Navidades.

Lo que peor llevaba de todo ese tiempo transcurrido, era que seguíamos sin una sola pista que nos llevara hasta el asesino de la cruz.

¿Cómo podía ser tan escurridizo para nosotros? ¿Cómo era posible que no cometiera un solo fallo y le pilláramos?

No entendía cómo ese maldito cabrón tenía tanta suerte.

Hacía diez años que la Nochebuena era distinta para mí, cambiando aquellas cenas en el orfanato donde apenas había un regalo hecho a mano por cada una de nosotras, a las que compartía con Darío y su familia.

Como cada año desde entonces, esa noche la pasé con ellos, también nos acompañaron Michael y Julio, y Adam, a pesar de no estar conmigo, me escribió varios mensajes durante la noche, para desearme Feliz Navidad y el último, para invitarme a una cena que tenía con los trabajadores de la revista y varios clientes y socios, así como accionistas.

Acepté, y aquí estaba, la noche del treinta de diciembre, a punto de entrar al hotel en el que tendría lugar el evento.

Entregué la invitación que me había hecho llegar Adam, me dieron la bienvenida y tras poner un pie en aquel recibidor, una preciosa morena me acompañó hasta el salón en el que tenía lugar la cena.

—Gracias —dije cuando me abrió la puerta.

Eché un vistazo, pero no encontré a Adam, cogí una copa de champán que me ofrecía un sonriente camarero, y me adentré en aquel salón.

—¡Atenea! —me giré al escuchar a Nadia gritando mi nombre, corrió hasta mí y me abrazó con fuerza— Estás preciosa esta noche.

—Gracias, tú también te ves genial.

—Podías haberme dicho que fuera a buscarte, ¿has venido en taxi?

—Sí, Adam no podía pasar a buscarme, así que... —Me encogí de hombros.

—Bueno, el jefe hoy está muy ocupado. Hay varios socios y clientes, ya sabes, los que ponen la pasta.

—Sí, claro —sonreí.

—Ven conmigo, vamos a tomar una copa y a bailar antes de la cena.

Nadia me llevó de la mano hasta una de las barras, pidió un par de cócteles y estuvo conmigo hasta que al fin encontré a Adam entre tanta gente.

Cuando me vio, sonrió y no apartó los ojos de mí ni un segundo, seguía hablando con un grupo de personas a los que parecía no hacer demasiado caso, y entre ellos vi a una mujer que, al ver hacia dónde miraba Adam, frunció el ceño y trató de llamar su atención.

Lo vi girarse hacia sus acompañantes, se disculpó, y comenzó a caminar hacia donde estábamos Nadia y yo.

—Ah, mira, por ahí viene tu caballero de radiante armadura —murmuró mi amiga.

—Atenea —dijo Adam, cuando llegó a mi lado—. Estás espectacular.

Me sonrojé y sonreí. Aquella noche había escogido un vestido de corpiño negro que dejaba el cuello y los brazos descubiertos, con el escote en forma de corazón, quedando sobre los pechos.

La falda era de tela con caída y vuelo, en color salmón, a la altura de las rodillas, y lo cubría una capa de tul salmón transparente con flores negras bordadas.

En cuanto lo vi en la tienda dos días antes, me enamoré.

Acompañaba el vestido con un par de zapatos negros de tacón, un bolso pequeño de mano en el mismo tono, maquillaje natural con labios rojos, y un elegante recogido estilo años cuarenta que me habían hecho en la peluquería donde solía ir Sara.

—Jefe, no la pierdas de vista que esta noche te roban la novia —dijo Nadia, con un guiño antes de alejarse.

—Ni caso, no sabe lo que dice —contesté.

—Tiene razón, no te apartes de mí, que he visto cómo te miraba todo el mundo.

—¿Desde cuándo me has estado observando?

—Desde que entraste por la puerta —se inclinó y me besó en el cuello.

Pasó el brazo alrededor de mi cintura cuando dieron aviso de que comenzaba la cena, y me llevó hasta la mesa en la que íbamos a sentarnos. Por suerte para mí, Nadia estaría en la misma mesa y ocupó el asiento junto al mío.

Cenamos mientras mi amiga me contaba que aquella cena de final de año se celebraba desde que existía la revista. Adam, por su parte, se pasó la velada hablando con varios de los socios, y a pesar de que a ojos de los demás podría parecer que no me prestaba atención, sí que lo hacía.

Preguntaba constantemente si estaba bien, si necesitaba algo, si la cena era de mi gusto, si quería más vino y, lo más sorprendente para mí, era que me cogía de la mano y le daba un ligero apretón en cuanto tenía oportunidad.

Después de cenar, llegó el momento de las copas y el baile, ese que se alargaría hasta bien entrada la noche.

Adam me dejó a solas con mi amiga y algunos de sus compañeros, esos con los que Nadia tenía más confianza y una mejor relación, y siguió charlando con socios y clientes.

La mujer a la que vi antes con él, me miraba con un desprecio que no entendía, pero claro, posiblemente se tratara de una de aquellas antiguas amantes de Adam y no hubieran acabado en buenos términos.

—Ya estoy, cariño —susurró Adam, mientras me pasaba el brazo por la cintura, quedándose pegado a mi espalda.

—No te preocupes, tienes trabajo —dije girándome para mirarlo.

—Has venido aquí esta noche por mí, preciosa, no debería dejarte sola tanto tiempo.

—No estoy sola, Nadia y los demás redactores me hacen buena compañía.

—Pero no es justo para ti, y lo siento —y entonces hizo algo que no esperaba.

Delante de todos sus empleados, delante de sus socios y clientes, Adam García, me besó en los labios sin importarle lo más mínimo que pudieran verle.

En ese momento de magia y absoluta felicidad para mí, escuché que comenzaba a sonar mi móvil dentro del bolso.

—Tengo que contestar —dije apartándome, Adam asintió y lo saqué. Al ver el nombre de Darío, supe que la noche de fiesta había terminado para mí—. Hola, dime.

—Ati, siento mucho fastidiarte la noche, sé que estás en una fiesta con Adam...

—No te preocupes, ¿qué pasa?

—Han encontrado a otra chica, y ya van tres este año —contestó tras un suspiro.

—Vale, ¿dónde quieres que vaya?

Darío medio la dirección, de nuevo un lugar poco transitado, alejado de urbanizaciones y casas.

Miré a Adam, que sonreía.

—El trabajo manda, ¿verdad? —dijo.

—Sí, Darío vendrá a buscarme en unos minutos —mentí.

—¿Algo grave? —preguntó, y no respondí.

No quería decirle que se trataba de otra víctima del asesino de la cruz, otra pobre chica que había tenido la mala suerte de cruzarse en su camino, así que me limité a decir que era trabajo y nada más.

Me despedí de él, salí a la calle y paré el primer taxi que vi pasar.

Otra vez nos sorprendía el asesino de esa manera, con una nueva víctima en tan corto espacio de tiempo, a solo tres meses de la anterior.

¿Qué le estaba pasando para que actuara así, tan repentinamente?

Quería encontrarle, quería dar con ese maldito psicópata, encerrarle y tirar la llave.

Capítulo 28



Al llegar al lugar que me dijo Darío, para mí era como revivir una y otra vez un mismo caso desde que me hice policía.

Varios coches patrulla con las luces encendidas, agentes inspeccionando cada rincón en busca de algo que nos llevara a ese loco, o que nos diera indicios de que hubiese podido olvidar algo, o cometer un error.

—Atenea, estás muy guapa —me dijo Ramiro, uno de los policías que me conocía desde antes de que entrara en el cuerpo.

—Gracias, una lástima que tenga que arrugar la falda —contesté mientras me la subía para anudarla a un lateral.

Fui hasta donde estaban Darío, Saúl y Noel, y allí estaba también el forense, verificando lo mismo que se encontró al ver el cuerpo de las otras víctimas.

—Siento estropear tu noche, Ati —volvió a decirme Darío cuando me vio.

—No te preocupes —miré a la joven que yacía inerte en el suelo, a nuestros pies, y me quedé sin palabras al reconocerla.

—Veo que la has reconocido —dijo Noel, lo miré y asentí.

Aquella mujer era una reconocida y famosa presentadora de noticias en una prestigiosa cadena de televisión, todo el mundo hablaba bien de ella, era muy querida por el público, y sabía que su muerte conmocionaría al mundo.

Hacía tiempo que no se la veía en su puesto, y lo que menos podríamos sospechar es que hubiera desaparecido, mucho menos cuando no había constancia de ninguna denuncia por ese hecho de parte de su familia.

Mientras el forense terminaba de fotografiar el cuerpo, y el resto de compañeros seguían haciendo fotos al escenario, me giré al escuchar el rugido de un motor y el chirriar de varias ruedas. Poco después, y a gran velocidad, hizo aparición un coche negro del que bajó un hombre de unos sesenta años que comenzó a correr hacia nosotros.

—¡Cintia! —gritó mientras se acercaba.

—¡Detened a ese hombre! —les pedí a varios compañeros, pero fue inútil, se zafó de ellos como si tuviera veinte años, y llegó hasta donde estábamos.

—¡No, no! ¡Cintia!

—Señor, por favor, cálmese —le dijo Saúl, que consiguió detenerlo antes de que pudiera ver más a la joven.

—Es mi hija, ¡tengo que verla!

—No puede pasar, señor —me acerqué, hablando con calma—. Tenemos que revisar bien la zona, y mantener el cuerpo sin alteraciones. Señor, ¿cómo ha sabido que es su hija?

—Alguien llevó una nota a mi cadena. En ella me decían el lugar exacto en el que encontraría a mi hija. No entendía nada, se suponía que Cintia estaba de viaje —contestó.

En ese momento caí en la cuenta. Cintia, de nuevo un nombre cuya inicial era la C. ¿Aquello podría significar algo para el asesino? ¿O es que yo me estaba volviendo loca con todo ese asunto?

—Señor, ¿alguien de la cadena vio algo? ¿Sabe si fue un hombre quien entregó la nota? —preguntó Darío.

—No. La nota apareció en recepción, sin más.

—¿Había informado hoy de la desaparición de su hija? —pregunté.

—Ni hoy, ni días antes. Hace una semana recibí un e-mail de Cintia, decía que necesitaba un descanso y que se marchaba de viaje. No me preocupé, dado que llevaba tiempo esforzándose al máximo en el trabajo y fui yo quien le sugirió que se tomara unas vacaciones antes de que comenzara el año. Supuse que se iba con ese hombre al que me dijo que estaba conociendo.

Miré a Darío y los chicos, y no hicieron falta palabras.

—Necesito que me facilite una lista con el nombre de las amistades más cercanas de su hija —le dijo Darío.

—Por supuesto, se la haré llegar mañana.

—Bien.

—Agentes, necesito ver a mi pequeña, por favor —las lágrimas estaban a punto de salir, Darío me miró, y asentí.

—Venga conmigo, señor —le dije, y él sonrió en agradecimiento—. Pero no se acerque, no debemos tocar nada.

—Está bien.

Se me partía el alma al ver a aquel hombre, destrozado, llorando sin consuelo de rodillas frente al cuerpo frío e inmóvil de su hija, su única hija.

Cayó apoyando las manos en la tierra, las cerró en puños y soltó un grito de dolor que nos hizo estremecer a todos.

No entendía aquel giro que daba el caso, no conseguía comprender al asesino ni el motivo por el que había enviado una nota a la familia de su víctima para decirle dónde estaba el cuerpo.

Aquello era desconcertante, y tal vez pudiera ser que en esta ocasión sí se tratara de un imitador.

—Lo lamento —escuché que dijo el hombre poniéndose en pie y sacudiendo el polvo de sus pantalones—. Lamento mucho la escena que he protagonizado.

—No se disculpe, señor —le pedí, pasándole la mano por la espalda—. Acaba de encontrar a su hija muerta, a quien usted creía de viaje, es normal reaccionar así.

—¿Ha sido él? —preguntó mirándome— El asesino de la cruz. ¿Puede ser un imitador?

—Mucho me temo que es él, señor —contestó Darío a nuestra espalda—. Hemos comprobado que su hija tiene las dos marcas que muestran el resto de víctimas.

—¿Dos? —inquirió con el ceño fruncido.

—Señor, como inspector de policía al mando del caso de este asesino, y usted padre de la víctima, le voy a hacer conocedor de algo que solo la policía, las familias, y el propio asesino, sabemos.

—¿De qué se trata?

Darío le contó que no solo marcaba a esas chicas con una cruz a fuego en el hombro derecho, sino que también dejaba otra más pequeña en el interior del muslo izquierdo.

Al ser consciente de ese dato, y de que nadie más lo sabía para poder distinguir si alguna vez aparecía un imitador, el padre de Cintia nos aseguró que no diría nada.

Se marchó poco después, cuando los nervios le permitieron conducir sin temblar, y nosotros nos quedamos allí terminando de inspeccionar la zona.

No fumaba, pero en momentos como ese reconocía que un cigarro me vendría bien, y es que una tenía nervios de acero, pero también era humana y me rompía por dentro un poco más con cada nueva víctima de ese sádico tenía en jaque a la policía desde hacía diez años.

—Ati, vete a casa —me dijo Darío, cerca de las dos de la madrugada—. Aquí poco puedes hacer ya.

—Llámame si me necesitas, sabes que esta noche, ya no podré pegar ojo.

—Lo sé, pero procura descansar un poco. Te quiero, pequeña —me dio un beso en la frente y le pidió a un par de agentes que me llevaran a casa.

En el camino estuve dándole vueltas a eso de los nombres, y es que hasta el momento no habíamos caído en la cuenta, pero todas las víctimas parecían seguir un patrón, solo que debía averiguar cuál y por qué.

—Gracias por traerme, chicos —dije cuando el coche paró frente a mi edificio.

—Que descanses, Atenea —contestó uno de ellos.

Subí a casa, me puse ropa cómoda y cuando saqué el móvil del bolso vi que tenía un mensaje de Adam dándome las buenas noches, era de poco después de que me hubiera marchado del hotel.

Me preparé un chocolate caliente, cuando sabía que sería una noche larga, siempre me tomaba uno, era lo que mejor me sentaba para calmar los nervios.

Se acababa el año, el peor sin duda para nosotros, puesto que, con esta, eran tres las víctimas del asesino de la cruz.

¿Por qué había cambiado su modo de operar? ¿Por qué ahora pasaba tan poco tiempo entre una y otra?

Tenía que dar con lo que fuera que hubiera hecho que el asesino cambiara sus hábitos.

Capítulo 29



Último día del año, pensé, viendo amanecer tras pasar la noche en vela.

No había dormido nada, me pasé la noche dando vueltas a lo ocurrido tras encontrar en cuerpo de la periodista, esa última víctima del asesino de la cruz que parecía haberse vuelto loco de repente, bueno, más loco si es que eso era posible, más inestable, más enfermo y sin escrúpulo alguno al arrebatar así la vida de inocentes.

No sabía cuántos cafés había tomado, y de nuevo estaba con una taza de ese líquido negro caliente entre las manos, con leche y dos de azúcar, algo de lo que Lucas solía reírse, decía que solo y amargo estaba mucho mejor.

Terminé aquel café, ni siquiera desayuné, ya tomaría algo en comisaría mientras repasaba los expedientes de las anteriores víctimas. Tenía que haber algo con esas iniciales para que todos los nombres empezaran con las mismas.

Apenas acababa de poner el coche en marcha, cuando saltó en el manos libres una llamada de Lucas.

—Buenos días, amor. ¿Engañando a tu chica conmigo? —dije, sonriendo, y en tono jocoso.

—Atenea, buenos días —cuando Lucas respondía así de serio, es que la llamada era por trabajo—. Tienes que venir al Hotel Cavani, hemos recibido un aviso.

—Claro, voy para allá. ¿Y Darío? ¿Lo has llamado?

—Sí, vendrá en cuanto pueda. Está con el forense.

—Ok. Nos vemos en unos minutos.

Corté la llamada y puse rumbo al hotel, no me corté lo más mínimo en activar las luces que me habían dado para el coche, con eso evité comerme más de un atasco en las calles principales de la ciudad.

Me seguía resultando increíble la cantidad de gente que había a esas horas despiertos.

En cuanto llegué al hotel, me identifiqué con la placa y me dieron paso. Había varios policías en recepción y al verme, uno de ellos me indicó la planta y el número de suite al que debía ir.

Joder, si era una suite, la cosa pintaba mal, ahí había involucrado alguien con el suficiente dinero como para alquilar el hotel completo un fin de semana, o más.

Llegué a la decimonovena planta, salí del ascensor y respiré hondo de nuevo, en serio, odiaba esos jodidos instrumentos de tortura. ¿Es que no los podían haber diseñado mucho más amplios? Aquello era claustrofóbico.

Los agentes que había por todo el pasillo me iban dando los buenos días, como siempre, de lo más formales y educados.

Hasta que escuché las voces de Lucas e Ian, desde la única puerta abierta.

—Buenos días, chicos —dije al llegar a ellos, y Lucas me miró con los ojos muy abiertos—. Las luces de policía evitan atascos —me encogí de hombros, sabiendo que pensaba que había tardado muy poco en llegar.

—Ati, necesito que estés tranquila —me pidió Lucas, apoyando ambas manos en mis hombros—. Lo que estás a punto de ver, no va a ser fácil para ti.

—¿Qué pasa? —En ese momento me temía lo peor, ¿y si el asesino de la cruz hubiera cambiado aún más sus hábitos y rutinas, y en esa suite estaba una de mis amigas? — Dime que no se trata de las chicas, por favor.

—Se trata de Adam —con esas únicas palabras, se me aceleró el corazón y sentí que iba a salirse del pecho.

¿Adam? ¿Qué le había pasado a Adam? Hice a Lucas a un lado cuando al fin pude reaccionar y entré en aquella suite corriendo como si la vida me fuera en ello. Vi al resto de policías, incluso a varios de mis compañeros cogiendo vasos, botellas y otras cosas para meterlas en bolsas, así como fotografiando cada rincón. Pruebas, estaban recopilando pruebas, evidencias de las que poder sacar huellas o cualquier tipo de ADN con el que identificar a quien fuera que había estado en aquel lugar.

Al escuchar desde la habitación la voz de Adam, respiré un poco más aliviada porque él estaba bien, no le había pasado nada. Pero, entonces ¿qué hacía en aquel hotel, con la suite llena de policías?

Fue al llegar a la puerta de la habitación, cuando la realidad me golpeó con fuerza, con brutalidad, y sentí un dolor en el pecho que no me permitía casi ni respirar.

En ese instante se me rompía el mundo, y noté cómo todo el peso caía sobre mí.

Me apoyé en el marco de la puerta con el brazo, sin tocar nada, no podía hacerlo para no dejar mis huellas en el escenario de un crimen. Porque eso precisamente era lo que tenía delante, un crimen.

—Atenea —escuché a Adam llamarme desde algún lugar de aquella habitación de los horrores, pero no me molesté en buscarlo, no podía apartar la vista de tan grotesco escenario.

No entendía nada, ¿qué hacía él allí, con aquel cuerpo sin vida en la cama? ¿Qué había pasado para que llegara a aquella situación?

Acorté la distancia que me separaba de la cama, pensando que no se trataba más que de una pesadilla, una de la que quería despertar a como diera lugar, incluso cerré los ojos un par de veces pensando que, al abrirlas, aquello no estaría allí, pero no fue así.

En esa cama se encontraba el cuerpo de una mujer, tumbada boca abajo, desnuda, cubierta de sangre por los profundos cortes que le habían hecho. Las sábanas, que en otro momento fueron blancas, ahora se teñían con el carmesí de esa sangre.

Noté los ojos húmedos, sabía que estaba a punto de llorar por lo que veía, pero me controlé. Miré a Adam al fin, y comprobé que, al igual que la mujer, él estaba completamente desnudo, y la sangre de la víctima le cubría algunas partes del cuerpo, le mantenían esposado, sentado en el sofá junto a la ventana.

Caminé hacia él, y no escuchaba nada que no fueran los fuertes y rápidos latidos de mi corazón. Era como si no hubiera nadie más en esa habitación conmigo.

Ni siquiera distinguía lo que decía Adam, sabía que me hablaba a mí, pero sus palabras quedaban enmudecidas, tan solo podía ver cómo se movían sus labios, no podía oírle.

Cuando llegué hasta él, Adam hizo el intento de levantarse, pero uno de los policías que le mantenía en custodia, le obligó a permanecer sentado bajándole con la mano en el hombro.

En ese instante noté una lágrima cayendo por mi mejilla, Adam cerró los ojos y maldijo algo, cuando volvió a mirarme, retiré lentamente esa furtiva lágrima, y acto seguido, le di una bofetada a Adam que no esperaba.

—¡Sacar a Atenea de aquí, joder! —escuché gritar a Darío desde la puerta, y fue Ian quien se acercó corriendo hasta mí.

Empecé a gritar, a insultar a Adam, Ian me cogió por la cintura para sacarme de la habitación y yo empecé a patalear pidiéndole que me soltara.

—¡Te odio! —grité con rabia señalando a Adam— ¡Eres un maldito cabrón!

—Atenea, cálmate, por favor —me pidió Ian—. No pierdas los papeles aquí, delante de toda la comisaría, preciosa.

No le hice caso, seguí soltando veneno contra Adam, mientras me mortificaba por haber confiado en ese hombre.

Una vez estuvimos en el pasillo, Ian me dejó en el suelo, pegándome a la pared, y me cogió de la barbilla, mirándome fijamente.

—Cálmate, preciosa —volvió a pedirme.

—No puedo, Ian. No me voy a calmar porque ese hombre de ahí dentro, con el que llevo meses follando, ha asesinado a una mujer.

—Ati, tienes que ser profesional, no dejes que esto afecte tu trabajo, ni tu carrera. ¿Quieres que el comisario te dé unas vacaciones? Porque es lo que puedes conseguir si alguno de estos policías, le va con el cuento de que estás histérica.

—Joder —lloré y él me abrazó.

No sé el tiempo que estuvimos así, hasta que me dejé vencer por el dolor, paré de llorar y me sequé las mejillas mientras respiraba con dificultad.

Unos minutos después vi cómo sacaban a Adam de la habitación, esposado y con un albornoz como única prenda de ropa.

—Atenea, no he sido yo, no he hecho nada. Yo no he matado a esa mujer, preciosa, tienes que creerme —dijo al acercarse a donde yo estaba.

—Tiene que guardar silencio, señor García —le indicó uno de los policías que se lo llevaba.

—Atenea —volvió a decir mi nombre con los ojos fijos en los míos—. Cariño —murmuró, y me hundí por completo.

Cerré los ojos, escuchando a Adam gritar mi nombre mientras se lo llevaban, y empecé a llorar.

Cuando la voz de Adam no era más que un murmullo en la distancia, me dejé caer al suelo sin poder parar de llorar, pensando en lo que había pasado

en esos meses desde que le conocí.

Pensando que jamás debí permitir que nadie rompiera los muros que había levantado alrededor de mi corazón durante años.

Nadie, y mucho menos Adam García, el hermano de una de las víctimas del asesino que nos tenía de cabeza a todo el cuerpo de policía

Continúa en...



Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

